



MARTO PARIENTE

La cordura del idiota

OFF
VERSATIL

LA CORDURA DEL IDIOTA

MARTO PARIENTE

Título: *La cordura del idiota*

© Marto Pariente, 2019

Cubierta:

Diseño: Ediciones Versátil

© Shutterstock, *de la fotografía de la cubierta*

1.^a edición: junio 2019

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© 2019: Ediciones Versátil S.L.

Av. Diagonal, 601 planta 8

08028 Barcelona

www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

En mi mundo nunca cae la noche.
Fascinante orbitar entre tres estrellas hermanas.
Para Eva, Elisabet y Cristina.
Mis tres radiantes soles.

«No fue por una trágica amargura
esta alma errante desgajada y rota;
purga un pecado ajeno: la cordura,
la terrible cordura del idiota».

Un loco, Antonio Machado

«Cuando el diablo bajó a este mundo,
se sentó a observar,
no sin cierta admiración,
como su lugar ya lo había ocupado otro».

Sady Pineda.

«La verdad de un hombre reside,
sobre todo, en lo que calla».

André Malraux

PRÓLOGO

COUNTRY PULP

La novela negra siempre se ha considerado un género urbano.

Toda ciudad que se precie tiene al menos un cronista de sus bajos fondos. Desde Los Ángeles de Chandler y Ellroy, pasando, o mejor paseando, por la Barcelona de Montalbán y Ledesma, la Atenas de Markaris, el Boston de Lehane... podríamos dar la vuelta al mundo en 80 guías *noir*, siguiendo el rastro de sangre de los grandes maestros del crimen literario.

Pero a pesar de oler a muerto, el género negro está pasmosamente vivo. Por eso, en los últimos años se ha popularizado un movimiento que rompe con esta tradición urbana: el *contry noir*.

En román paladino, la novela negra rural.

El *country noir* fue acuñado a finales del siglo XX por el norteamericano Daniel Woodrell, pero ¿realmente es algo tan novedoso como parece?

Porque si echamos la vista atrás, los clásicos están repletos de cadáveres silvestres.

No olvidemos que la Cosecha roja con que, para muchos, Hammett inauguró el género transcurría en la pequeña localidad de Poisonville.

Por no hablar de que Nick Corey, el insuperable psicopaleta ideado por Jim Thompson era el corrupto sheriff de un pueblo de solo 1280 almas.

Y este año se conmemora el centenario del nacimiento de Francisco García Pavón, el creador de Plinio, la primera serie de género de la literatura y la televisión netamente española, que no transcurría en Madrid ni Barcelona, sino en un olvidado lugar de la Mancha llamado Tomelloso.

Aunque dejando a un lado la controversia sobre su carácter

revolucionario, lo que está fuera de toda duda es que los estantes de novedades rebosan *country noir*. Entonces, ¿qué tiene de especial La cordura del idiota?

Que no bebe únicamente de esta fuente campestre. También se emborracha del irreverente estilo tarantiniano castizo de Carlos Augusto Casas, para servirnos un nuevo y explosivo cóctel literario, el *country pulp*.

Ascuas es un tranquilo pueblucho de lo más profundo de la Alcarria profunda, donde nunca, jamás, pasa nada.

Hasta que pasa.

Hasta que el Triste aparece ahorcado.

Entonces todo y todos apuntan a que haciendo honor a su apodo, el loco del pueblo se ha suicidado.

Todos, salvo su amigo Toni Trinidad, el jefe de Policía de Ascuas.

Aunque Trinidad no tiene mucha madera de madero, que digamos. Un tipo grandote y sin sangre, que pierde el conocimiento con solo ver una gota.

Y por si el bueno de Toni no tuviera bastante con resolver el primer homicidio de su carrera, tendrá que sacar a Vega del lío en que se ha metido. Porque su alcoholizada hermana Vega ha decidido dejar de ser una perdedora y dar un palo al Colmenero. Y claro, el mayor usurero de Guadalajara no se quedará de brazos cruzados. Atraerá al pueblo un enjambre de esperpénticos matones. Asesinos tan peculiares como unos leñadores vascos fanáticos de Mecano, con más experiencia talando troncos humanos que vegetales.

Pero la segunda obra de Marto Pariente es mucho más que un suculento plato de fiambres para *Reservoir dogs*. Es un verdadero festín de literatura que alterna con maestría la narración en primera persona de Toni, con la de Vega en segunda y la historia del resto de personajes en tercera, haciendo las delicias de los paladares más exigentes del género.

Y no te tengo más en ascuas

Seguro que a estas alturas, prefieres que sea Marto quien lo haga.

Sergio Vera Valencia

Director de la colección Off Versátil.

1

Ascuas crecía entre cerros pelados y secarrales, camino de los pantanos. Apenas una rasgadura. Se conformaba con una docena de calles torcidas que salían de la plaza del pueblo como las venillas rotas de los alcohólicos. La llaga, el derrame, estaba ceñido por un puñado de carreteras secundarias que lo constreñían como varices en la pierna de una anciana.

A veces me daba por pensar que si el pueblo fuese..., no sé, una persona, alguien como yo, sería un tipo perdido en mitad de ninguna parte con la mano haciendo visera bajo un sol de justicia o bajo la lluvia, según la época del año. En cualquier caso, un fulano desorientado con los zapatos sucios y sin saber muy bien hacia dónde tirar; en fin, ya saben a lo que me refiero, quizá no esté hablando del pueblo.

Da igual.

La cuestión es que me levanté por la mañana, me calcé el uniforme de policía y me dirigí a casa de mi viejo amigo el Triste a tomar café. En un momento dado, tras apurar de un trago el caldo de su taza, sacó un pescado del bolsillo y comenzó a susurrarle.

No me sorprendió, digamos que el Triste era el loco oficial del pueblo, hay uno en cada localidad, a veces más. Dejé de intentar comprenderlo hace ya mucho tiempo. Lo conocía desde que yo era un crío. Debía tener más de setenta años, pero yo siempre lo recordaba igual: descarnado, la piel cuarteada por el sol y el eterno medio cigarrillo apagado y pendiendo de los labios.

No fumaba, pero en una ocasión me dijo que a falta de dientes, el filtro impedía que se le cayese la baba.

¿El pescado?

Pche, parecía un percasol, aunque no sabría decirlo a ciencia cierta, no sé mucho de peces. En realidad, no sé mucho acerca de casi nada. Ahora, una cosa estaba clara, fuese lo que fuese lo que le estaba contando, parecía ser de suma importancia para mi amigo.

—¿Eres consciente de que le estás hablando a un pescado? —le pregunté al rato.

—Claro —me dijo—. Se me olvidó devolverlo al agua. Pero pienso echarlo al pantano y donde va, puede llevar el recado.

Si se supone que eso debía tener algún sentido, yo no se lo encontré. Y tampoco tenía tiempo para buscárselo, en un rato tenía que danzar hacia Madrid, tenía consulta con el doctor Barrios.

—Voy a preparar unas tostadas —dijo después de guardarse el pescado de nuevo en el bolsillo—. ¿Quieres?

—No. Tengo que irme.

—¿Se puede saber adónde vas tan temprano? —me preguntó.

—A ver a un loquero —le dije.

Y a la que tiraba de la puerta, dejé al viejo con un ataque de toses y flemas en la cocina.

Se reía de mí a base de bien y no se lo reproché. Eso no lo voy a hacer. He visto la locura en sus ojos. Muchas veces. Pero también me he mirado en el espejo y en fin..., creo que sería hipócrita por mi parte si lo hiciera. El Triste era oficialmente el loco del pueblo, y luego..., bueno, luego estábamos todos los demás.

2

Madrid. Consulta del Doctor Barrios, psiquiatra. Media mañana. La salita de espera bien iluminada. Modernas e incómodas sillas de plástico. En la nariz, mezcla de limón, perfume caro de mujer y caramelos de menta.

Esperaba mi turno.

Llevaba cerca de tres meses yendo religiosamente a terapia todos los jueves. Y en esas estaba, pensando en mis cosas —básicamente tratando de averiguar cómo conservar mi empleo— y viendo las mismas caras famosas.

Por supuesto que las conocía, las caras, digo. Asistía con regularidad un futbolista ya retirado que intentaba cubrir el tufillo a alpiste chupando caramelos de menta que engullía a ritmo de uno cada cuarto de hora. Tenía problemas con el alcohol y el juego. Cada jueves acudía con nuevos lamparones en el viejo y arrugado traje de siempre. Charlamos en una ocasión. Me llamaba «madero». No entró en detalles, pero me dio a entender que la vida le había clavado un gol por toda la escuadra.

Deduje que había sido portero.

Pero no hay que hacerme mucho caso, siempre he sido un poco flojo sacando conclusiones.

Y luego estaba el niño junto a su madre; bueno, lo de junto a su madre es un decir, pues no paraba quieto un solo segundo. De hecho, algunos jueves, podría jurar que había más de un chiquillo correteando por la consulta. Me preguntaba cada dos por tres por qué no llevaba pistola, cosas de niños, supongo. Se fijan en todo. El tema es que era hiperactivo. Lo sabía porque la mujer, una veterana de las tertulias del corazón, de extensas caderas y encías caballunas, gritaba por el móvil haciendo partícipes a todos los demás, desde lo que una filipina le cocinaba ese día, hasta la exigua pensión que percibía,

tarde mal y nunca, de su exmarido. El diagnóstico del crío no suponía una excepción.

Cuando el chaval desparramó por segunda vez el revistero que había sobre una mesita de cristal y estrangulaba con frenesí una lámpara de pie, se abrió una puerta lacada en blanco y asomó una mujer acompañada del doctor Barrios; una joven actriz con la piel tensa sobre los huesos. Los ojos sin brillo como algo muerto flotando en el fondo de un pozo. Había hecho de farlopera en una serie juvenil de mucho éxito, y a pesar de su altura, calculé que debía pesar menos de cuarenta kilos.

Mi turno; bigotillo y sonrisa con palmadita en la espalda incluida, mientras Barrios me acompañaba por el pasillo rumbo a la consulta.

Éramos amigos.

Dentro de la consulta, en la penumbra, diván y conversación a media voz. Tras veinticinco minutos de charla, el doctor estaba sentado en el borde de la silla, libreta en mano, inclinado hacia delante y mirándome a los ojos.

¿Silencio incómodo?

No más que las modernas y carísimas sillas de plástico de la salita de espera.

3

Conocí a Barrios por casualidad y, la verdad, a pesar de que se trataba de un hombrecillo sofisticado de ciudad y yo soy un policía de pueblo grandote y con cara de perro pachón, congeniamos bastante bien desde el principio.

Atropelló un corzo en una de las carreteras secundarias al norte de Ascuas. Como averiguaría más tarde, aquella mañana el doctor sacó el deportivo del concesionario y pensó que una buena forma de probarlo sería darse una vuelta en dirección a los pantanos. De regreso a la civilización, se confundió en un cruce y, mientras trasteaba con el GPS del móvil, impactó con el animalejo, se salió del carril y se estrelló contra una vieja encina.

Me encontré con el desaguisado por casualidad. Intentaba encontrar un buen chaparro bajo el que estacionar el coche patrulla con la intención de despejar la cabeza tras el pleno municipal. Mi trabajo estaba en entredicho. Con la historia de la crisis y los recortes y no sé qué rollos del déficit, pusieron sobre la mesa la posibilidad de prescindir del cuerpo de Policía Local, es decir, mi cuerpo. Soy el único policía del pueblo. En fin, que rumiando aquello estaba cuando me topé con el fregado montado en la carretera. Frené a un centenar de metros dejando el coche patrulla en el arcén. Durante unos segundos, barajé la posibilidad de largarme por donde había venido y buscar un sitio más tranquilo donde darle vueltas al asunto. Nada, imposible, el tipo ya me había visto y hacía aspavientos en mi dirección. De manera que me dije: «Toni, échale una mano y compórtate como un policía».

Y eso hice. Saqué unos pequeños prismáticos que siempre llevo en la guantera y bajé a echar un vistazo.

Dicen que la diferencia entre un mal policía y un buen policía reside en la calidad de sus preguntas. Yo me pregunté qué desentonaba más, si aquel simpático hombrecillo a lo Danny De Vito que no paraba de hacer aspavientos

en mi dirección y conducía un Mustang con ocho cilindros en uve —un deportivo rojo, cuyo capó, y gracias a la encina, también tenía ahora forma de uve— o todo el conjunto. Es decir, el hombre con su minúsculo bigote, sus zapatos brillantes y su cochazo en aquella carretera abandonada de la mano de Dios entre los trigales, campos en barbecho y los polvorientos caminos de tierra.

A ver, de hombrecillos que conducen deportivos sabía de poco a nada, pero de lo mío y mi problemilla con la sangre, por la cuenta que me traía, sabía un rato. De manera que decidí cerciorarme. Rodeé el coche patrulla y saqué el megáfono del maletero.

La conversación, más o menos así:

—¡Hola!

—Hola.

Mi voz, a través del megáfono, sonó atronadora, como de hombretón que sabe lo que se hace, al menos a mí me lo pareció. La de Barrios, desvanecida y distante.

—¡Veo que ha tenido un accidente!

—Muy agudo por su parte, señor agente. Sí, he atropellado a Bambi —me dijo.

Me sacudí un moscardón que no paraba de incordiarme, me rasqué la rabadilla con el megáfono que sonó como una cremallera y, tras pensar unos segundos, le dije:

—¡Vale, señor! ¿Está usted sangrando o cree que pueda estarlo?

Ante todo profesionalidad.

—No, estoy bien.

—¿Está usted seguro?

—Bastante seguro —dijo palpándose, como si buscara la cartera.

—¿Y el animal?

—¿El animal?

—Sí. ¿Cómo se encuentra el animal?

Barrios se quedó un instante parado y debió de preguntarse si yo era imbécil. Me ocurre a menudo, de manera que no se lo tuve en cuenta. Al final debió de decidir que la situación era demasiado surrealista como para ser una jodida broma y anadó en dirección al corzo que había quedado postrado

sobre los cuartos traseros una veintena de metros atrás, entre los rastros.

Al rato volvió.

—Está herido, pero sigue vivo. Creo que se ha roto las patas —dijo.

—¡Vale! ¿Se veía mucha sangre?

—¿Cómo dice?

—¡Digo... Si se veía mucha sangre!

—No, no se veía mucha sangre.

—¡Vale! ¡Espere un momento!

Guardé el megáfono y di aviso por teléfono a la Guardia Civil para que mandasen efectivos del SEPRONA a ocuparse del animal. A los de Tráfico no les dije nada. Cuando me acerqué, Barrios me confesó que estaba probando el coche y lo había sacado del concesionario sin seguro. Le dije que no se preocupase. Lo mismo pensó que yo era un buen tipo o alguna tontería por el estilo, pero la verdad es que no tenía ninguna gana de que llegasen los de Atestados con sus máquinas de mediciones y sus cámaras fotográficas y sus palabrejas técnicas que no había un dios que las entendiese.

De manera que llamé a mi hermana para que se acercase con la grúa. Una hora más tarde, Vega, que por algún extraño motivo aquella mañana se encontraba lo suficientemente sobria para conducir, se llevó el Mustang y yo me ofrecí a acercar a Barrios hasta la puerta de su casa en el coche patrulla. No sé por qué lo hice, la verdad. Da igual. No suponía problema alguno, pues era yo quien pagaba la gasolina de mi propio bolsillo. Un apaño al que había llegado con el Ayuntamiento al no disponer de coche propio. Por el camino hablamos..., bueno, más bien hablé yo, que si cilindros en uve, que si de coches de *renting*, que si la corrupción, que si la crisis, que si el problema catalán, que si de esto, que si de lo otro. En fin..., ya saben. Barrios tenía las orejas entrenadas y asentía cada poco soltando algún comentario gracioso al respecto. No solucionamos nada, pero trabamos amistad rápidamente. Tanto fue así, que en los escasos periodos de silencio, ninguno de los dos pareció sentirse incómodo.

De camino, Barrios barruntó al aire la idea de parar e invitarme a comer en un restaurante de carretera.

Si lo dijo por decir, no lo sé. Yo, que ya tenía el desayuno y el almuerzo de media mañana a la altura de los talones, acepté.

La primera pregunta obligada la dejó caer poco antes de los postres:

¿Cómo un hombre con aprensión a la sangre ha llegado a Policía de un pueblo como Ascuas?

Le expliqué que el alcalde, un viejo amigo de mi padre, me contrató hace ya más de veinte años —una forma de evitar decir que apañaron la vacante para adjudicármela—, y después le conté por encima la historia de mi vida. Barrios me escuchó con atención y tras acariciarse el bigotillo con los dedos, dijo que podía ayudarme.

En la puerta de su casa de la Moraleja, un palacete con setos de formas geométricas, tan bien recortados como su mostacho, Barrios me dio su número de teléfono personal. No el de la consulta pues, como me dijo, me habrían dado cita para dentro de un año y un infarto al informarme de las tarifas. Esto último debió de parecerle gracioso pues se pegó una buena risa. Yo me reí también, pero por acompañarlo más que por otra cosa. Luego, me guardé la tarjeta con el número y me marché, no sin antes decirle que Bambi era un ciervo, no un corzo.

Barrios, que de animales de monte sabía lo justo, resultó ser uno de los psiquiatras más solicitados de la capital. Un tipo, como luego descubriría, cotizado por los ricos y famosos, un doctor cuyo tiempo se pagaba a precio de oro y del que se decía que ganaba un verdadero pastizal.

¿Si era bueno en lo que hacía?

Ni idea, no estaba yo puesto en ese mundillo; me pasaba como a los que no entienden de vinos. Para que se hagan una idea, sería capaz de hacer llorar a más de uno mezclando un Vega Sicilia con gaseosa. Desde luego una cosa estaba clara, su consulta en el centro, sus coches deportivos y su casa en la Moraleja decían que sí era bueno en lo suyo.

Además, no me castigó con la segunda pregunta de rigor: ¿Por qué no llevaba el arma encima?

Debió de suponer, porque Barrios es un tío muy listo, que si llevaba una pistola encima y la utilizaba, en fin... pueden imaginárselo, en Ascuas nunca pasa nada. Pero por lo que sea, yo que sé... Imaginad que al diablo le da por enredar y se produce un atraco en la Caja de Ahorros del pueblo. Saco el arma a pasear muy flamenco yo, y tenemos a un chorizo sangrando y a mí, desmayado y desparramado por el suelo como si me hubiesen disparado también.

Quita, quita...

A lo que iba, que no me preguntó al respecto.

Y habrá quien diga que Barrios era un sacacuartos, un vende humo. Ni idea, nunca he sido bueno juzgando a las personas por la primera impresión. Soy de los que piensa que todos somos buenos en lo nuestro hasta que se demuestre lo contrario.

Lo de inocentes es otro cantar.

Hacedme caso, sé de lo que estoy hablando.

4

En un momento dado se me fue el santo al cielo y perdí el hilo de la conversación, así que me levanté y me dirigí al escritorio de Barrios, cogí un caramelo del bote, lo desenvolví, me lo metí en la boca y volví a tumbarme en el diván.

—Aquello ya pasó —dijo Barrios retomando la conversación—. Sucedió. De acuerdo, es algo traumático, pero recuerda que aceptar es vivir.

—No es lo que hice, Barrios, es lo que sentí, es lo que siento —le dije.

—¿Y qué sentiste? ¿Qué sientes si se puede saber?

—Nada.

Y era verdad. Puede que algún día me cruce con vosotros por la calle y os dedique mi mejor sonrisa, os dé los buenos días y puede que hasta un poco de palique si me invitáis a un café. Pero la verdad es que quitando a la gente que me importa, y creedme si os digo que los puedo contar con los dedos de una mano, no siento nada, bueno, casi nada. Tampoco es cuestión de hacerse pajas mentales al respecto, vamos, digo yo.

—Y tu hermana, ¿lo sabe? ¿Sabe lo que hiciste por ella?

—No. Nunca se lo conté.

Silencio de nuevo.

Un mosquito zumbó entre los dos.

—Dejémoslo —le dije—. No me apetece hablar de ello.

—Aceptación —insistió Barrios marcando cada sílaba—. Han pasado treinta y seis años. Eras solo un niño de trece. Da igual todo: lo guapo o feo que seas, si eres buena o mala persona. Esto va de...

—Justicia.

—¿Qué? —preguntó arqueando una ceja.

—Lo he estado pensando..., lo que le ocurrió al Avellano fue justo y justo es que cargue con las consecuencias yo solo.

—¿Consecuencias?

—Sí, con la hematofobia o hemofobia como tú dices. Desmayarme cuando veo sangre y todo eso, ya sabes.

Silencio y carraspeo.

—A ver, Toni, cuando hablo de aceptación no quiero decir que asumas esa carga, si no que aceptes lo que ocurrió, ya está, solo eso. ¿Tan difícil es de entender?

Lo miré como deben mirar las vacas al tren. Y es que, a veces, sobre todo cuando me interesa, soy duro de mollera.

Da igual. La cuestión es que Barrios se dio por vencido, se levantó, corrió las cortinas, sacó un recetario y garabateó en él.

—Creo que hemos terminado por hoy —dijo—. Tómame una de estas. Solo si vuelven las pesadillas; son algo más fuertes que las anteriores, te ayudarán a dormir. Nada de alcohol, nada de drogas, eso por descontado. Algo de ejercicio físico te vendría bien, con tu altura y tu trabajo siempre sentado en el escritorio o en el coche patrulla..., tampoco mucho, lo justo para llegar cansado al final del día. Y sobre todo...

—No darne de comer después de media noche, como a los gremlins.

—Joder, esa es buena. Mira como me río.

—¿No ha tenido gracia? Lo siento.

Me acompañó de vuelta por el pasillo. Palmaditas en la espalda de nuevo. «Creo que lo estás superando», me dijo. «Hazme caso, sé de lo que hablo». Asentí con la cabeza. Ojalá, pensaba, ojalá.

Tras la puerta en la sala de espera, el crío hiperactivo creyó que sería buena idea intentar saltar la mesita de las revistas al grito de «¡Gerónimo!». Trastabilló con los cordones y partió el cristal con la crisma. La brecha en mitad de la frente sangraba profusamente.

—No sé que voy a hacer contigo, de verdad que no lo sé. —La tertuliana se desgañitó intentado cortar la hemorragia con unas toallitas que llevaba en el bolso.

Esto es lo último que oí antes de caer desplomado.

Apenas cinco minutos después, tras unos cuantos zarandeos, abrí los ojos.

Como siempre, aturdido, sin saber muy bien dónde me encontraba. Me situó el bigotillo del doctor Barrios a un par de centímetros de mi cara y el exfutbolista llamándome «madero» y levantándome y sacudiéndome las piernas como si me hubiese dado un calambre. Me pregunté de manera absurda si Barrios usaba gomina o algún tipo de gel para darle lustre al mostacho. Giré la cabeza y me cercioré. Ya se habían llevado al niño y a la arrabalera de su madre. «Arriba, grandullón», me dije. Me sacudí la ropa, di las gracias algo avergonzado, como siempre que me desplomaba y me largué.

Fuera rondaban los treinta y cinco grados. En el cielo de Madrid, como en mi cabeza, congestión, un enjambre de polución sobre el terrazo de las azoteas. Tenía el coche patrulla aparcado frente a la consulta. Un vinilo pálido por el sol rezaba: «Policía Local de Ascuas». Alguien había colocado una pegatina en la ventana trasera derecha, en ella se apreciaba la silueta de dos policías uniformados besándose. Me hizo gracia y pasé de quitarla. La frase de Barrios —«Creo que lo estás superando»— aún enroscada en mi cabeza.

Porque es mi amigo y no me cobra, sino era para ponerle una reclamación, ¿que no?

Y mientras arrancaba me acordé de otra cosa, metí la mano en el bolsillo y saqué la receta: ¿pastillas para dormir había dicho?

Hice una bola con el papel y la tiré por la ventana al girar la esquina.

Yo no necesito ayuda para dormir. Lo que necesito son pastillas para no soñar, joder, que no es lo mismo.

5

La parte por el todo.

De antes de su paso por la casa amarilla, Toni guardaba pocos recuerdos. Su hermana Vega, que por aquel entonces tendría cuatro o cinco años, ninguno. Recordaba un piso con paredes de un desvaído papel pintado y un mueble cuyo hueco para el televisor ocupaba una vieja radio a pilas. Había un brasero bajo la mesa, de eso también se acordaba. Luego estaba el descampado tras el bloque de pisos donde solía jugar con su hermana; un lugar con las siluetas de los edificios al fondo y los ruidos de la ciudad a lo lejos. Recordaba gatos esqueléticos y ratas rollizas correteando por aquel trozo de terreno donde solo crecían jeringuillas, condones y cristales rotos.

Y el incendio.

También recordaba el incendio.

Una tarde, una de tantas, jugaban fuera, había anochecido y apenas se veía, dibujaban en la tierra con un palo. Cuando el calor se hizo patente en sus mejillas, levantaron la cabeza y vieron cómo las llamas se enroscaban a la fachada. Fumarola de humo negro. Los dos hermanos nunca habían visto nada parecido. El fuego, que siempre ha tenido algo de hipnótico para los niños, los hacía mirar fascinados, como si fuera la erupción de un volcán. Los bomberos tardaron en llegar. Toni recordaba el ruido de las mangueras del agua a presión y las vaharadas de calor cada vez más intenso que llegaban hasta ellos e intentaban traspasar su piel.

La parte por el todo.

Los bomberos no pudieron hacer nada por salvar el edificio ni a los desgraciados que todavía se hallaban dentro. Fallecieron un total de ocho personas, entre los que se encontraban los padres de Vega y Toni que, a pesar

de morir calcinados, apenas se enteraron de nada. Cuando el fuego los alcanzó, andaban con los ojos vueltos y babeando sueños. Acababan de renunciar a las preocupaciones y a los sudores fríos con un par de chutes de caballo mientras el fuego arrancaba en una de las cocinas de la planta baja del edificio.

Una semana más tarde, y al no tener más familia que el uno al otro, el Estado decidió intervenir y se llevó a los dos hermanos a un orfanato a las afueras de Ciudad Real.

Para Toni, los recuerdos de esta parte de su vida eran pájaros despistados estampándose contra una ventana. Recuerdos que dejaban marcas en el cristal y cadáveres que caían a plomo.

El hospicio tenía un nombre institucional, un nombre laico, largo y tedioso. Los que pasaban tiempo allí por un motivo u otro, trabajadores y huérfanos en su mayoría, se referían al edificio como la Casa Amarilla.

La parte por el todo.

En realidad, de amarillo tenía el portón de entrada, la cerca del huerto, las rejas clavadas en la piedra y los dientes del celador jefe, el Avellano. Todo lo demás, era de un gris oscuro casi negro. Incluidas las noches que Vega hubo de pasar y los verdugones que dejaba la vara de avellano en la piel de los críos.

6

Tiré Bernabéu abajo por la paralela de la Castellana. En el atasco eché un ojo al teléfono. Tenía una par de llamadas perdidas del juez de paz y me pregunté qué tripa se le habría roto esta vez.

Decidí que no tomaría por el túnel de María de Molina y abandoné la capital por la avenida de América. Circulé dejando a un lado el edificio de los sindicatos; y al otro, una tienda de los chinos, un italiano y una tintorería especializada en limpieza en seco. En los semáforos, los vendedores de pañuelos competían con los malabaristas callejeros. Por la acera, como si hubiesen perdido algo y se afanasen en encontrarlo en sus teléfonos móviles, personas con las nuca al aire caminaban con prisa, raudos. Pasaban junto a un indigente que leía un libro sobre su cartón; a su lado, un perro con trabajo fijo vigilaba su cartel de trazos gruesos y su lata de monedas. Por encima de todos ellos, en las marquesinas, las grandes multinacionales perdían dinero anunciando perfumes caros, viajes y lo último en telefonía móvil.

No hay quien lo entienda, lo sé.

Después, conduje varios kilómetros más de autopista hasta el límite de provincia con Guadalajara donde el paisaje cambió a polígonos industriales, dispersas y ennegrecidas chimeneas de fábricas abandonadas y enormes campos de cultivo que se extendían hasta el río.

Más allá, dejando a mi izquierda la pequeña ciudad alcarreña, coroné la cuesta del toro que continuaba en su lugar tantos años después. Dudaba si seguía siendo de Osborne. Dándole vueltas a esto, enfilé hacia los pantanos y encendí la radio. Un tipo ofrecía una sesuda explicación antes del inicio de cada canción. Música de saxofón y una voz rota de mujer. La melodía era pegadiza; sin embargo, la letra, incomprensible para mí como tantas otras cosas, se escurría junto a su significado por la ventanilla. Cuando cogí el

desvió que había de dejarme en Ascuas, sentí vibrar el móvil. El viejo coche patrulla no disponía de manos libres, de manera que activé el altavoz, dejé el teléfono en el asiento del acompañante y apagué la radio.

Era mi hermana Vega. La voz parecía algo tomada.

—Toni ¿estás por el pueblo?

—¿Andas borracha?

—No, todavía no. Oye..., atiende que esto es importante.

Da igual el motivo de la llamada, para Vega siempre es importante. No es muy estable, por decirlo de alguna de manera. Vamos, que no está bien. Claro, que siendo mi hermana como era, en fin..., cuestión de genes, porque eso de los genes, cuando les da por salir revirados, no hay quien los enderece.

Al menos eso creo yo.

Y entonces, como me ocurría a menudo cuando pensaba en mi hermana y en los genes y en todas esas tonterías, desconecté y mis pensamientos se dispersaron. Imposibles de agarrar, como cuando soplabamos de niños un diente de león. Así me sucedía siempre que pensaba en Vega.

La cuestión es que por mi cabeza desfilaron la casa amarilla y el Avellano y Chimo..., el puto Chimo.

¿El puto Chimo?

El marido de Vega. Desapareció sin dejar rastro después de propinarle una paliza que la mandó al hospital. No fue una gran tragedia para mi hermana, la desaparición digo, el palizón sí, joder. Casi la mata. La historia es que, a partir de ahí, la relación de Vega con la botella se intensificó y la cosa, desde entonces, fue de mal en peor. Pero lo que digo, que no trataba bien a mi hermana y además se dedicaba a trapichear con drogas.

Todo un figura ese Chimo.

En lo que a mí respecta, jamás moví un dedo para saber qué había sido de mi cuñado, aunque fuese solo de cara a la galería, ya saben a qué me refiero. Un problema menos. Sentía una espina clavada, eso sí, por no haber intervenido a tiempo y luego..., bueno, luego la frustración lógica de no saber cómo ayudar a mi hermana con la puñetera bebida.

Sin embargo, dudé respecto a la ebriedad de Vega en ese preciso momento, notaba a través del teléfono, no sé, el deje de preocupación en su voz.

Corta el rollo Toni.

—¿Sigues ahí?

—Claro.

—Coño, te has callado tanto tiempo que pensaba que se había cortado. Han encontrado al Triste —me dijo.

Una pausa.

—¿Cómo que han encontrado al Triste? No sabía que hubiera desaparecido. Es más, esta mañana estuve tomando café con él en su casa.

—Toni, lo que quiero decir es que ha aparecido muerto, por eso te llamo. Ya han avisado a la Guardia Civil y están preguntando dónde andas.

¿Estaba bebida?

El Triste... ¿Muerto?

Giré hacia el empedrado de la plaza del pueblo y cuando llegaba a la altura del Ayuntamiento, un vehículo de la Guardia Civil me adelantó con las luces de los prioritarios encendidas. Si dijese que pisé el acelerador y comencé a seguirlos, mentiría. Di una vuelta innecesaria al edificio del Ayuntamiento y continué camino arriba.

A las trifulcas familiares y a los muertos hay que llegar de los últimos. Hacedme caso, el primero que llega se come el marrón. Eso es así.

Mucho papeleo.

—Me acaban de adelantar los guardias. ¿Cómo ha muerto? —pregunté a Vega.

—Ahorcado de la rama de un árbol.

—¿Quién lo ha encontrado?

—Sepe, el pastor, cuando iba camino de las parideras.

—¿Estás allí?

—Sí. Me he acercado con la grúa en cuanto me he enterado. Está el juez de paz, es él quien ha preguntado por ti.

—Vale, he visto sus llamadas. Y hermanita, oye, una cosa...

Vega me cortó. Nos habíamos criado juntos, de manera que conocía la pregunta que venía a continuación.

—No, Toni, puedes venir tranquilo. No se ve nada de sangre.

Colgó.

Atravesé el pueblo y torcí en uno de los caminos. Seguí la polvareda que levantaba el coche de la Guardia Civil a lo lejos. Me adentré en las tierras del

Triste. Tres fanegas de cereal crecido aún por recoger. En las lindes, justo donde comenzaba el camino, continuaban colocados los carteles que alguien había clavado en estacas de madera hacía ya más de un mes. A pesar de estar algo decolorados por el sol, aún se podía leer lo que habían escrito en ellos con pintura roja:

«Vende, cabrón».

«Vende, follacabras».

Después de dejar atrás los carteles, me fijé en las rodadas.

A veces me fijo en esas cosas.

Tres pares de marcas que cicatrizaban la tierra seca. Las recientes, que iba dejando a su paso el coche de los guardias; unas más anchas, que debían ser de la grúa de mi hermana Vega; y unas terceras, que dejaron en su interior pequeños surcos en forma de uve doble. Sabía que el Triste no tenía coche, solo un pequeño tractor, y el juez de paz se habría acercado en su vieja bicicleta. Antes de continuar, detuve el coche patrulla en un recodo del camino. Bajé y fotografié las rodadas con la cámara del móvil.

¿Si aquello valía de algo?

Ni idea, lo había visto en una serie. De todas formas, siempre cabía la posibilidad de que alguien del pueblo estuviese presente y dijese: «Mira, ese Toni sabe lo que se hace».

Nunca estaba de más aparentar profesionalidad en un pueblo en el que nunca ocurre nada.

Cuando llegué, los guardias ya se estaban ajustando los guantes de látex mientras charlaban con Osorio, el juez de paz. Sesenta y muchos. Alto, cerca del metro noventa, con el pelo de un blanco brillante y de nuez desproporcionada. Con las manos en los bolsillos, se encorvaba para hablar con los guardias civiles, que parecían diminutos a su lado. En realidad, y mira que yo soy grande, todos parecemos pequeños a su lado. Junto a ellos había una silla con el respaldo de mimbre. Era de la casa del Triste, lo sabía, había tomado café sentado en esa silla aquella misma mañana. Estacioné tras la grúa de Vega con cuidado de no pasar por encima la bicicleta del juez. Paré el motor. Ninguno, incluyendo el pastor que lo había encontrado, se volvió hacia mí. Di los buenos días y me quedé mirando al Triste, como todos ellos. El muerto acababa de soltar una sonora ventosidad y, acto seguido, comenzó a vaciar las tripas por las perneras de los pantalones.

Colgando del pescuezo bajo la robusta rama de un roble, el Triste con la lengua fuera, los ojos vueltos hacia el cielo y la cabeza de un percasol asomando del bolsillo; con su último buen bufido, acababa de decirnos lo que opinaba de vender sus tierras.

Lo que opinaba de aquellos que lo trataron de loco durante toda su vida.

Lo que opinaba, en definitiva, de todos nosotros.

7

Rocha y Cejónidas Trejo, quedaron sobre las doce del mediodía en el bar de un hostel de carretera de las afueras de Madrid. En el amplio aparcamiento, se encontraban estacionados multitud de camiones, furgonetas con logo de empresa y algunos coches; lo que para Trejo solo podían significar dos cosas: que allí se comía bien y barato, y que el lugar de reunión elegido por el policía era una puta mierda.

El local estaba hasta arriba y Trejo, que consiguió mesa junto a la cristalera, no quitaba ojo al aparcamiento. Llevaba el pelo largo y tenía las cejas juntas y arqueadas como una gaviota peluda a punto de alzarse en vuelo. Para tratar de ocultarlas, unas grandes gafas de sol con la montura dorada. Calzaba botas militares, vaqueros rotos y una camisa negra de manga corta por fuera del pantalón que disimulaba el 9 mm corto con cargador para siete balas que llevaba encajado entre los riñones.

Reconoció a Rocha en cuanto entró por la puerta del bar. Americana con coderas a pesar del calor, camisa amarilla, pantalón con raya y mocasines a juego con el cinturón. Allí, entre los camioneros con camisetas de tirantes y los currantes con los monos de grasa anudados a la cintura, parecía un espécimen exótico. Trejo pensaba que estaba tan fuera de lugar como una palmera en mitad de la M-30, y que si el Colmenero todavía no lo había colocado y lo había mandado liquidar, se debía única y exclusivamente a que los policías de contravigilancia que se ocupaban de limpiar la zona hacían muy bien su trabajo.

Rocha era inspector de la Policía destinado en la Unidad de Droga y Crimen Organizado, la UDYCO, y llevaba cerca de un año inmerso en la Operación Abeja, nombre por otro lado nada original, teniendo en cuenta que el objetivo era el Colmenero, un mafioso dueño de al menos una veintena de

desguaces y chatarrerías diseminadas por ambas Castillas. Establecido en Guadalajara allá por los ochenta, adquirió el apodo cuando de joven comenzó a traficar escondiendo la mercancía en frascos de miel. Hizo crecer su negocio y llegó a controlar gran parte de la droga que se movía por la zona centro del país. Ahora, más viejo y venido a menos por la globalización, su negocio estaba en horas bajas y los GRECOS, como también se conocía a los policías encargados de desarticular los grupúsculos dedicados al narcotráfico, lo sabían y estaban decididos a asestarle el golpe de gracia.

—Lo he organizado en cuanto me pasaron tu mensaje —dijo Rocha después de colocar la americana en el respaldo de la silla.

El confidente asintió. Lo que opinaba del policía y de la mierda del lugar elegido, se lo guardó para él.

—Estamos a tiempo. La entrega será mañana, puede que en dos días, tres como mucho.

—¿Sabemos el lugar exacto? —preguntó Rocha.

En ese momento se acercó la camarera y les preguntó si querían algo de comer. Trejo contestó que no y pidió una cerveza para él, y una sin alcohol para el inspector. La camarera hizo un mohín y se marchó mascullando indignada en dirección a la barra. Trejo no se lo reprochó, el lugar estaba hasta arriba y ellos ocupaban una mesa.

En fin, que se joda, pensó antes de contestar.

—¿Te acuerdas de Joaquín el valenciano? —preguntó Trejo mirando de nuevo por la ventana—. Chimo el valenciano. El tipo que trabajaba en el desguace de Ascuas. El que se largó hará un año o cosa así.

La camarera volvió y, de mala gana, dejó los botellines de cerveza sobre la mesa junto a un par de vasos sin lustre. No les puso aperitivo.

—Me acuerdo —dijo Rocha mientras vertía la sin alcohol en el vaso—. ¿Y...?

—Pues que le debía mucha pasta al Colmenero.

—¿Mucha pasta?

—Unos cuantos miles. Temas de juego. La cuestión es que se dice que fue él quien lo hizo desaparecer. De hecho, alguna vez ha chuleado por ello, y... ¿sabes una cosa?, me lo creo. Quizá esté acabado y puede que ya no mueva las cantidades que movía antes, pero créeme, sigue siendo un puto pirado. —Trejo se echó al gznate casi la mitad de la cerveza de su botellín y continuó—. El

tema es que su mujer, la mujer del Chimo...

—Una tal Vega Trinidad, la recuerdo, buen cuerpo —lo interrumpió Rocha—. Puso las denuncias: una por malos tratos cuando salió del hospital y otra por desaparición, una semana después. El tal Chimo la sacudía de lo lindo, ¿no?

Trejo asintió antes de seguir.

—Ella dice que solo le puso la mano encima esa vez, da igual. Lo que quería contarte es que ella habló con el Colmenero y se quedó a cargo del negocio. Se ocupa de la chatarra y de conducir la grúa; y a cambio, el Colmenero le ha ido sacando del sueldo lo que le dejó a deber el marido. Hasta aquí todo normal; la movida viene cuando el otro día me entero de que el Colmenero ha seguido usando la chatarra del desguace y lo poco que da la grúa para blanquear pasta. Vamos, que la mosquita muerta de Vega ha estado lavando dinero.

—¿Y ella lo sabe? —preguntó Rocha con un ridículo bigotillo de espuma entre la nariz y el labio.

—Eso mismo quería saber yo, y..., que esto quede entre nosotros, ¿vale? —Hasta que Rocha no asintió con la cabeza, Trejo no continuó—. Hemos... intimado.

—¿Intimado? ¿No te la estarás tirando?

—No —mintió—. Da igual, la cosa es que hemos hecho buenas migas y ¿sabes qué?

—¿Qué?

—Pues que me he enterado de dos cosas. La primera, que ella está al corriente de todo, no solo eso, sino que alguna que otra vez ha movido pequeñas cantidades en la grúa.

Trejo hizo una pausa y finiquitó la cerveza de otro trago.

—¿Y dos...? —le instó Rocha a continuar.

—Y dos —reprimiendo un eructo—, que nunca hemos sabido cuál de sus desguaces iba a mover el siguiente encargo gordo y ahora sí que lo sabemos.

—No jodas, ¿en Ascuas?

—En Ascuas.

—¿Te lo dijo? ¿Así sin más?

—Lo dejo caer... ayer... No, calla, anteayer. Dijo que lo gordo llegaría en

un par de días. Creo que pensó que como soy el conductor del Colmenero, estoy al corriente de todas sus historias.

—La madre que... ¡Dime que por fin lo tenemos!

—Lo tenemos.

—Esto sí que es una buena noticia, ni subida de sueldo ni hostias —dijo Rocha terminándose su vaso—. ¿Tomamos otra?

—Claro, ¿por qué no? ¿Has traído lo mío?

Rocha le pasó un sobre por debajo de la mesa. Cinco mil euros en billetes de cinco, diez y veinte. Luego, llamó la atención de la camarera pidiendo dos más, señalando los botellines de cerveza vacíos. Mientras esperaban la segunda ronda con mohín y sin tapa, guardaron silencio, cada uno a lo suyo.

El inspector pensaba que por fin iba a dar carpetazo a la Operación Abeja y también pensaba en los periódicos, y por qué no, en una medalla. Quizá en un ascenso.

El confidente, vigilando el aparcamiento, con una sonrisa de medio lado, pensaba en perder de vista al psicópata del Colmenero, al imbécil del policía, y en que echaría de menos el culo de Vega Trinidad.

Y no precisamente en ese orden.

8

Los dos operarios del tanatorio son los últimos en llegar. A pesar del calor, con traje oscuro, corbata y camisa blanca. Los observas y piensas en pingüinos sedientos en mitad del desierto. No sabes muy bien por qué piensas esas cosas, pero las piensas. Quizá eres tú, Vega, la que estás sedienta y eso lo explica todo.

Tras pedírtelo tu hermano Toni, maniobras y amurras la plataforma de la grúa al árbol y cambiando el peso de un pie a otro, esperas pacientemente a que descuelguen el cuerpo del Triste. Cuando lo bajan y comienzan a meterlo en una bolsa de plástico, te despides, besas a tu hermano en la mejilla y te largas camino del desguace. Dejas a Toni bien acompañado, algo que te consuela, pero no tanto como lo haría el trago que llevas necesitando desde que te levantaste de la cama.

Con las redondeadas lomas recortadas contra un cielo salpicado de nubes blancas, la grúa recorre el camino de regreso al pueblo, envuelta entre las partículas de tierra que levantan las ruedas a su paso. Polvo que jode el aire puro del campo y que se cuele por la ventanilla mientras piensas que ha ido más gente a descolgar al desgraciado del Triste que los que asistirán a su entierro.

Al salir del camino, te encuentras con la calle principal. Una carretera sin apenas acera que zigzaguea como el siete fruncido de un pantalón por medio de la localidad de Ascuas. Llevas el codo por fuera de la ventanilla, un cigarrillo entre los dedos y la boca seca.

Pasas frente al Candelero, el único garito del pueblo. Un local que abre por la tarde y aguanta el tirón hasta bien entrada la noche. Llevas cerca de diez meses sin poner un pie allí.

Sin tomar una copa allí, que en realidad es lo que más te jode.

La dueña, Leticia o Leti como la llaman en el pueblo, barre la entrada. Cuando ve pasar por delante la grúa, escupe al suelo. Te odia, te culpa por la desaparición de su hermano y es su forma de darte los buenos días. Le devuelves el saludo enseñándole el dedo corazón, y pasas de largo sin detenerte.

Os saludáis como buenas excuñadas.

Leti es hermana de Chimo.

O era, a saber...

Dejas la grúa en doble fila frente a la tienda de ultramarinos, saltas de la cabina dejando el motor a ralentí. Antes de entrar, miras de pasada tu imagen reflejada en el escaparate. Al fondo, botellas de vino, quesos manchegos y dulces en cajas de cartón; y en un primer plano, difuminado, tu pelo castaño recogido en una coleta que escapa tras la abertura de tu vieja y desvaída gorra vaquera. Pero aún ves más, arrugas incipientes en la frente y patas de gallo naciendo del rabillo de ambos ojos. Las ojeras las disimulan unas redondas gafas de sol.

La ansiedad por echar un trago, imposible de disimular.

Cuando subes de nuevo a la grúa llevas contigo un paquete de doce cervezas, una botella de *whisky* barato, algo de embutido, una barra de pan y una bolsa de patatas fritas.

En tus planes no entra el comer gran cosa. Al día siguiente tienes trabajo que hacer, y sabes que al menos durante una semana no podrás permitirte el lujo de cogerte un buen pedo. Así que decides que te darás libre lo que resta del día, que tomarás un baño mientras despachas tu primera cerveza y que después te reventarás el resto del paquete de doce. Más o menos y conociéndote, a ritmo de una cada media hora. Más tarde, a solas, ya en tu habitación de la casa prefabricada donde vives junto al desguace, abrazarás la botella de *whisky* y no la dejarás hasta caer inconsciente.

Ruedas lento por el pueblo, te despides mentalmente de todo lo que conoces. La decisión está tomada. Al día siguiente vas a joder a unos cuantos hombres y te vas a largar. En un momento dado te asalta una duda. ¿Has besado a tu hermano? Crees recordar que sí, pero no lo sabes a ciencia cierta. Tu cabeza no es la que era. Dentro de la cabina, en el techo oscurecido por el humo de los cigarrillos, pegaste, hace tiempo, un póster de cincuenta por cincuenta. En él se ve una playa paradisíaca de arena blanca, un par de

palmeras y, al fondo, las olas de un mar azul turquesa rompiendo tranquilas contra la orilla.

Te besas en la yema de los dedos y acaricias la imagen.

Sigues sintiéndote culpable. Antes de bajar de la grúa llamas a Toni. Haz memoria, te dices: «¿Lo has besado o no?».

El contestador salta al cuarto tono.

Silencio.

—Nada, esto..., Toni, no sé..., pensarás que estoy sensible que te cagas, o menstruando, bueno menstruando no, sabes que no, pero... no he bebido, al menos no todavía. Bueno... oye, sé que no te lo digo a menudo, pero que sepas que te quiero mucho... Ya está, solo quería que lo supieras. Adiós.

Cuelgas, y con el teléfono todavía en la mano golpeas repetidamente el volante con el puño. Mierda, mierda y mierda, dices en voz baja. Echas la cabeza hacia atrás sobre el reposacabezas con los ojos húmedos. La playa pegada al techo oscila. Una lágrima se escurre bajo las gafas de sol. Cuando se te pasa, despegas el póster y te lo llevas contigo.

Trípode, el perro guardián del desguace, se acerca a la carrera. Caricias, «buen chico», dices. Le llenas el cacharro del agua con una manguera, abres la bolsa de patatas y le dejas un buen puñado en el suelo antes de meterte en casa. Se trata de un bóxer al que le falta uno de los cuartos delanteros. Aun así, se maneja de maravilla y sabes que cuando hace falta, corre que se las pela...

Lo observas y sabes que también lo echarás de menos.

Lo encontraste hacía ya cuatro años en el arcén de la carretera abandonado en una caja. Decidiste llevártelo a casa contigo. Lo limpiaste y le colocaste una manta en el fondo de la caja. No tenías ni idea de cómo alimentar a un cachorro, de manera que calentaste algo de leche y se la fuiste dando con una cucharilla de café. Al día siguiente lo llevarías al veterinario y te informarías bien. Pensabas darle una sorpresa a tu marido y dejaste al perro en la misma caja durmiendo a los pies del sofá. Esa misma noche, Chimo, que venía de perder una buena suma en la habitual timba de los viernes, entró sin saludarte, y antes de darte tiempo a decir siquiera esta boca es mía, le propinó tal patada a la caja que la envió a la otra punta de la habitación.

Te diste cuenta de lo que ocurría cuando escuchaste los sollozos del cachorro. ¿A veces te preguntas si fue a propósito? Siempre quisiste pensar

que no. A saber...

Lo llevaste al veterinario a la mañana siguiente, y mentiste y dijiste haberlo encontrado así.

Le amputaron la pata al animal.

Toni, con su extraño sentido del humor, fue quien, un par de días después, le puso el nombre de Trípode. No se lo tuviste en cuenta, no sabía lo que había ocurrido y tú nunca se lo contaste.

Entras en casa.

Tal y como has previsto nadie te molesta en toda la tarde.

Ascuas es un pequeño pueblo de apenas mil habitantes perdido de la mano de Dios, un lugar donde la gente se deshace de sus coches viejos casi con tanta frecuencia con la que decide morirse.

9

Tres años en la casa amarilla.

Poco antes de que Toni cumpliera los trece, fueron acogidos por los Tote, un matrimonio de Guadalajara que, tras comprobar con desasosiego su incapacidad para tener hijos, habían decidido adoptar.

Alguien del orfanato les dijo que se largaban. Toni recordaba que tanto sus cosas como las de sus hermana cupieron en una maleta, y que no era una maleta grande.

Toni recordaba el viaje en coche en los asientos de atrás. La lluvia tras la ventanilla y el paisaje deshecho, como un sueño tras el despertar, desvaneciéndose a toda velocidad. Como Vega no dejaba de llorar, la abrazó durante todo el camino. Luego recordaba el toro de Osborne, grande y negro, grotesco y deformado por los chorretones de agua corriendo por la ventanilla. Serpentearon por carreteras hasta un lugar llamado Ascuas y aparcaron en la plaza del pueblo, frente al campanario de la iglesia. Sacaron del maletero un par de chubasqueros aunque apenas lloviznaba ya, y anduvieron hasta la casa bajo la luz ambarina que lamía la torre del campanario.

Herminia Tote tarareaba una canción y Vega se agarró de su mano por primera vez.

Toni a menudo también recordaba con una sonrisa en la cara, lo que Fermín Tote, un hombre de campo, solía contarles tras sus raros ramalazos de nostalgia. Siempre explicaba que la primera vez que los vieron, fue desde la ventana de dirección mientras rellenaban la solicitud de adopción. Decía que claro, que ellos buscaban niños más pequeños, que todo el mundo se lo había aconsejado, que los críos más mayores daban más problemas, que si esto que si lo otro. Pero él respondía que de eso nada, que una polla como una olla — su capacidad de expresión no daba para mucho—. Decía que había que estar

allí para verlos a través de sus ojos: sentados en un banco del patio, charlando tranquilamente mientras Toni le ajustaba un coletero en el pelo a Vega. Desde el principio, decía, les quedó claro el amor que se tenían los dos, y —esto se lo contaría más adelante cuando los hermanos fueron más mayores— que a pesar de la palabra «inestables» anotada en su expediente, decidieron adoptarlos.

Claro que Toni a menudo también pensaba en las largas noches en vela que pasó preocupado por su hermana Vega a la que nunca le contó lo ocurrido con el Avellano. No la había visto jamás tan feliz. Temía que cuando los Tote leyesen bien el expediente y se enterasen de lo ocurrido, los devolverían al orfanato. Pero nada de eso pasó: el director de la casa amarilla agilizó su salida, omitiendo deliberadamente el hecho de que Toni, un año antes de su adopción, cercenó «por accidente» la yugular del jefe de celadores.

10

Se llevaron el cuerpo del Triste a eso de la una y media, antes de que Vega se echase al colete la primera lata de cerveza y mucho antes de la botella de *whisky*, del sopor etílico y de los sueños rotos que estaban por llegar. Mucho antes de que mi hermana pusiera mi mundo cabeza abajo.

Me quedé a solas con el juez de paz a los pies del roble.

—Esto es como su nombre: un lugar bastante triste para morir —comentó Osorio.

Asentí. No consideré oportuno decirle al juez que el Triste en realidad se llamaba Berto, además, seguro que ya lo sabía. En lugar de eso, guardé silencio y cogí la silla de respaldo de mimbre y me encaminé hacia el coche patrulla. Abrí el portón trasero, eché a un lado el megáfono y acoplé la silla en el maletero.

—¿Te acerco?

—No. Me vuelvo en la bici —dijo Osorio levantándola del suelo.

Arranqué el motor, maniobré y encaré el pueblo. Osorio, montado en la bicicleta, se apoyó en la ventanilla y tuvo que doblar su cuerpo hasta la mitad para poder mirarme a los ojos.

—Siempre me he preguntado qué es lo último que le pasa a la gente por la cabeza para llegar a hacer algo así.

Pensé en contestar que lo último que le pasó al Triste por la cabeza fue la soga. Me contuve, no tenía ni pizca de gracia. En su lugar, dije:

—Pensaría, yo que sé, que todo es una mierda. No lo sé. O a lo mejor, no pensó nada. A lo mejor, ni siquiera lo hizo él mismo.

—No fastidies, Toni, ¿qué quieres decir? ¿Qué alguien lo colgó del árbol?

—Quién sabe... —No comenté nada acerca de las rodadas en el camino ni

que había estado tomando café con él unas horas antes—. Lo mismo fue el propio Triste. Trajo la silla, se subió y dijo: «Hala, que os den por culo, hasta aquí he llegado». No lo sé, Osorio. Los carteles siguen clavados allí en la entrada. No quería vender y era el loco del pueblo, casi nadie le hablaba. Quizá lo hizo él, pero a lo mejor todos los demás apretamos un poco la cuerda. ¿Seguro que no quieres que te acerque?

Dejé al juez de paz a los pies del árbol cavilando sobre lo que le acababa de decir; una larga figura con la ropa cubierta de polvo del camino que levantaron las ruedas al marcharme.

El cuerpo me pedía buscar una buena sombra y pensar en el suicidio del Triste, y darle vueltas y más vueltas como solía hacer. Mi puesto de trabajo llevaba un tiempo en entredicho y quizá podía sacarle tajada a la muerte de mi viejo amigo. A él no le habría importado. Pero miré el reloj del salpicadero y decidí dejarlo para más tarde.

Hora de figurar.

Solo había un colegio en Ascuas y se encontraba en la otra punta del pueblo. Llegué cuando sonaba el timbre y una treintena de niños de diversas edades salía en tropel por la breve escalinata. Los padres, a pesar de tener un descampado a unos veinte metros de la entrada, insistían una y otra vez en aparcar frente al edificio, el único lugar de todo Ascuas con el bordillo pintado de amarillo. En lugar de llamarles la atención, y mucho menos denunciarles, pues no llevaba nunca encima boletines para ello, me ajusté los pantalones y con mi mejor careta de sé que lo hacéis mal, pero hagamos la vista gorda por esta vez, me puse a regular el tráfico. Saludé a unos y a otros, y en menos de veinte minutos, la mayoría de vehículos desaparecieron en dirección a sus casas. Uno de los últimos coches en abandonar la entrada del colegio fue el de la hermana de Chimo. Leti redujo la velocidad al pasar junto a mí, y escupió a mis pies por la ventanilla; el mocoso que iba detrás, un crío mal encarado y mellado de los incisivos superiores, intentó hacer lo propio, pero su cristal estaba subido. El niño miró fascinado, con los ojos muy abiertos, como la baba resbalaba ventanilla abajo. Le hice señas para que lo limpiase antes de que su madre se diera cuenta. El niño se apresuró a pasar la camiseta mientras me aguantaba la risa. Al igual que Vega, llevaba tiempo sin pisar el garito de la hermana de Chimo, pero al contrario de lo que supuse que habría hecho mi hermana, en lugar de enseñarle el dedo corazón o mandarla a

tomar por culo, que es lo que me pedía el cuerpo, le di las buenas tardes. Y con la sonrisa todavía en la cara, el coche perdiéndose tras la curva y los pulgares metidos en el cinturón, pensé que aquella mujer era una inagotable fábrica de saliva.

Hora de comer.

La vieja casa de los Tote estaba construida en una sola planta. Por delante, se accedía por la entrada principal mediante tres escalones. Sin terreno, directamente a la acera. Sin embargo, la parte trasera de la casa daba a una pequeña parcela solada en hormigón impreso. Había un cenador de madera con una hamaca enganchada a dos de sus postes, una mesa plegable y un par de sillas de nailon. Tras pasar por un breve recibidor al que le hacía falta una buena mano de pintura tanto como llover, con un paragüero sin paraguas y un perchero vacío, la casa que una vez fue de mis padres de adopción, se abría a un salón. De la izquierda salía un pasillo que daba a las tres habitaciones. Por la derecha, se accedía a la cocina. No muy grande, como las demás estancias de la casa, pero me daba para encastrar en una esquina una mesa, un pequeño televisor y un par de sillas. Vivía solo y la cocina era el lugar de la casa donde más tiempo pasaba.

Volqué el contenido de una lata de fabada en un cazo y lo puse a calentar. Encendí la televisión. Busqué la cadena en la que un grupo de chavalas de unos veinte años pretendían conquistar a un fulano de la misma edad. Todos muy pintones, todos depilados, todos como un interminable anuncio de dentífrico: con los dientes blancos y al aire. Había movida chungu, dos de las chicas se gritaban. Me despisté y no se me pegaron las judías de milagro. Comí atacando el cazo con la cuchara para no perder comba.

Alguna vez, Vega me lo había echado en cara. Pedazo de *friki*, me decía. Pero a mí me gustaba, me entretenía. Y pensando en Vega, recordé el beso que me dio antes de marcharse. No era muy cariñosa. ¿Ocurriría algo? Le noté la voz compungida, pero no parecía bebida —¿o eran solo imaginaciones mías?—. Lo dejé correr cuando en el programa cambiaron de tercio y un grupo de chicos eran los que pretendían a una joven y a su escote infinito embutido en un vestido de fiesta. Terminé de comer a la que el programa echó el cierre. Noticias, la moción de censura sale adelante con los apoyos de bla, bla, bla... «Vamos no jodas, qué me estáis contando», pensé. Apagué la televisión, metí el cazo en la pila con el resto de cacharros por lavar y me dispuse a echarme

un rato.

De corto, como un deportista trasnochado, me tendí en la cama. Si nada me lo impedía, practicaba ese pasatiempo casi todos los días. Me considero todo un profesional de la siesta. Solo esperaba que las pesadillas no estuvieran aguardando en la oscuridad.

Tumbado sobre las sábanas, rumié lo del Triste y me acordé de su pescado en el bolsillo y en cómo se había reído de mí a la que me largaba de su casa.

Y supuse que aquello que sentí antes de caer dormido era algo parecido a la pena.

No lo sé.

11

Junto a la puerta, los dos hombres de siempre. Los dos se llamaban Manuel. Los dos con su sombra de barba de siempre. Y en las sobaqueras, sus Glock de siempre. Uno hace como que lee cualquier periódico deportivo; disimula, en realidad vigila. El otro hace como que vigila; en realidad, lee. Más o menos una novela a la semana. En sus manos parecía que no pesase el último volumen de Martin y sus dragones.

Los Manolos.

Merienda cena, bar La Colmena.

En la mesa del fondo, el Colmenero degustaba unas manitas de cerdo en salsa, una ración de cuellos de pollo y una tapa de magra. De beber, vino tinto de la tierra, en vasija, como Dios manda. Su calva reflejaba la tenue luz del local mientras la grasa se le acumulaba en la pajiza perilla de chivo. En el cuello de la camisa y en las rodillas, sendas servilletas. Sosegado, taimado, seco y nervudo como chupón de olivo. Los ojos, marrones, nada especial; sin embargo, su mirada fija. Dos clavos. Frente a él estaba sentado Cejónidas Trejo mareando un café y aguantando el chaparrón.

—Creo que me tomas por gilipollas. —Levantó la voz sin dejar de mirar a Trejo y, con las mismas, se dirigió al tío de la barra—: ¡Vito!

—¡A mandar! —contestó a su espalda.

—Oye, se me sincero, ¿tú crees que soy gilipollas?

—No, señor Colmenero. No lo creo.

—¿Ves? —dirigiéndose de nuevo a Trejo—, Vito no lo cree.

—Verá...

El Colmenero escupió un huesecillo de cerdo que impactó en la frente de Trejo, se incorporó y se quedó a unos cuantos centímetros de su cara. Sendas

venas en sus sienas como retorcidas lombrices de tierra.

Su boca, el filo de una navaja.

Ojos de loco.

—A callar. Yo lo único que veo aquí, es que intentas que pase por gilipollas. ¿Me quieres decir que has echado toda la puta mañana para ir a lavar el coche? —Hizo una pausa, se quitó la servilleta del cuello y la dejó caer sobre los restos de comida—. Mira, te diré lo que yo creo, y es una suposición. Creo que me quieres chulear mi tiempo. Y mi tiempo, soplapollas, vale mucho dinero. Claro... que esto, como digo, es una suposición. Y lo que supongo es que andas con chanchullos a mis espaldas. En fin... ¿sabes la diferencia entre una suposición y un hecho?

—Sí.

—Sí, mis cojones, Cejónidas. Yo creo que no —dijo el Colmenero—. La diferencia es que si lo que yo digo fuese un hecho y no tuviese la más mínima duda, tu mano derecha, en estos momentos —continuó levantando el índice a la altura de los ojos de Trejo—, contaría con un dedo menos. ¿Aclarado?

—Sí.

—Perfecto. Ahora voy a decirte lo que tienes que hacer. ¿Quieres mover mercancía a mis espaldas? ¿Menudear? Perfecto, pero en tu tiempo libre, coño. Y de lo que saques el sesenta por ciento, como todo quisqui. ¿Queda claro? No me contestes, por tus putas cejas sé que te ha quedado claro. —El Colmenero sacó el teléfono móvil del bolsillo, lo dejó sobre la mesa y levantó la mano dirigiéndose de nuevo al camarero—. ¡Vito! ¡Papel y boli!

El hombre, un tipo orondo y peludo de brazos, tardó un par de segundos en acercarle lo que le había pedido. El Colmenero buscó en los contactos de la guía del teléfono y cuando terminó se lo tendió a Cejónidas Trejo.

—Localízame a estos dos tíos y me los traes. Deben de haber llegado a Guadalajara esta mañana.

—¿Y si no han llegado? No sé, lo digo por si...

—Reza para que sí lo hayan hecho. Venga —dijo dando por terminada la conversación—, no te quedes ahí mirándome, coño. Tráemelos, joder.

Salió al exterior. El cielo, de un azul intenso, demasiado intenso. Caminó calle abajo, tieso, las manos a los costados, abría y cerraba los puños de rabia. Trejo tenía el coche en la misma acera del bar. Un Mercedes AMG CLA: un deportivo negro metalizado con unas llantas de diecinueve y

trescientos ochenta caballos. Según el Colmenero, un puto avión sin alas. Una vez dentro, Trejo hizo las llamadas. No contestaban. La ley de Murphy. Hizo una nueva intentona y después de seis tonos le contestaron.

No andaban muy lejos.

Colgó.

Pese a la inminente caída del sol tras los cerros, el sudor comenzó a formar cercos en su camiseta. Suspiró aliviado, apretó los dientes y se puso en marcha. En momentos como aquel odiaba su trabajo. Golpeó el volante a la que giró en la avenida del Ejército en busca de la salida hacia la nacional.

En su cabeza durante el trayecto: «Una vez más, hazlo solo una vez más y juro que te mato... Vuelve a llamarme Cejónidas y te mato cabrón acomplexado, pirado de mierda».

12

Subí el par de peldaños de la entrada hasta la puerta y oí el familiar crujido de la madera del porche bajo mis botas. Iba de paisano, camisa blanca hecha un higo por fuera de unos vaqueros desgastados; aun así, llevaba los pulgares embutidos en el cinturón por la fuerza de la costumbre. Con casi cincuenta primaveras, uno se vuelve un animal maniático. Da igual, la cuestión es que caí en lo que había ido a hacer allí. Me rasqué la coronilla y me dije: «Joder vaya cabeza», y volví hacia el coche. Saqué la silla con el respaldo de mimbre del maletero y regresé a la entrada. El Triste ocultaba la llave en lo alto del cerco de la puerta. Palpé la madera, me hice con la llave y eché un último vistazo a la calle desierta.

Me recibió el silencio y el típico frescor de las casas de pueblo.

Crucé la entrada. El salón rescataba parte de los últimos rayos de sol que entraban en oblicuo por la ventana. Dejé la silla con el respaldo de mimbre junto a las demás bajo la vieja mesa de madera. De las cuatro, la más cercana a la puerta era la que siempre utilizaba cuando pasaba a tomar café con el viejo. La calle que daba a la casa se encontraba en un lateral del pueblo, muy cerca a los campos de labranza. Yo sabía que por allí no pasaba nadie, y menos en las horas en las que hasta las chicharras pasaban calor, pero de todas maneras corrí las cortinas. No me sentía como un ladrón entrando sin permiso, no, eso no, sin embargo no quería que nadie me viera. Al entrar en la casa de un muerto tenía la extraña sensación de estar profanando una tumba o algo así.

De hecho, de haber creído en Dios, me habría persignado.

Eché un vistazo. Nada parecía fuera de lugar. Si uno conocía al loco y viejo Triste pensaría que su casa debía ser una prolongación de su aspecto. Y así era, tanto el loco como su casa, hechos de sietes y remiendos. Todo austero, dejado y polvoriento. De fondo, el tufo rancio de café quemado y del

humo de los cigarrillos y de orines añejos.

Revisé la casa. La cama de su habitación sin hacer y la ropa amontonada en el armario. En la mesilla, una lámpara con la bombilla desnuda y un cenicero repleto de colillas. A los pies, un orinal. Cerré. La puerta del otro dormitorio estaba cerrada con llave. Tardé un buen rato en dar con ella. Se hallaba en un cajón de la mesilla. Abrí tras dos sonoras vueltas y me quedé mirando aquella habitación de niña. Decoración estilo años setenta, calculé. Paredes recubiertas de papel celofán. Extrañamente limpia. Estaba claro que el viejo había mantenido la habitación intacta durante cerca de cuarenta años. Sobre la cama, una muñeca de trapo, y en una de las repisas sobre el cabecero, una fotografía. El Triste de joven, le eché treinta y tantos o cuarenta, no más. De mirada clara, intensa. La locura aún no había nublado sus ojos. A su lado, una niña vestida de domingo, de domingo de los de antes, digo; con el pelo liso y largo, muy largo. De doce o trece, trece más bien. Pecosa tal vez, la foto tenía sus años. Y pizpireta, eso sí. Me quedé parado, hostia puta, ahora sí que me sentía como un ladrón. Desconocía la historia que había detrás de todo aquello. Debió de ocurrir, pensé, antes de que Vega y yo fuésemos adoptados por los Tote.

Salí de la habitación, cerré la puerta y me quedé pensando. Había tomado más cafés en aquella casa de los que podía recordar. El viejo hablaba por los codos. Mezclaba historias, desde lo que había sembrado hasta al tiempo que iba a hacer, y luego se desmarcaba con patrañas inverosímiles de su infancia. Películas que, dicho sea de paso, me parecían del todo inventadas. Vamos, que se las sacaba de la manga.

Pero nunca, que yo recuerde, habló de su hija.

Nunca.

Acababa de descubrir que a pesar de conocer al Triste de toda la vida, no sabía nada de él. Pensé en ello de vuelta al salón y me dejé caer sobre la silla. A excepción de la habitación, no había encontrado nada que me llamara la atención.

¿Qué estaba buscando?

No lo sabía.

—¿Un último café, viejo?

—Claro, Toni. Ya sabes dónde encontrarlo.

Imité la cascada voz del Triste y me sentí un poco gilipollas al hacerlo. Me

levanté y fui a la cocina. La cafetera, repleta de churretes, apoyada en el fogón. Busqué una taza medianamente limpia, la enjuagué bajo el grifo sorteando la pila de cacharros y me serví lo poco que quedaba del caldo. La calenté en un viejo micro recubierto de una amarillenta capa de grasa y me dispuse a tomarme un último café de despedida. Mientras bebía me fijé en la tostadora. Una rebanada de pan duro asomaba por una de las aberturas. Y entonces me pregunté por primera vez cómo habrían sido sus últimos momentos:

Se levanta el viejo y loco Triste, se viste si es que no ha dormido con la ropa puesta, prepara una cafetera para compartirla conmigo, habla con un pescado que saca del bolsillo, mete una rebanada de pan en la tostadora partiéndose el culo de mí mientras me marchó, y antes de alicatarse la tostada, en un momento dado se dice, qué cojones, ¿sabes qué? Que ni hambre ni tostada ni Cristo que lo fundó. Que me voy a suicidar.

Cerré la puerta al salir y dejé la llave sobre la moldura. El regusto amargo del café en la boca. Me monté en el coche patrulla y, pensando que ya habría alguien por la calle que pudiese ver como hacía mi trabajo, me dispuse a dar la penúltima vuelta al pueblo.

Las nubes cubrían el cielo. Por la ventanilla, los olores de la siega, del asfalto caliente y de la humedad.

«Se acercan días de tormenta», habría dicho el viejo.

Y como siempre, no erraría el tiro.

13

Vega, Vega, Vega...

Lo que no puedes anticipar de ninguna manera es que cuando le queda algo menos de un cuarto a la botella de *whisky*, la velada comienza a torcerse. La borrachera no te provoca la inconsciencia deseada, sino las pesadillas en espiral que vienen acompañadas del sudor etílico.

Sueñas con el Avellano y su vara de madera.

Sueñas con Chimo y sus manos llenas de nudillos que se ríe de ti desde una playa desierta.

Sueñas con el Avellano y su otra vara y las largas noches en la casa amarilla.

Sueñas con el Triste, que te pide un trago con la soga alrededor del cuello.

Sueñas con tu hermano Toni que yace desmadejado a tus pies.

Sueñas con el Colmenero y sus botes de orejas y dedos.

Y sueñas y sueñas.

Y sueñas.

14

En la calle, una ligera brisa de verano arrastraba consigo los olores de la autopista y sus turbulentas y calientes corrientes de aire.

No cogían el teléfono.

Encaró la puerta del hostel. «Habitaciones por horas», rezaba el cartel. En realidad, se trataba de una casa de citas. Trejo lo sabía, la Policía lo sabía, y todo aquel que no fuese un jodido marciano recién aterrizado lo sabía. La puerta se encontraba entreabierta, y del interior le llegó la sordina de un televisor y de sus risas enlatadas. Avanzó hasta la recepción, donde una mujer gruesa y mofletuda, de unos sesenta, y de carmín desbordado, apoyaba un pie en una banqueta mientras se pintaba las uñas.

—¿Habitación, chicas o las dos cosas?

—Busco a un par de hombres, han debido de llegar esta mañana.

—Claro. —Sin apartar la vista del pie—. Todos buscamos a alguien, ¿no?

—¿Qué?

—Que nada, que por aquí para mucha gente, solo digo eso.

Trejo se llevó la mano a la cara y suspiró. Llevaba un día de mierda y estaba comenzando a agobiarse. No quería montar un espectáculo, de manera que fue al grano.

—¿Cuánto?

—¿Cincuenta? —Brochazo en una de sus uñas y pausa—. Sí, cincuenta es un número redondo.

—No me joda, señora.

—Mire —le cortó—, lo que me pide es realmente un problema. El sistema está automatizado por la protección de datos y toda esa basura informática que nos obligan a tener ahora..., y la *guripa* viene de vez en cuando a comprobar

si todo está en regla —continuó sin levantar la cabeza. Ya solo le faltaban tres uñas por pintar—. Y este lugar tiene una reputación. Aquí todo el mundo me conoce, aquí la gente me llama «Fati», o «gorda» cuando van hasta las cejas, o «jovencita» si se creen muy graciosos. ¿Señora?, bueno..., «señora» solo la pasma y usted no parece un poli. Esas cosas se notan... Ahora me dirá que si es urgente, que si son negocios o que si no sé qué niño muerto. Nada nuevo bajo el sol, una pena. Y no es poli, no huele a madero, además, ya me habría restregado la placa por el hocico. —Dos uñas y restando—. No se quede ahí pasmado, la vida es muy dura, hombre. Mire si es dura, yo antes cobraba por hacer mamadas y créame cuando le digo que era realmente buena. La cuestión es que una se hace mayor, siempre he sido una persona positiva, *emprendedora* es la palabra que utilizan ahora. Lo mismo da, pensé, joder, Fati, sin dientes lo mismo hasta ganas más parné. Pues no, la gente es muy escrupulosa con eso de no tener dientes. La dentadura en un vaso pues como que no les pone. —Una uña—. La historia es que o van muy jarreados o *na de na*, y lo del hostel, ya lo ve usted, con la puta crisis, medio vacío. Abreviando, que con lo poco que gano apenas me llega para pagar los autónomos, vamos, que voy corta de efectivo, así que deje cincuenta pavos en el mostrador, yo los cojo, me los meto entre las tetas, le digo donde están los dos tipos que busca, y aquí paz y después gloria.

Trejo dejó un billete de cincuenta en el mostrador. Fati lo agarró y lo introdujo sin remilgos en el oscuro canalillo de su caja B. Enganchó los zapatos de tacón con una mano como si llevase dos cachorros de terrier colgando del morrillo, se levantó, rodeó la mesa y sacó una llave del clavero. Después, sin despedirse, se dirigió descalza, apoyada sobre los talones y con algodones entre los dedos, hacia la habitación que había al final del estrecho pasillo de donde llegaban los moribundos sonidos del televisor.

—No le he dicho cómo son los dos hombres que busco —dijo Trejo a sus espaldas.

—No es necesario —contestó sin volverse—, solo tengo dos clientes.

Trejo se la quedó mirando, apretó la llave clavándosela en la palma de la mano y subió las escaleras. Buscó la número seis y entró sin llamar. Nada de putas ni de drogas ni de alcohol. Los dos hombres estaban sentados en la cama, completamente vestidos a excepción de los zapatos, compartiendo una bolsa de Doritos y viendo dibujos animados en la televisión.

—Os he estado llamando.

No contestaron, levantaron la cabeza a modo de saludo, uno de ellos apagó el televisor, se calzaron y siguieron a Trejo escaleras abajo.

Trejo conocía su historia por boca del Colmenero. Los Maquénroe, los llamaban. Algo que tenía que ver con jugar al tenis con un fulano a base de golpes; en lugar de raquetas, bates de béisbol. Los observó por el espejo retrovisor. Silenciosos durante todo el trayecto, excepto cuando en la radio comenzó a sonar una de Mecano. Tararearon la canción al unísono meneando la cabeza y mirándose el uno al otro como lunáticos compartiendo un gran secreto.

Trejo sintió escalofríos.

Eran hermanos —exleñadores, para ser exactos—, de vocabulario escueto pero preciso. Uno moreno, el otro rubio. Rondando los cincuenta. Ambos trajeados de oscuro, ambos grandes, y ambos con tanta barba que no se sabía muy bien cuando sonreían, si es que practicaban ese deporte alguna vez. El Colmenero los fichó allá por mediados de los ochenta, durante los llamados «años de plomo», cuando comenzaban como escoltas en Zarautz, Guipúzcoa. Los dos hermanos dejaron de lado el negocio de la madera, bajaron del monte y se dieron cuenta de que lo suyo era repartir hostias, romper algún que otro hueso y, de cuando en cuando, tirar la basura en la Ría de Bilbao. Fueron unos años muy duros. La mayoría de los empresarios vascos, sobre todo aquellos que no disponían de dos exleñadores psicópatas, estaban más que dispuestos a pagar el llamado impuesto revolucionario; ¿por qué? el Colmenero se lo preguntó en cierta ocasión, durante una entrega, a un comerciante del barrio de Intxaurreondo:

—Algunos —dijo— lo pagan por el conflicto, por la causa. Otros por miedo, oiga, que el miedo es libre. Y otros, como yo, lo pagamos porque nos sale de los cojones, coño.

¿El trabajo de los Maquénroe?

Fácil; el Colmenero opinaba que eran leales, educados y silenciosos. Dos hombres de confianza para los trabajos importantes.

Dos tipos que venían a ocuparse del asunto de Ascuas.

Con este pensamiento, Trejo se animó, y se vino arriba y comenzó a silbar y a tamborilear con los dedos sobre el volante. Cuando los dos exleñadores psicópatas le miraron raro, dejó de hacerlo.

15

Cuando despiertas a la mañana siguiente, la claridad se filtra a través de los fraileros rayando tu habitación. Desasosiego. Tienes la sensación de haber dormido en una celda. Trípode ronca a los pies de la cama y tú, todavía con el albornoz puesto y la lengua como un trapo, tienes el póster destrozado, hecho una bola en sus manos. No piensas ni por un instante que las sombras carcelarias cambiantes al ritmo del amanecer y tu sueño roto entre los dedos sea una señal de mala suerte.

¿Te equivocas, Vega?

Te equivocas.

Recoges los ceniceros, las latas de cerveza vacías y los restos de comida y lo vas echando todo en una bolsa de basura. El cadáver de la botella de *whisky* se encuentra sobre la mesilla, meditas unos instantes si echar lo que queda en una petaca. Con todo el dolor de tu corazón, decides que no y vacías el culo de la botella en el fregadero. Después revisas por última vez la mochila. En el bolsillo de fuera llevas el pasaporte y el billete de avión. De dinero vas algo justa, como siempre, pero si todo sale como tienes planeado, pronto disfrutarás de un montón de pasta.

El intercambio está previsto para las diez de la mañana.

Son las nueve.

Corres las cortinas de la ventana de la cocina y enciendes un cigarrillo. La furgoneta, una berlingo con la caja ciega y pintada de un blanco anodino, tal y como dijo el Colmenero, la aparcaron frente a la compactadora de chatarra durante la noche. Un poco más allá, en una *pick-up* color negro, dos tipos enormes que no conoces de nada, aguardan sin moverse y sin quitar ojo a la furgoneta. Barbudos. Uno rubio y el otro moreno, jurarías que son hermanos.

Las nubes cada vez más oscuras devoran los claros. Al otro lado del desguace, sigues a Trípode con la mirada. Se acerca a los cubos de chatarra prensada, y en un equilibrio digno de admiración, levanta la pata para mear. Siempre echa la meada en el mismo bloque de metal. Allí donde levanta la pata, es el único lugar que no lanza destellos brillantes con las primeras luces del día.

Echarás también de menos a Trípode y sus excentricidades.

«Es hora de cambiar mi suerte», te dices.

Te toca cumplir tus sueños, así que apagas el cigarrillo bajo el chorro del agua del grifo y metes la colilla en la bolsa de basura. Te echas la mochila al hombro y antes de salir te dices: «Merezco ser feliz, lo merezco, coño. Todo va a salir bien por una vez; sin milagros y sin putas varitas mágicas. No soy una princesa, soy una guerrera, así que haré lo que tengo que hacer, cogeré la pasta de ese minga floja del Colmenero y me largaré».

16

La casa amarilla.

El celador jefe había vuelto a dejarle pastas de anís bajo la almohada. Otras veces le dejaba regaliz. Se conoce que el Avellano tenía experiencia a la hora de ganarse la confianza de las niñas. Se manejaba a su antojo. Su habitación daba a un descansillo desde el cual se accedía, por unas escaleras con gruesas balaustradas de madera, tanto al ala de los niños como al de las niñas. El recuento a las nueve. Más allá de las diez de la noche, el edificio de altas ventanas y bóvedas catedralicias le pertenecía. Los niños le pertenecían.

Y era media noche.

Entre dientes, silbaba una melodía por lo bajo.

Las camas de las niñas estaban separadas por taquillas metálicas y unas mamparas de plástico. A pesar de ser una sala diáfana, las crías tenían cierta intimidad, casi se creaba la falsa sensación de poseer habitación propia.

Volteaba la vara de avellano al ritmo de la melodía.

Se trataba de *Thriller*, de moda en aquella época. De hecho, cada poco, al amparo de la oscuridad y sabiendo que todas las criaturas de su reino dormían, se permitía el lujo de imitar a Michael y sus pasos de baile en el famoso video musical.

El apartado de Vega era el penúltimo del largo corredor. La niña se había comido las pastas de anís y dormía profundamente. Sacó una linterna. Se podían apreciar restos de migas sobre la gruesa manta. Sonrió con sus dientes torcidos y amarillos en la penumbra. La despertó, ahogó el haz de luz haciendo campana con la palma de la mano, se sentó en la cama y le preguntó por las galletas.

—¿Estaban ricas? —Vega asintió—. Bien —dijo— ahora atiende, niña

bonita, que voy a contarte un cuento.

—La Casa Amarilla era un reino.

»Y el Avellano era su rey...

»Un rey que tenía dos varas.

»Una de madera y la otra no.

»La otra, y escucha con atención, la otra es mágica.

»La de madera —le explicó— es para los niños malos.

—¿Y la otra?, ¿la mágica? —preguntó Vega.

—La mágica —dijo el Avellano— es solo para las niñas que quieren ser princesas. Es una varita que tengo guardada—. Vega, ¿tú quieres ser una princesa?

—Sí.

—¿Quieres verla?

—Claro.

17

Fuera, la luz cada vez más turbia. El aire en las ramas de los árboles barruntaba lluvia. Dentro del banco, como en otro mundo. Planta baja del edificio de hormigón. Un lugar frío, aséptico y luminoso.

El director del banco, con aspecto de becario, sin corbata y gafas de pasta dejó de lado su cubo de Rubik y, cruzando los dedos en plan importante, intentó lidiar con la situación.

—Estas cosas —me dijo acomodándose las gafas de pasta— llevan un protocolo. ¿Hay alguna investigación en marcha?

—No —contesté—. De momento...

Me retrepé en la silla y apoyé las manos sobre mi barriga. Relajado. Por lo que a mí respectaba, y eso que apreciaba al Triste, ni había investigación ni la habría. Aun así, yo era el policía del pueblo y se supone, o al menos eso creo yo, que algo debía hacer.

Creedme cuando os digo que la apariencia lo es todo.

—Para darte esa información —continuó el director—, es necesaria una orden judicial. Lo sabes, ¿no?

—Lo sé. Lo mismo la pido y todo —mentí.

Después me acordé de los vejetes de la plaza y cambié de tema.

—¿Seguís regalando gorras?

—¿Qué?

—Esas gorras —le dije—. Las que llevan la publicidad de la caja. He visto que alguno por el pueblo la lleva.

—¿Quieres una gorra?

—Bueno, solo si tienes de sobra, no creo que también haga falta una orden judicial para que me des una.

El director del banco me sonrió, descolgó el teléfono, marcó la extensión del tipo de caja y cuando respondió le dijo:

—¿Quedan gorras? Sí, de publicidad. Vale, tráeme una, haz el favor.

Depositó el aparato con el rostro satisfecho.

—Respecto a las cuentas del Triste —me dijo volviendo al tema anterior —, sin una orden no puedo hacer nada. Entiéndelo, estoy atado de pies y manos.

Soy incapaz de perder la oportunidad de ponerme interesante, de manera que agarré el juguete que el director había dejado sobre la mesa y mientras volteaba entre mis manos el cubo de Rubik, le dije:

—Lo entiendo. Y respecto a sus tierras... Sé que una constructora, ¿cómo se llama...?, sí, hombre, la que ha colocado carteles por todo Ascuas..

Chasquéé los dedos intentando hacer memoria pero nada.

—Proicontra.

—Eso, Proicontra.

—¿Sí? ¿Qué pasa con ellos? —preguntó el director.

—Nada. Sé que muchos vecinos ya les han vendido sus tierras, solo faltaban las del Triste. ¿Sabes dónde tienen la oficina?

—Esto..., por supuesto, en el centro de Guadalajara.

Cuando me largué por la puerta, lo hice sin la información de las cuentas del Triste, que por otro lado no necesitaba para nada, pero lo hice satisfecho con el resultado. Por un lado, parecía un policía que se preocupa, uno como Dios manda; por otro, me fui del banco con un puñado de caramelos en el bolsillo, un par de bolígrafos y la gorra de publicidad.

En realidad, todo aquello iría a parar al cajón de mi despacho, sabía que se trataba de baratijas sin importancia, pero no podía evitarlo.

En fin, manías que tiene uno.

Me detuve unos instantes frente a la cristalera ahumada del banco y me probé la gorra. Todavía no era un viejo como mandan los cánones, pero la verdad es que no me quedaba nada mal. Le sonreí a mi imagen reflejada y me llevé dos dedos a la visera a modo de saludo. Embuté los pulgares por dentro del cinturón y, silbando, me dirigí al coche patrulla que tenía aparcado frente al ayuntamiento.

Tocaba hacer la ronda.

18

El joven director con aspecto de becario cogió de nuevo el teléfono y marcó el número que tenía anotado en una tarjeta de la constructora. Tras seis tonos le cogieron la llamada.

—Creo que se van a acercar a hacerles una visita. El policía del pueblo. Ha estado haciendo preguntas. Sí, sí, que va, no parece muy listo. De nada. Descuide, lo he entendido. Sí señor, meridianamente claro.

Colgó.

La pose de hombre importante se había esfumado. El director giró en la silla y se encontró con la cara de Toni. Gesticulaba desde la calle al otro lado del cristal ahumado. El policía puso cara de interesante y se llevó dos dedos a la visera de la gorra. Instintivamente, el director levantó la mano devolviendo el saludo. La bajó. Cayó en la cuenta de que era imposible que Toni lo estuviese observando. Tras verlo marchar, giró de nuevo la silla y miró el juguete apoyado en la esquina de la mesa. Toni había dejado resuelto el cubo de Rubik. Y entonces se preguntó si el jefe de policía local era en realidad tan tonto como parecía.

19

Eran las nueve y media pasadas cuando oí las dos detonaciones. Parecían disparos. No me inquieté. Ascuas era un lugar tranquilo. Hace años que prestaba servicio sin sacar el arma de casa, con eso creo que estaba todo dicho. Además, los hidráulicos de la compactadora de chatarra sonaban muy parecidos a descargas de armas de fuego, esto lo sabía. Aun así, sin prisa, me dirigí al desguace. No estaba de más pasarme a saludar a Vega y de paso echar un vistazo.

De camino, me crucé con un par de Renault Trafic. Oscuras. Sin ventanas. No eran del pueblo, eso seguro. Uno de los que conducía me saludó con la mano. Hice lo propio. Me pareció que vestía un uniforme oscuro de la Policía, al igual que el tipo que iba en el asiento del acompañante.

¿Nacionales en Ascuas?

Pche. Lo dejé correr y no volví a pensar en ello.

Llegué al desguace. Las puertas de la verja se encontraban cerradas y, estacionada enfrente, había una *pick-up* negra con dos barbudos enormes en su interior. Uno rubio y el otro moreno. Me detuve a un metro de la ventanilla del conductor, me sequé el sudor de la frente con el antebrazo y miré el reloj.

—¿Está cerrado? —dije por hablar de algo apoyando el codo en la ventanilla—. Ya debería estar abierto. ¿Llevan mucho rato esperando?

No contestó. El rubio, me miró con curiosidad la parte superior de la cabeza y enarcó una ceja. Después, unos segundos más tarde de la cuenta, torció el cuello y me miró a los ojos.

Y si aquello iba de tipos duros, debí defraudarlo, pues le dediqué la que yo suponía era la mejor de mis sonrisas. Y así estuvimos como dos imbéciles cerca de un minuto. Y lo sé, lo sé. Soy consciente de que es difícil sonreír y

sostener la mirada de cualquiera durante ese tiempo. Pero ese soy yo, el típico policía cercano, campechano y simpático de pueblo.

Claro, que todo era un paripé.

Creo haber dicho ya que soy malísimo juzgando a las personas por la primera impresión, pero no sé, algo dentro de mí me decía que aquel par de tipos no me traerían más que problemas.

20

El Maquéñroe rubio miró extrañado la cabeza del policía y luego asintió dándole la razón. No dijo que había sido él quien acababa de cerrar las puertas del desguace. Una de sus manazas a la vista sujetando el volante, la otra pegada a la puerta y sujetando un revólver del treinta y ocho.

El Maquéñroe moreno tenía la ropa cubierta de polvo, esto se debía no solo a los metros que reptó cuando disparó a la mujer, también se debía a los metros que tuvo que culebrear apoyado en los codos hasta llegar a los mandos de la grúa para poder descolgar la *pick-up*.

También tenía la tibia asomando por fuera del pantalón y, sin embargo, continuaba con la vista al frente como si la película no fuera con él.

El Maquéñroe rubio seguía mirándole la cabeza cada poco, luego observó el coche patrulla con la pegatina de los dos policías besándose en una de las ventanillas.

—Qué raro —dijo el policía al cabo de un par de minutos—. Y a la mujer que trabaja aquí, ¿la han visto? Es mi hermana.

Ante el último comentario, el Maquéñroe moreno estiró el pescuezo y giró la vista en su dirección, y después de mirar raro la cabeza de Toni, se pasó la mano por la barba como si acariciase a un gato callejero y preguntó:

—¿Su hermana?

—Sí..., ¿qué han venido a buscar? Puedo llamarla.

—Un retrovisor —contestó el moreno—, el derecho está suelto—. Y para demostrar que no mentía, sacó la manaza por la ventanilla y arrancó sin esfuerzo el espejo retrovisor.

Los cables quedaron colgando como las tripas de un conejo atropellado en la carretera.

—Ya vendremos en otra ocasión, no se moleste —dijo el Maquénroe moreno antes de mirar por última vez, extrañado, la cabeza de Toni.

Se largaron sin despedirse.

Uno con el treinta y ocho todavía en la mano y el otro con el espejo destripado en el regazo.

21

«Gente extraña estos barbudos», pensé. Después, y ya por curiosidad, me pregunté qué miraban tanto. Entonces fue cuando me cosqué que todavía llevaba puesta la gorra de la caja de ahorros.

La dejé en el asiento junto a los bolígrafos y los caramelos y saqué el móvil. Lo tenía en silencio. Llevaba cerca de un día sin echarle cuenta. Un mensaje me informó que tenía un mensaje en el buzón de voz.

Era de Vega:

—Nada, esto..., Toni, no sé..., pensarás que estoy sensible que te cagas, o menstruando, bueno menstruando no, sabes que no, pero... no he bebido, al menos no todavía. Bueno... oye, sé que no te lo digo a menudo, pero que sepas que te quiero mucho... Ya está, solo quería que lo supieras. Adiós.

No me gustó como cazaba la perrita, no, no me gustó en absoluto. Vega era Vega. Era de encontrarla a las tantas de la madrugada durmiendo la mona en un banco del parque. Era de largarse sin avisar con la grúa cargada después de levantar algún coche averiado en la carretera. Me enteraba porque el dueño, normalmente algún vecino del pueblo que ya sabía de qué iba la vaina, me llamaba para decirme que mi hermana hacía horas que debía haber dejado su coche en el taller.

Esa era mi hermana Vega.

No era de mensajes que sonaban a despedida.

Como yo, no somos de decir te quiero.

Bajé del coche y me acerqué a la puerta. Estaba encajada, la llave sin echar. Tiré de la cancela y abrí. Trípode, que acababa de mear en su cubo de chatarra de siempre, se acercó meneando el rabo a modo de saludo.

La grúa aparcada en la breve explanada de tierra. La caseta prefabricada

que hacía las veces de vivienda, cerrada. Me asomé a la ventana de la cocina. Golpeé el cristal con los nudillos y voceé el nombre de Vega varias veces. Aguardé en silencio, uno, dos, tres segundos. Nada. Eché un ojo al taller con su banco de madera, sus herramientas y sus hileras de estanterías. Nada. Le pregunté al perro pero este pasó de mí y no contestó. Cogí un puñado de pienso de un saco que estaba a la sombra y le llené el cacharro de agua. Eché la cancela y volví de nuevo al coche patrulla. Saqué el teléfono y llamé a mi hermana.

—El número al que llama no se encuentra...

Corté echando la vista al cielo.

Luz babeante, luz así como a regañadientes. Nubes compungidas, unas más oscuras que otras como manchas como las manchas difíciles de identificar en el suelo de la vieja cocina del Triste.

La primera gota de lluvia me golpeó cerca del ojo y resbaló por un lado de la nariz.

Como una lágrima.

Luego vinieron muchas más.

22

Así aleccionaba el Colmenero a la tropa.

Decían llamarse el Pecas, Cucuyé y el Botas.

—Esperaba a dos personas y sois tres.

—No pasa nada, tío —dijo el Pecas—. Estos dos me contaron la movida y... me hace falta la pasta..., total que me he dicho, qué coño, el Colme me conoce de otras veces, vamos, que donde caben dos, caben tres.

Silencio, allí dentro los ruidos de la calle llegaban como murmullos. Media luz. Las persianas del bar echadas.

El Colmenero tenía una firme convicción: el respeto no se enseña, se inocula. Nada de farragosas lecciones que nadie quiere aprender, el truco reside en ser directo y explícito, como una picadura de abeja; algo que llegue en el acto al sistema nervioso del individuo en cuestión. Se acarició la pajiza barba de chivo pensando en esto mientras observaba en silencio a los tres jóvenes que se habían presentado para el trabajo.

Cejónidas Trejo, brazos cruzados al pecho, aguardaba en la barra sin perder de vista la mesa. Ensortijado como de costumbre, cejas en uve y con la frente arrugada, escuchaba la conversación.

Simulando desgana.

Era la primera vez que el Colmenero le pedía que se quedase. A los dos hombres de siempre y a sus lecturas, los había enviado la noche anterior a un desguace en Aranda de Duero. Esto Trejo no lo sabía y lo atribuyó a que, pese a la bronca del día anterior, se iba ganando su confianza.

—Vale... —dijo el Colmenero—, empezaré por lo básico. ¿Sabéis contar? Qué estupidez, claro que sabéis contar. ¿Os habéis fijado en las motos que hay aparcadas fuera?

—Un par de motos guapísimas, tío —dijo Cucuyé, un nigeriano alto y delgado.

—Muy bien. Lo de que sean un par, ¿no os dice nada?

Silencio.

—Bueno, tío, no sé, uno puede ir de paquete.

El Colmenero se levantó, se rascó la calva y con gesto de cansancio dijo:

—Ya está bien de tantas gilipolleces. Venga —les instó—, echadlo a suertes.

—¿Qué? —preguntó uno de ellos.

—Ni qué ni hostias. Venga, no tengo todo el día. —Miró a Trejo—. ¡Cejas! ¡Trae el armarito!

—¿El armarito? ¿El armarito negro que hay tras la barra?

—Sí, Cejónidas, el que está tras la barra. —Se le estaba agotando la paciencia—. ¡Y vosotros, coño! —Dio una sonora palmada—. Echadlo a suertes de una puta vez.

Trejo arrastró el armarito hasta la mesa. Chirriar de ruedas sobre el sucio enlosado. Se trataba de un pequeño mueble lacado en negro con un solo cajón. El Colmenero extrajo un viejo Colt con las cachas de madera. El cañón, largo, exageradamente largo.

Ojos como platos.

—¡Tú! —le dijo al Pecas encañonándolo con el revólver—, Di un número.

—¿Qué? Tío, espera...

—Dime, un, puto, número. Lo vamos a echar a suertes.

—Esto... el tres.

—Joder, la madre que me parió. Será posible. Cejónidas, ven aquí. Ni sorteo ni hostias. Este, el rubiales, por gilipollas. Pues no va y me dice el tres. Un sorteo entre tres tíos y va y me dice el tres.

Trejo no tenía ni idea de lo que iba a ocurrir. Se tensó. Sentía el nueve corto clavado en los riñones. ¿Querría que lo liquidara? ¿Era una prueba? Había un operativo montado en Ascuas para interceptar el envío esa misma mañana. No quería joderla, no quería volver a cárcel de la que Rocha lo había sacado. Aun así, se acercó y le ordenó al chaval que se pusiera de pie.

—Espera, espera, tío, digo otro número, o mejor, me voy, si en realidad...

—Levántate. No lo pongas más difícil —dijo Trejo.

—Golpéale. En el estómago —ordenó el Colmenero.

En cuanto se hubo incorporado, Trejo, sin pensarlo, lanzó al Pecas un directo fulminante a la boca del estómago. Primero, expulsó todo el aire; y después, se dobló de dolor. Hincó una rodilla en el suelo, contuvo las arcadas.

Esperó que eso fuera todo.

—Ahora, le coges una de sus preciosas manitas y se la metes en el cajón. Cierras con delicadeza, no se vaya a hacer daño y sujetas.

«No jodas», pensó. Aun así, Trejo hizo lo que le pedía. Sudaba.

El Colmenero le mostró entonces la boca de fuego al Botas.

—Tú, venga, dale una patada al puto cajón.

Cambió el peso de un pie a otro. Dudas. «Es mi colega», dijo. «Lo sé, pero es él o tú. ¿Nada?». El Colmenero amartilló el arma; después del convincente sonido, el Botas tomó impulso, dijo: «Lo siento tío», y pateó la madera del cajón.

El ruido quedó ahogado por el grito; el Pecas comenzó a chillar antes de que cuatro de los cinco dedos de la mano derecha se rompieran.

Después, sollozos lastimeros.

—Trejo, llévatelo. Lo montas en el coche y lo dejas en la puerta del hospital. Y no me jodas como ayer, te quiero de vuelta en menos de una hora.

Cuando se quedaron solos, el Colmenero le dio un pequeño paquete a Cucuyé y otro al Botas, treinta gramos de farlopa por barba.

Y les dijo la dirección.

—¿Alguna pregunta?

Los chavales dijeron que no, y esta vez, con el respeto debidamente inoculado en el cuerpo, lo trataron de usted.

Así aleccionaba el Colmenero a la tropa.

Satisfecho, se reclinó en la silla y fue entonces cuando sonó el teléfono. Algo había ido mal en Ascuas. La voz con acento vasco al otro lado de la línea correspondía a uno de los exleñadores.

—La chica del desguace nos la ha jugado —decía.

—Repíte eso.

Y lo repitió.

23

El inspector agarró el monitor del ordenador arrastrando con ello parte del cableado y lo lanzó por la ventana. Ruido de cristales rotos y algún que otro grito de sorpresa a pie de calle.

Esto ocurrió dentro de su cabeza, claro.

Es una técnica que Rocha venía practicando desde pequeño, cuando en el recreo, niños por debajo de su curso le quitaban el bocadillo. Pensaba lo que le gustaría hacer y lo recreaba en su mente. Luego se sentía algo mejor. ¿Y funcionaba? No mucho, la verdad, pero él opinaba que le iba bien. En su cabeza ya había enganchado del pescuezo a varios de sus subordinados.

En verdad, Rocha era un hombre con la voz algo aflautada y sudoroso de manos, y lo que en realidad ocurrió cuando le dieron la noticia de Ascuas, es que se quedó absorto, sin pestañear y con las orejas coloradas, observando el monitor del ordenador, en concreto la hora y la fecha rebotando contra los laterales de la pantalla.

Después, intentó guardar la compostura, palmeó una mota inexistente de la raya de su pantalón color pistacho y le pidió a uno de sus hombres que localizase a Trejo de inmediato.

La reunión, sin apenas tiempo, se organizó a petición del confidente bajo un puente de la autopista. Un lugar alejado de la vista de cualquiera y a medio camino entre el hospital y el bar La Colmena.

Ventanilla con ventanilla.

Arriba, las rodadas del tráfico reverberaban en las juntas del asfalto.

—¿Cómo? —Las cejas de Trejo a punto de levantar el vuelo.

Rocha se lo acababa de decir pero no daba crédito. Al menos una docena de hombres, policías eficientes, rodeaban el desguace de Ascuas. Un

operativo en toda regla. Una jaula en toda regla, y el hortera del policía le dijo que Vega se había llevado la mercancía.

—¿Cómo? —repitió Trejo.

Rocha le contó el cómo.

—Había dos hombres del Colmenero, de custodia —dijo—. En una *pick-up*.

—Los Maquénroe —dijo Trejo—. Dos barbudos enormes.

—Correcto. Y nuestros hombres apostados allí y grabando desde la madrugada. El alijo en una furgoneta, una Berlingo. Hasta ahí, todo bien —continuó el inspector con los labios apretados y las orejas cada vez más rojas—. Pues resulta que la tal Vega, la mosquita muerta, coge, se sube a la cabina desde donde se maneja la pluma de la compactadora de chatarra y..., no sé cómo se llama, por lo visto tiene en el extremo una especie de imán. ¿Cómo se llama?

—Pues imán, qué más dará cómo se llame —añadió Trejo.

—Sí, un imán. Pues con eso, engancha el techo de la *pick-up* y antes de que los dos hombres del Colmenero se dieran cuenta, los tenía elevados a seis o siete metros del suelo. Alucinante, ¿no?

«Alucinante —pensó Trejo— es como le acaban de reventar la mano al chaval en el bar».

—Y lo divertido viene ahora —continuó Rocha—. Resulta que Vega se monta en la Berlingo y se larga con el alijo. Los hombres de la *pick-up* que lo ven y uno de ellos abre la puerta y se tira desde lo alto. Si no se ha roto una pierna, poco le habrá faltado. Por lo visto me han dicho que se ha arrastrado por la tierra y que ha sacado un arma y efectuado un par de disparos. ¿Qué me dices?

Trejo no supo qué decir, lo que sí sabía es que aquello lo cambiaba todo. También dedujo que su trabajo con el Colmenero acababa de ser prorrogado por una temporada. La pregunta: «¿Dónde está Vega?», obligada antes de marcharse.

Rocha le dijo que un par de hombres de los que montaban el operativo la estaban siguiendo.

Trejo se despidió, le prometió que lo mantendría informado y se marchó en dirección al bar.

En su cabeza, dos cosas seguras. Una, que Vega acababa de jugársela al Colmenero al joderle el alijo; y dos, que Vega acababa de jugársela a los GRECOS al joderles el operativo.

La pregunta que se hizo y lo descolocaba:

¿Cómo pensaba Vega colocar los cerca de veinte kilos de cocaína que lleva en el maletero?

24

Crees que todo va bien. Según tú, todo está saliendo según lo planeado. En realidad, demasiado fácil, piensas. Al mirador se accede por un camino de grava que nace de una curva cerrada mucho antes de incorporarse a la autopista. Pasas junto a una fuente que suelta agua por un caño de hierro. Queda oculta por el pilón de hormigón, pero sabes dónde asoma el chorro exactamente. Se trataba de un acuífero. Conoces el lugar desde hace muchos años. Un lugar de cuando Chimo era Chimo y tú, Vega, no eras la piltrafa en la que te has convertido.

No te detienes a beber. Aquella era agua pasada.

Tras un repetidor de telefonía, un claro, y la baranda de madera al filo del cortado. Condones, latas de cerveza y algún que otro envoltorio de plástico. Desde allí, por la noche, se vislumbran multitud de estrellas. Al fondo, como una mala imitación del firmamento, todas las luces salpicadas de la campiña, de sus pueblos, de sus carreteras. Y más allá, como una corrompida vía láctea, la luminosa autovía que circunvala la capital.

Pero no es de noche.

Comienza a llover.

Paras el motor frente al cortado y alejas de tu cabeza las veladas con Chimo. Consultas el reloj. El vuelo a Brasil sale en un par de horas. Debes darte prisa. La idea es acoplarte al cuerpo todos los fajos de billetes que seas capaz. Sacas de la mochila un rollo de cinta aislante, dentro se queda un chándal holgado que piensas usar después. Abres la caja de la furgoneta. Esperas encontrarte un maletín, quizá dos; pero en su lugar hay un par bidones de aceite de un metro de alto.

La lluvia repiquetea en el techo de la furgoneta.

«¿Y esto?», te preguntas.

Las dudas comienzan a aflorar. Como las ratas correteando por el desguace antes de la tormenta. Sientes un retortijón, las tripas hechas un nudo y durante un segundo te acuerdas del culo sobranste de la botella de *whisky*. El olor a aceite viene a darte nauseas y a recordarte lo que está ocurriendo.

Intentas convencerte.

«Está dentro —piensas— la pasta debe estar dentro. Solo eso».

Miras el reloj. No hay vuelta atrás. El suelo comienza a embarrarse. «¡Basta!», te dices. Eres una guerrera, no una puta princesa. Entonces te anudas las mangas del mono de trabajo a la cintura dispuesta a abrir la primera de las latas.

No encuentras herramientas en la furgoneta y no has traído nada contigo. No contabas con tener que abrir bidones de aceite. Buscas en derredor y ves una piedra que piensas que podría servir y comienzas a golpear los bordes del primer bidón, desesperada. Cuando lo deformas lo suficiente y la tapa se comba hacia dentro como una sonrisa torva, coges la manivela del gato del hueco de la rueda de repuesto y haces palanca.

La superficie aceitosa, ondas bajo las gotas de lluvia. Te arremangas la camiseta por encima del hombro y metes la mano. Palpas paquetes. Agarras uno y lo sacas y lo limpias con las mangas del mono.

Pesa.

Desgarras el plástico que lo protege con los dientes y desenvuelves el grueso papel de estraza. Es entonces cuando te preguntas cómo puedes haber sido tan estúpida.

No hay un solo billete.

Te arrodillas en el barro con el paquete en las manos. La lluvia comienza a mojar el polvo blanco formando una especie de engrudo. Un relámpago de este a oeste ilumina el cielo.

A continuación viene el trueno.

Y después escuchas el amartillar de las armas de los dos tipos que te llevan observando largo rato desde el repetidor de telefonía.

—Policía —dice una voz a tu espalda—. Túmbese boca abajo. Las piernas separadas. Así, muy bien. La cabeza... mire hacia la izquierda. No se mueva. Las manos cruzadas y a la espalda.

Sientes una rodilla apoyada entre los omoplatos y el frío metal de los grilletes cerrándose alrededor de tus muñecas. Tiran de tu cuerpo y te llevan en volandas arrastrando los pies hasta el coche que tienen oculto tras el repetidor.

No dices nada.

Solo lloras.

Lágrimas que se pierden bajo miles de gotas de lluvia.

25

La radio apagada. De fondo, el sonido del parabrisas evacuando agua hacia los costados.

—No te ralles, Toni —me dije—. Seguro que está en casa durmiendo la mona. No te ha oído del pedo que lleva. Solo eso.

—Y una mierda. Aquí pasa algo, ¿o no? —me repliqué a mí mismo.

A veces, sobre todo cuando estaba nervioso, hablaba solo.

—¿No será que la muerte del Triste te tiene con las orejas de punta?

—¿Por qué no te callas? —imité la voz del rey emérito.

Entonces cerré la boca.

Aquello era demasiado hacer el tonto hasta para un lunático como yo.

Enfilé la principal. Bajo los soportales del ayuntamiento, en un banco descascarillado, unos vejetes, encorvados con su gorra reglamentaria de la caja de ahorros y garrota en mano, charlaban de sus cosas. Pausados, contestándose cada cierto tiempo, estirando sin prisa la mañana, la conversación y su vida. Con la vista perdida más allá de la tupa de agua.

¿Qué miraban?

Su infinito particular. Fantasmas. A saber...

Aparqué frente al edificio de ladrillo visto y sus banderas empapadas colgando lloronas de la balconada. La plaza reservada para el vehículo oficial estaba ocupada por un Honda Civic negro metalizado. Al pasar frente a los vejetes, les di los buenos días y en lo que me sacudía el agua de encima como un chucho después del baño, les pregunté si habían visto a mi hermana. Uno soltó un gargajo y después dijo que no sabía y que hacía falta que lloviera, que con Franco esto no pasaba y que tenían desnucados los pantanos con el dichoso trasvase. El otro, tras sacarse la gorra y rascarse el pelo ralo, me dijo

que allá donde ahora está la caja de ahorros, todo antes era campo.

—Claro, claro —dije— cuídense señores.

Entré en el ayuntamiento. La oficina de la Policía Local de Ascuas ocupaba un pequeño despacho al cual se accedía desde la planta baja al fondo de un pasillo. Una mujer de unos cincuenta; de mi edad, vaya, teñida de rubio y permanente de peluquería atendía tras el mostrador ubicado en el *hall*. Se llamaba Desiré y leía una revista del corazón.

Sonrisa nerviosa. Nudo en la garganta. Rubor.

Hablo de mí.

—Hola, Toni. Una pena lo del Triste.

—Sí. Una pena. Oye, Desi, ¿has visto a Vega? Desde ayer no sé nada de ella.

—No, qué va. Lo siento. ¿Viste anoche *La isla*?

Negué con la cabeza.

—¿Ayer era jueves?

—Sí.

—Mierda, se me pasó —dije.

—Pues te lo perdiste, han nominado al bombero y al peluquero le han llevado a su amante a la isla, un jovencito, y su mujer en el plató...

Desconecté. La voz de Desi de fondo y yo diciéndome mentalmente: «Invítala. Te gusta. Una cena... ¿y si dice que no? No seas cobarde. No soy un cobarde. A otro perro con ese hueso, no hay huevos. ¿Que no hay huevos?».

—Oye, Desi..., yo...

—¿Sí?

Alguien carraspeó a mi espalda.

Era Parra con un portafolio de cuero marrón bajo el brazo.

El equipo de gobierno del pueblo lo componía la alcaldesa, Victoria, una mujer de mi quinta, de vestidos estampados y de trato amable; y tres concejales que se repartían competencias y tareas. Ninguno, incluida la alcaldesa cobraba, por lo que era raro verlos por las mañanas. Gestionaban la localidad en reuniones organizadas generalmente a última hora de la tarde. Los plenos del ayuntamiento, a pesar de ser de partidos diferentes, eran lo más parecido a una reunión de amigos en torno a la barra de un bar.

De los tres concejales, solo Parra me causaba problemas. Era el

encargado de las áreas de Urbanismo y Seguridad, y por ende, debía considerarlo mi jefe. Todo su afán era suprimir la Policía Local del pueblo. Es decir, que yo perdiese mi trabajo. Esgrimía sesudos argumentos de peso, entre ellos y según sus palabras en el pleno, la poca utilidad y el gasto obsceno para el presupuesto del pueblo. Y según sus palabras jarreado en el Candelero, qué coño, que un cuerpo de Policía con un solo policía no servía para una puta mierda. Y menos, joder, si el poli era ese majadero de Toni Trinidad.

Además, y para rematar la jugada, Parra y Leti, la dueña del Candelero y mujer de inagotable saliva, estaban casados.

—Hoy no has ido a la entrada del colegio —dijo Parra.

Pensé que su mujer debía de habérselo chivado.

—Estaba ocupado vigilando la caja de ahorros, puedes preguntarle al director. Por cierto... has aparcado en la plaza reservada al cuerpo de Policía.

—Que te jodan, mamarracho. Tienes los días contados como policía de este pueblo, que lo sepas.

Después se largó.

Desi y yo nos miramos y nos encogimos de hombros.

—¿Qué me querías decir, Toni?

El despacho, tal y como lo dejé. Una mesa metálica y un ordenador que nunca encendía. Puse los pies sobre la esquina de la mesa y me metí en la boca uno de los caramelos que había cogido en la caja de ahorros. Eché a un cajón los bolígrafos de propaganda que llevaba en el bolsillo. Allí se reunieron con diversos objetos sin valor: imanes para la nevera con el logo de los ultramarinos, llaveros de bancos y empresas, y bolígrafos y mecheros de diversos tamaños, colores y procedencia.

Agarré el teléfono y marqué un número de información telefónica. Di el nombre de la constructora y me pasaron con su centralita. Los de Proicontra tenían de música en espera una de los Beatles. Cuando una voz dulce de mujer descolgó al otro lado de la línea me sorprendió tarareándola. Me disculpé, me presenté y pregunté si podía hablar con el encargado.

—¿El director?

—El director también me vale —dije.

—Aguarde un segundo, señor. No cuelgue.

Treinta segundos más de los Beatles.

Volvió a pillarme tarareando, se ve que soy duro de mollera.

—¿Señor?

—Lo siento —dije—, es pegadiza.

—Por supuesto, no se preocupe, le paso.

Lo primero que dijo el director fue:

—Esperaba su llamada.

Cuando hube colgado y concertado una entrevista para esa misma tarde, lo de «esperaba su llamada» seguía llamándome poderosamente la atención, como las rodadas del camino. Chupaba el caramelo y pensaba.

Pensé en el Triste.

Pensé en Chimo, en su hermana Leti y en Parra.

Pensé en el bombero y su nominación para abandonar *La islay* que por la noche, con un poco de suerte, podría ver el resumen.

Pensé en Desi y en su pregunta: «¿Qué querías decirme, Toni? Nada... que te queda muy bien ese corte de pelo. Es el de siempre, Toni. Ah, claro».

Pensé en que más tonto que yo, no los hacen.

Después mi mente volvió a Vega.

No era ni mucho menos la primera vez que Vega desaparecía. Había ocurrido otras veces. Pero aun así...

Agaché la cabeza y me despedí de Desi a la que salía hablándome al cuello de mi camisa. La lluvia arreciaba. Los vejetes seguían allí con la mirada perdida; el campo de cebada donde ahora estaba la caja de ahorros, no. Me calé dirección al coche. Los parabrisas no daban abasto. Circulé lento camino del desguace. Marqué en el móvil el contacto de Vega. Otra vez el contestador.

Y de nuevo comencé a discutir conmigo mismo.

Ya dije que soy duro de mollera.

26

Tras la barra, cerca de la ventana que comunicaba con la cocina, se respiraba un tufo grasiento mezclado con el olor de las sartenes sucias. Vito se arrimó a la cafetera donde el aroma del café recién hecho disimulaba las carencias del viejo extractor. Preparó el cortado y se lo acercó al Colmenero. Retiró los platos. Sobras de migas con chorizo y chuletas de cordero. Sobremesa, café, copa y cigarrillos. Rondaban las cinco de la tarde. Trejo, con los brazos cruzados a la altura del pecho, observaba desde un rincón con los ojos entrecerrados. Rutina y silencio. De fondo, el rítmico mascar del Colmenero y el sorber pausado del café.

El móvil comenzó a vibrar sobre la trillada madera de la mesa.

El Colmenero se atusó la barba de chivo, miró la pantalla y, después de aguardar lo que él consideró un tiempo prudencial, agarró el aparato, pulso el botón verde y se lo llevó a la oreja.

Era uno de los Manolos.

—Los Llanitos se han llevado la pasta.

—¿Y...?

—Pues nada, solo eso. Dicen que ellos dejaron la merca. El problema es nuestro.

—Llanitos...

—¿Qué...?

—Nada. ¿Dónde andáis?

—Saliendo de Aranda de Duero. Dos horas.

Cortó. Sacó tranquilamente la tarjeta telefónica del móvil, cerró la tapa y estampó el aparato contra la pared del fondo. Pegó una última calada al cigarrillo y lo apagó en los restos del café.

—¡Vito!

—Mande.

—Teléfono.

Al momento tenía sobre la mesa una caja con un terminal nuevo. La abrió. La carcasa era de color rosa palo.

—¡Vito!

—¿Sí?

—Es rosa.

—Del modelo que le gustan solo quedaban en rosa —contestó Vito.

Se pasó la palma de la mano por la calva y estiró los morros. Pensó: «¿Qué estoy haciendo mal?». No lo entendía. Luego: «¿Por qué Vega? La hija de la gran puta... Estaría resentida, por lo del mierda de Chimo. Tendría que haberla mandado a tomar por culo cuando vino a pedir trabajo, pero me debía mucha pasta y joder... la chupa tan bien. ¿Me estará volviendo débil?».

La jaqueca, pum, pum, pum, se instaló tras sus ojos con pulsaciones sordas y regulares. La paranoia se retorció en su cabeza, subía y bajaba, fluctuaba, como una marea negra que emponzoñaba la orilla. ¿O como la bolsa? Sí, mejor como la bolsa. «Hablamos de negocios. Mis negocios», pensó.

En su universo, donde su ombligo era el centro, todo orbitaba alrededor. Todo.

Rumiaba una idea tras otra.

«¿Estarán los Llanitos en el ajo?».

«No puede ser, no había forma de que Vega hubiera entrado en contacto con la gente de Gibraltar». La ha subestimado, solo eso.

Entonces recordó la última vez que Vega pasó por el bar a pagar con su boca otra letra de la hipoteca. Ese día en concreto, él recibió una llamada cuando ella estaba arrodillada entre sus piernas. Ahora lo recordaba. Él dijo: «Ascuas». También dijo que cuarto de millón. Que como siempre, una furgoneta, de madrugada. Ella debió pensar que habría dinero.

Después él se había corrido.

El Colmenero se levantó, boca seca, labios estirados, dientes; los ojos, rendijas aviesas.

—¡A mí nadie me jode! —gritó—. ¿Y los vascos? Trejo, vuelve al hospital. Ya habrán atendido al Maquénroe. Tráemelos. Escucha, y que se

deshagan del coche que llevan.

Se quedó con los brazos colgando a los costados mirando el móvil rosa sobre la mesa. Se recreó con una imagen que le vino a la mente: Vega de rodillas, esta vez no entre sus piernas, esta vez con el cañón de su viejo Colt entre los labios.

27

«¿Cómo un hombre con aprensión a la sangre ha llegado a jefe de Policía de un pueblo como Ascuas?», le había preguntado Barrios el día que se conocieron. Llevaba el psiquiatra algo más de media botella de vino en el cuerpo. Toni, a base de lingotazos de agua. No bebía. Una sola cerveza y se le trababan las palabras como si tuviera un par de lenguas golpeando contra el paladar.

Esperaban los postres.

«Siempre quise ser policía», dijo. Fermín era un hombre de campo, más duro que las piedras y más práctico que cualquier otra cosa. Decía que quizá debería buscarme un trabajo diferente, algo menos expuesto. Mi padraastro nunca supo de donde me venía lo de la sangre, pero sabía lo que me ocurría cuando la tenía delante. Se preocupaba el hombre, solo eso. Pero la juventud, ya sabes. Hay días en los que pienso que debería haberle hecho caso. Imagino que ya da igual...

...

Sí. Un buen hombre. Trabajaba mucho, por lo que hablábamos poco. Sí. Entiendo que intentaba darme buenos consejos. En realidad, siempre lo hizo. Decía cosas como «no seas abogado de pleitos pobres», o «lo que haga tu mano derecha que no lo sepa la izquierda». La que más me gustaba era una que él decía haber leído de joven en un manual de autoescuela. Dice que se veía una cruz con flores en una curva en la carretera y que debajo había escrito: «Aquí murió uno que tenía preferencia».

...

Cuando era joven no lo entendía, me cago en diez, ¿quién entiende algo así con quince años? Ahora lo entiendo y le echo de menos. A los dos. Los

llamábamos papá y mamá. Se lo ganaron.

...

Sí, bueno, no le hice caso en muchas cosas. ¿Acaso no lo hacemos todos? Así que aprobé e ingresé en la academia. No me lo reprochó. Me acompañó a la puerta el primer día, me deseó suerte y me dijo que estaba orgulloso.

...

¡Qué va! me habrá entrado algo en el ojo.

...

¿En la academia? Bien. No tenía la barriga que tengo ahora. Los estudios me costaron un poco, pero al final los saqué sin problema. No, nunca he sido de sacar muy buenas notas. Solo tuve un pequeño inconveniente. Fue un día en que la clase consistía en seguridad del tráfico. Comenzaron a pasar imágenes de accidentes. Sangrientas, muy sangrientas. Supongo que querían concienciarnos o algo así. La cuestión es que me desmayé.

...

Je, je, je. Mucha suerte. Ya te digo. El profesor me despertó, pensó que me había quedado dormido y me amonestaron. Nada. Yo era un alumno modélico. Cuando salí solo me faltaba pillar una buena vacante. Crearon una en Ascuas y, a pesar de haber quedado entre los últimos de mi promoción, en fin... Nadie quería ir destinado a un pueblo perdido de la mano de Dios, así que la enganché sin problemas.

...

Uy, de eso me enteré mucho tiempo después, llevo casi veinte años. Tras la muerte de Fermín. Sí. Me dijo el alcalde que crearon la plaza en el momento justo para que pudiera pedirla. Era muy buen amigo de mi padrastro.

...

Qué va, no te creas. Es un pueblo muy tranquilo. ¿No te terminas tu postre?

...

Alguna vez me he trasconejado, je, je, je, pero disimulobastante bien, vamos, como al que le da una lipotimia.

...

Nunca he sacado el arma y espero no hacerlo. Supongo que he tenido suerte. No lo sé.

...

Claro que me gustaría superarlo. También me gusta Desi, la del ayuntamiento. Pero es lo que hay.

Entonces Barrios se desenganchó la servilleta del cuello de la camisa y, tras pedir la cuenta, dijo que podía ayudarlo.

En lo referente a la hemofobia, claro. Respecto a Desi, le dijo: «Búscate la vida».

28

Se trataba de un edificio enorme y lujoso.

¿Cómo de grande y de lujoso?

Cuatro millones y medio de euros. Jardín con treinta guerreros de terracota en la parte de atrás. Mármoles, pizarra, seis baños por planta. En pleno corazón de Guadalajara, cerca del palacio del Infantado.

Un cuerpo extraño.

Como un tumor acristalado.

¿Despotismo ilustrado? Maldita sea, no, pero gracias a Dios se le parece mucho. «Todo para el pueblo, pero por una comisión del tres por ciento, ja, ja, ja, luego cada uno a su casa». Memoria selectiva. Con esta frase, el director de Proicontra, Rufo Valdenegro, recordaba la cena para celebrar la incursión en la política de su esposa, Margarita Barrientos. Además de ellos, completaron la velada un comisario de la Nacional, una locutora de radio líder de audiencia de las mañanas y un par de exministros de partidos rivales en el Congreso y sus respectivas parejas.

Se preguntaba a menudo cómo podía la gente ser tan estúpida.

Claro como un luminoso en la carretera: la provincia de Guadalajara y el corredor del Henares era su porción de la tarta; se trataba, según Valdenegro, de su metástasis particular.

Por eso le molestaba profundamente que un tipo como Toni Trinidad estuviese repanchingado en una de las sillas, poniendo todo perdido de agua y preguntando como si tal cosa por la urbanización y el campo de golf que planeaban construir en Ascuas.

—¿Aquí celebran reuniones?

El policía con los dedos embutidos bajo el cinturón. Relajado, echando un

vistazo con una pierna sobre la otra. La mesa de reuniones era más grande que la cocina de su casa. Madera noble. Impoluta. Su imagen, reflejada en ella.

—Aquí, señor... ¿cómo dijo que se llamaba?

—Antonio Trinidad, pero llámeme Toni.

—Muy bien, Toni. Aquí es donde se reúne la junta directiva. Pero entiendo que no es eso lo que usted quiere saber.

—¿Y no pican nada? Quiero decir, no sé... En el banco hay un cenicero con caramelos; en los dentistas, chicles sin azúcar, ya sabe.

Valdenegro enarcó una ceja.

—Le puedo pedir un café.

—Pues un café estaría bien.

Valdenegro pulsó un botón que había bajo la mesa. La voz de mujer que Toni ya conocía, contestó en el acto. Toni echó de menos la música de los Beatles, pero la tarareó mentalmente mientras el director de Proicontra pedía un par de cafés.

—Mi tiempo es limitado, señor Trinidad. Le agradecería que me dijese en qué puedo ayudarlo.

Toni se rascó la coronilla...

29

A ver, yo quería que pareciera que sabía lo que me traía entre manos, así que le contesté:

—Dígame usted señor Valdenegro.

Llevaba todo el día pensando en las rodadas en la tierra y en la rebanada de pan ennegrecida asomando por una de las rendijas de la vieja tostadora del Triste. Pero aquello no probaba nada. Nada de nada. Ni siquiera a mí. El loco del pueblo se había suicidado, punto. Hablar de la muerte de un hortelano en aquella sala de juntas, con un interfono bajo el canto de la mesa y con la caoba reflejando mi careto, en fin, no sé...

Llegué a pensar que si metía las narices en el asunto, quizá llegase a oídos del pleno municipal y la alcaldesa le dijese a Parra: «Lo ves, Toni hace bien su trabajo, se preocupa». Pero aquella idea perdía fuerza, se diluía como una meda en una piscina. Y tenía la sensación de estar meando en piscina ajena.

La secretaria, vestida con traje de chaqueta, entró empujando un carrito silencioso con un servicio de café. Mirada tediosa a las pisadas que había dejado con mis zapatos mojados por la lluvia: «¿Cómo lo quieren?».

Solo se oyó durante un breve lapso de tiempo, el chorrillo del café al caer sobre las ridículas tazas de porcelana. La mujer se marchó dejando el carrito a un lado de la mesa.

Finalmente, Valdenegro, con el asa de la taza entre dos dedos se quedó mirándome; si fuese una boa, habría jurado que estaba tomándome las medidas.

—¿Conocía usted al Triste? —terminé preguntándole más por romper el silencio incómodo que por otra cosa.

—No. No conozco a nadie llamado así.

—Bueno, en realidad se llamaba Berto Rojas. Vivía en Ascuas. Y digo vivía porque falleció ayer.

—Sigue sin sonarme. ¿Debería...?

—Tenía una parcela —le dije—, nada del otro mundo, un par de fanegas de tierra. Las mejores coles que he probado, eso sí.

—Digo si debería avisar a mis abogados.

Me terminé la minúscula taza de café y la dejé sobre la mesa. Mucho lujo, pero ni punto de comparación, me gustaba más el sabor de la vieja cafetera del Triste. Quizá fuesen la roña y el óxido quemado los culpables de los matices. A saber...

—No, qué va —dije quitándole importancia—. No hay ninguna investigación abierta. Hasta donde yo sé, se suicidó. Lo que ocurre es que... Hay cosas que no cuadran. No quiero descartar nada, solo eso.

No sé por qué dije lo que dije. No me lo pregunten, de verdad que no lo sé. Sonaba bien. Daba la sensación de ser un tío competente, o a lo mejor solo parecía un imbécil de pueblo fuera de lugar. Da igual, la cuestión es, que no contento con eso, como dándole más dramatismo al tema, entrecerré los ojos y añadí:

—Además, era amigo mío.

—Pues lo acompaño en el sentimiento.

El rostro de Valdenegro apuntaba que ni albergaba sentimientos de ninguna clase, ni estaba dispuesto a acompañarme a ningún sitio. Y lo dijo en un tono que daba por zanjada nuestra conversación, pero yo ya estaba lanzado, así que apoyé el codo en la mesa dejando un cerco de agua alrededor y seguí hablando.

—Gracias, pero mire... en Ascuas todo el mundo está pendiente de todo el mundo. No sé si sabe a lo que me refiero. Es un pueblo pequeño y la gente habla y dice que han recibido buenas ofertas..., grandes cantidades de dinero por sus tierras. Para que ustedes puedan tener su campo de golf y sus chalets. Solo faltaban los campos del Triste que para su desgracia, y viendo los planos que han colocado a modo de anuncios por todo el pueblo, estaban en el centro de lo que piensan construir.

—¿Y...? Eso es legal.

—Alguien colocó carteles presionándolo, ¿lo sabía?: «Vende, cabrón follacabras».

—No pensará que nosotros...

—No, no, no, ustedes tienen clase. Lo de follacabras es autóctono, de gente del pueblo, fijo. Además, ya se lo decían al Triste mucho antes de su interés por sus tierras. Y lo entiendo, eso es así. De verdad. Viene alguien y les da un cerro de dinero por sus tierras con la condición de que todos vendan. El Triste se niega y ya tenemos la película montada.

—No sé a dónde quiere llegar.

Yo tampoco sabía dónde quería llegar. Me estaba yendo de madre, así que decidí que había llegado la hora de irme con viento fresco.

—En fin..., ya veremos qué dice la autopsia.

Eso es lo que dije antes de levantarme y agarrar mi taza y servirme más café.

—No lo molesto más. Gracias por su tiempo.

Le estreché la mano y me largué.

30

Rufo Valdenegro se quedó en la novena planta mirando por la cristalera. Manos a la espalda. Muñecas entrelazadas. La lluvia emborronaba el horizonte urbano de la ciudad de Guadalajara. Edificios como viejas damas con el rímel corrido. Palidez desgastada en sus tejas y sus canalones.

¿Podía aquel lerdo, que ni por asomo parecía policía, estropearles la operación? Lo cierto es que su mente analítica, repleta de gráficos, porcentajes y balances, le decía que no. Aun así, como hombre de negocios precavido que era, decidió que lo mejor sería traer de nuevo a Sady Pineda.

La voz de la secretaria a través del interfono.

—¿Señor Valdenegro?

—Dime, Charo.

—La visita ha abandonado el edificio...

—¿Y...?

—Nada, un detalle sin importancia.

—Dime, Charo.

—Pues que se ha llevado la taza de café.

Valdenegro se giró con las manos todavía a la espalda y miró el carrito. Su pequeña taza seguía donde la había dejado. Una flor de loto adornaba el lateral. Esa porcelana era un regalo de la mujer del ministro de Fomento.

—¿Charo?

—¿Sí?

—Estás despedida, recoge tus cosas.

Sí, pensó enfrentado de nuevo al ventanal de la sala de juntas. Era hora de volver a llamar a Sady Pineda.

31

Un tal Rocha se presenta como instructor de las diligencias y te toma declaración. Lo de tomar declaración es mucho decir, pues no contestas a ninguna de las preguntas que se te formulan. Tal y como te aconseja tu abogado de oficio, le has dicho que solo declararás ante el juez. De manera que tras cinco horas transpirando preguntas incómodas, el tal Rocha, con cara de querer estrangularte, te informa de que al día siguiente por la mañana pasarás a disposición judicial.

Después, con la ropa manchada de barro seco y aceite de los barriles, te trasladan a los calabozos. En el pie izquierdo, tu gastada deportiva de siempre; en el derecho, una chancla que bien podría haber sido azul, un par de tallas más grandes.

Esto ocurre a última hora de la tarde.

Cuando llegaste a comisaría esa misma mañana, lo hiciste con un policía de cada brazo. El barro y el aceite todavía fresco en tu ropa. Y te faltaba una de tus playeras. Te leyeron tus derechos por segunda vez y por segunda vez respondiste a todo que no; incluido al derecho a una llamada.

—¿Puedo llamar a quien yo quiera? —preguntaste.

—Mucha tele ves tú —te dijo uno de los policías que te había detenido.

Nada de poli bueno, poli malo. Estaban todos encabronados, y tú parecías la causante de todos sus males.

—Tienes derecho, a ver si te enteras de una puta vez, guapa, a que nosotros..., no-so-tros —dijo marcando cada sílaba como ladridos de un perro rabioso—, realicemos una llamada y le comuniquemos a quien tú quieras el lugar donde estás detenida y el motivo de tu detención.

Lo de «no-so-tros» volvió a repetirlo una tercera vez golpeándose el

pecho con el dedo índice. Toc, toc, toc. Sonó como un pájaro carpintero picoteando el tronco de un árbol.

Después pasaron a reseñarte.

Las diez yemas de tus dedos pasaron por el tampón de tinta y quedaron marcados en la ficha. Luego las palmas y el dorso exterior de la manos. De ahí, a otra sala. ADN. Unos guantes de látex dijeron que abrieras la boca. Te frotaron el interior de los carrillos con un bastoncillo. Después, sesión de fotos. De frente, de cerca y de lejos. «Ahora, gírese», te dijo una voz de mujer. Perfil izquierdo y mirada para el otro lado, perfil derecho.

—¿Tatuajes o cicatrices?

—¿Qué?

Estabas aturdida. No eras la primera detenida que pasabas por aquella sala y te preguntabas cómo habías llegado hasta allí. No te preguntaste donde se torció tu camino, demasiado transcendental, además, lo sabías de sobra. Lo que sí te traía de vuelta era cómo podías haber sido tan estúpida. Te miraste el pie descalzo. ¿En qué coño estabas pensando? te preguntaste en voz alta.

—¿Estás borracha? ¿Estás con el mono?

—¿Qué?

—Que te desnudes. Terminemos con esto de una vez —dijo la policía con guantes de látex.

La cicatriz del vientre, puff, bastante fea, con forma de flecha y como casi todo, tiene su explicación. La misma que carecer de motivos para echar de menos a Chimo. Te vaciaron por dentro cuando niña. No fuiste la primera en la casa amarilla en probar la varita mágica del Avellano, pero sí fuiste la primera en oponer resistencia. Entonces conociste qué otra utilidad sabía darle el Avellano a su vara de madera. Chimo, muchos años después, quiso averiguar con un cuchillo en la mano si era verdad que estabas vacía por dentro.

—¿Y eso?

—Un accidente —mentiste—. No puedo tener hijos.

Ahí, dijiste la verdad.

La policía anotó algo en su ficha y después, cuando te vestiste, te preguntó por qué andabas descalza de un pie.

—Debí perderla por el camino —dijiste mirando el calcetín lleno de

mugre.

—Sígueme. A ver si puedo encontrar por ahí algo que te sirva.

Y luego llegaron el tal inspector Rocha y sus preguntas incómodas.

Aguantas sin un cigarrillo y sin beber y sin llamar a tu hermano Toni.

Tiemblas y no es de frío.

Y en algún lugar bajo la lluvia, cerca de la baranda de madera en el mirador, está tu zapatilla anegada de agua, rodeada de restos de comida, condones y latas de cerveza vacías. Algún día, entre porro y porro, o tras un largo magreo con la pareja, alguien mirará la vieja zapatilla abandonada y no se preguntará cómo ha llegado hasta allí.

32

Trejo, apoyado en la barra, asistía a la reunión. El rostro neutro. Sus cejas intentando mostrar indiferencia. Vito a lo suyo, palillo entre los dientes y frotando el cristal. En el bar La Colmena solo había una mesa redonda, y sentados alrededor de ella, los Manolos, los Maquénroe (el moreno con la pierna escayolada y muletas) y el Colmenero. Llevaban algo más de veinte minutos y la frase que más se había repetido era «Me la encontráis y me la traéis».

El Colmenero dijo muchas cosas más, que si odiaba a los Llanitos, que quien lo tomase por débil lo iba a pagar caro, que si esto, que si lo otro. Entonces el teléfono rosa palo sonó en su bolsillo. Melodía como de campanillas. Miró el móvil, a Vito y luego otra vez el móvil. Tentado estuvo de estamparlo contra la pared.

Pulsó.

«Ajá», dijo. Después escuchó largo rato. Dos «ajá» más y colgó.

Se guardó el teléfono en el bolsillo, ladeó la cabeza y mostró los dientes de arriba en un gesto canino. Pensaba, tomaba decisiones a toda velocidad. Después los miró uno a uno.

—Cambio de planes —dijo.

¿La llamada? De un picapleitos de Guadalajara. Uno de oficio. Uno de los muchos que le debían algún favor al Colmenero. Que le habían llamado por un tema de drogas. Nadie dijo nada del Colmenero, pero las preguntas sobre un desguace y tal. Que había sumado dos más dos y que lo mismo le podía interesar, que lo mismo no, pero que por si las moscas. Que se trataba de una mujer llamada Vega Trinidad.

El Colmenero, consciente de que había perdido la merca definitivamente.

Un encargo, uno de los gordos. Vacas flacas. No lo dejaba en números rojos, pero casi. Entonces les dio la noticia.

—A Vega la ha trincado la pasma.

Trejo como si nada, pero las cejas a punto de unirse con el cuero cabelludo y el corazón subiendo por la garganta. Vito como el que oye llover. Y el Colmenero que les dijo que olvidasen todo lo anterior. Que la quiere muerta, que si Vega habla, está jodido.

Entonces, el Maquénroe escayolado levantó la mano desde su silla de ruedas.

—Dime.

De manera escueta, pero precisa le dijo que se habían topado con el hermano. ¿Tiene un hermano? Sí. Policía local del pueblo, o eso parece.

Otra vez dientes de arriba. Cara de loco mirando el gotelé de una de las paredes. «Esto lo cambia todo otra vez», pensó.

—Trejo.

—¿Sí?

—Trae una de las furgonetas y la dejas aparcada frente a la puerta. Esta noche la vamos a necesitar.

Cuando Trejo se hubo marchado, el Maquénroe levantó de nuevo la mano.

—Dime.

—¿Tiene un rotulador?

—¿Un rotulador?

—Sí. De los gordos.

—¡Vito!

—Mande.

—Un rotulador. De los gordos.

Cuando el barman, con su grasiento delantal, su mondadientes y sus brazos peludos, le dejó el rotulador rojo sobre la mesa, el Colmenero se lo tendió extrañado al exleñador.

—Ahora, firmadme una dedicatoria o algo en la escayola. —Mirada seria, no se trataba de ninguna coña—. Nunca me han escayolado. Me hace ilusión —dijo.

Y todos firmaron. Incluido el Colmenero:

Si duele es que está curando.
El Colmenero

33

Siete de la tarde, una tregua, la lluvia cesó y el mundo dejó de ser un borrón, la ciudad perfilada de nuevo. Tenues topos de luz por entre las nubes. Como dispersos agujeros de bala en una pared blanda. Un mirlo se quejaba en algún lugar. Una emperifollada viejecita paseaba un perro con chubasquero por la otra acera. Parpadeé largo. Tiempo para pensar. Abrí los ojos y la pequeña ciudad cambió. Un beso. Uno largo, así como de película. Una pareja de jóvenes detenidos delante de un escaparte. Pensé en Desi. Me sentía solo. Cerré de nuevo los ojos, otro parpadeo, y un taxi que circulaba lento, vacío, a la espera de encontrar a alguien.

«Yo soy ese taxi», pensé.

Estaba en el coche patrulla, sentado tras el volante con la taza de la flor de loto sobre el salpicadero. Los juzgados, un poco más allá. Agarré el teléfono y marqué el número de Vega. Nada nuevo. «Tengo que devolver la taza», me dije, vaya despiste.

Caminé hasta los soportales del Juzgado. Un tipo con traje de mal abogado estaba junto a cuatro gitanos que mareaban la perdiz, fumaban y charlaban sobre el precio de la chatarra. Bajaron la voz cuando pasé junto a ellos. «Buenas tardes, pero solo a los que pagan impuestos», dije. Me pareció que solo lo había pensado, pero se ve que lo dije en voz alta, pues el leguleyo del traje barato me devolvió el saludo. Los gitanos, con sus colgantes y anillos de oro, no. Me miraron con desprecio, como al que debe y no paga. Pasé de ellos y entré en el edificio. La oficina del forense estaba en la planta baja.

Toqué con los nudillos y entré sin esperar respuesta.

Una coronilla abstraída leía un informe siguiendo los renglones con el dedo. Cuando el forense levantó la cabeza, me encontré con unos ojos que me observaban por encima de la montura de unas gafas rectangulares. Se trataba

de un hombre con la espalda encorvada sobre un cuerpo flácido, con los labios finos y amoratados y una exangüe mata de pelo pajizo que le nacía sobre las orejas intentando cubrir sin éxito el congestionado cuero cabelludo.

—¿En qué puedo ayudarlo?

Me presenté, recordándole que nos habíamos conocido el día anterior en Ascuas. Me pregunté si se trataba de un tipo tan despistado como yo o si es que descolgaban de los árboles a cuatro o cinco fulanos todos los días. Después le pregunté por el Triste.

La contestación de siempre:

—¿Hay alguna investigación?

—No. Al menos que yo sepa.

Entonces el forense me dijo que sí, que ya me recordaba, que lo disculpase y que tomase asiento. Luego dijo que el cuerpo ya estaba en el tanatorio y que había remitido su informe a la fiscalía y a la Guardia Civil. También dijo que faltaba el informe de toxicología pero que todo apuntaba a un suicidio. Nada bajo las uñas. Sin marcas de ligaduras o laceraciones salvo las típicas excoriaciones en cuello y nuca que dejaban las muertes por ahorcadura.

Yo, ni papa, sonaba todo muy técnico.

Habló de hipoxia, de cianosis, de petequias, de hematomas y derrames en las partes bajas por la acumulación de líquidos, sin erección *pre mortem* debido a la edad, ah, y sin flora cadavérica.

Asentía, pero mi cara debía delatar que no había entendido ni media. Entonces, el forense me mostró las palmas de las manos y repitió que nada hacía pensar que no se tratase de un suicidio.

—Y ahora, si me disculpa.

Y volvió a ser una coronilla que leía sesudamente las líneas de un informe subrayándolas con el dedo.

«Y con esto has cumplido», me dije al salir.

¿Y las rodadas? ¿Y la tostada?

Pero... ¿tú te estás oyendo?

¿Y los de Proicontra? ¿Y lo de: «Vende cabrón, vende follacabras»?

Cuánto daño ha hecho la serie *CSI*, «¡Anda y deja de hacer el gilipollas!», me dije.

Esto último sí era consciente de haberlo dicho en voz alta al pasar junto a

los gitanos que seguían fumando y de palique en la puerta del juzgado.

—Lo que usted diga, señor agente —dijo uno que no estaba seguro de si les hablaba a ellos o no.

No me quitaron el ojo de encima. Yo seguía haciendo aspavientos y hablando conmigo mismo cuando pasé frente a los soportales del juzgado al volante del viejo coche patrulla. Iba con la ventanilla bajada.

—Ojalá se te junten todos los mares en un gota —le oí decir a uno de ellos que me miraba de reojo encendiendo un cigarrillo con la pavesa del anterior.

34

Aunque es poco más de media noche, no puedes atinar con la hora. En el ambiente y en las fosas nasales, los característicos efluvios de los calabozos. Orines, vómitos y algo más rancio que la mayoría de las personas es incapaz de identificar: sudor destilado por el miedo.

Las paredes viscosas, lloronas, húmedas al tacto. Tú, Vega, como un feto, envuelta en una manta más gruesa que el somero colchón depositado sobre el saliente de hormigón. Un extractor salta en algún lugar cada cierto tiempo. Un ronroneo que se desliza hasta tus oídos convirtiéndose en un pitido que muere abruptamente una y otra vez.

Estás paralizada, inmóvil. Tan quieta que te quedas dormida.

Tu marido te golpea una y otra vez en la boca del estómago. Desde el suelo, solo puedes ver el cuchillo. Es el filo de sierra el que habla. «Veamos si es verdad que estás vacía por dentro —te dice—. ¡Te mataré! Por Dios que lo haré». No puedes verte a ti misma en tus ensoñaciones, nadie puede, pero sabes que eres tú, es tu voz, tu miedo. Miras desde el suelo de la cocina. Te haces un ovillo. «¿Me denunciarás, zorra?», dice el cuchillo. Más rabia y la hoja que brilla y se hace la oscuridad.

Ahora estás sentada frente a un policía que te dice: «Firme aquí», mientras por el rabillo del ojo ves pasar al Avellano camino de los calabozos. Voltea la vara a lo Chaplin. Cuando centras de nuevo la vista, ya no estás frente a un policía, estás en el salón de tu casa, si es que a ese chamizo prefabricado lo puedes llamar casa, pero a ti eso te da igual. «Es mi casa», piensas. Chimo dice muchas cosas y llora mientras las dice. Habla del alcohol, de la cocaína y del juego. Luego llora aún más si cabe por no haber podido ser padre. Lo crees, lo comprendes y lo que es peor, lo perdonas. Ves tus brazos extendiéndose hacia él.

Estáis de nuevo juntos y esperas a que tu marido vuelva a casa. Miras el reloj, un viejo reloj de pared parado que da bien la hora solo dos veces al día. Te acuestas y se hace de nuevo la oscuridad. Sientes como tu marido se enrosca junto a ti, no sabes qué hora es, pero sientes el frío que desprende y ese olor... un olor característico. Huele como deberían oler los niños con colonia de niño barata, pero no puede ser, Chimo no puede oler así, «Él no estuvo en la casa amarilla», piensas.

Vuelves a dormirte y, como de alguna manera sabes que estás soñando, la idea de dormirte dentro de un sueño te perturba. Como si fueses un conejo incapaz de encontrar la salida de la madriguera.

Ahora todo ocurre más rápido; sueñas que sueñas. Una cena, celebras tu inminente boda, estás acompañada de los Tote y de Toni con una novia que tuvo una vez. No recuerdas su nombre pero sí recuerdas que Toni decía que no era fea, sino de belleza distraída, pero que a él le gustaba, que era muy buena chica y que con eso bastaba. También hay un par de figuras chamuscadas con la ropa y la piel hecha jirones. Todos sonríen sentados a la mesa. Preguntas quiénes son y Fermín dice que también son papá y mamá, que no hablan mucho pero que saben jugar al julepe de puta madre. Toni dice que por él bien, que cojonudo, que mientras no sangren, sin problema.

Estás de nuevo en el salón mirando el viejo reloj de pared. Llaman a la puerta. Es una pareja de la Guardia Civil. Tu marido ha sido detenido. ¿Por maltrato animal? «No es posible», dices una y otra vez. Además, piensas absurdamente, ahora me quiere; sin embargo, recuerdas el olor a colonia de niño que usaba el Avellano y los sollozos lastimeros de Trípode. Sientes dudas y náuseas y ganas de vomitar.

Lo siguiente que ves es a Trejo. En realidad, solo ves su espalda. Y piensas que a lo mejor has elegido bien esta vez... «Gírate», le dices. Y Trejo se gira y te mira con esas cejas tan suyas y te coge por los hombros y te repite una y otra vez que te despiertes.

Despiértate.

Despiértate.

Vega, coño, que te despiertes...

Entonces abres los ojos. Los fluorescentes del calabozo parpadean y Trejo te agarra por los hombros.

—Tenemos que hablar —dice.

35

Y entonces fue cuando la cosa comenzó a ponerse interesante.

Un tipo con la cara picada de viruela moderaba el debate. Tal y como dijo Desi, el bombero había sido nominado. El único de toda la isla que sabía hacer fuego con dos palos. Y el único que sabría apagarlo si las cosas se iban de madre, pero en fin, pensé: «Ellos sabrán». Luego estaba el mulato, un tipo hormonado que se presentó con un taparrabos a lo Tarzán diciendo ser el amante del peluquero. Y la mujer del estilista en el plató, y que si no le había dado un síncope, ya nada en esta vida se lo produciría. Carne de consulta del doctor Barrios, fijo.

Volvemos en cinco minutos.

La pantalla del televisor ofreció durante unos segundos la cuenta regresiva y dio paso a los anuncios. Me pregunté si sería real, si alguien se habría molestado en comprobarlo. Mientras me terminaba un vaso de fideos chinos calentados en el microondas pensé en que seguro que había timo, y me propuse que en el siguiente bloque de anuncios, controlaría el tiempo para ver si estaba en lo cierto.

Andaba en pijama de verano, las pantorrillas apoyadas en una mesita de centro y con unas zapatillas de andar por casa con la cara de Coco de *Barrio Sésamo*. Me las había regalado Vega unas Navidades. Hace cuatro o cinco años, camino de cinco, creo.

Volví a llamarla y volvió a saltar el contestador.

—Cerca, lejos. Cerca, lejos.

Abría y cerraba las piernas sobre la mesa intentando imitar la voz de Coco. En realidad, mientras hacía el tonto con mis zapatillas pensaba: «¿Dónde andas, hermanita?».

Sonó el timbre de la puerta.

—Hablando del rey de Roma.

Convencido de que sería ella y de que vendría fina como un piojo, me levanté, arrastré las babuchas hasta la puerta de casa y abrí esperando encontrarme con su cara.

¿Quién más podía ser?

—Me tenías preocupado —dije.

Se hizo el silencio apenas un par de segundos. Uno de los tipos con los que me crucé por la mañana en el desguace, me apuntó con su Glock a la cara y me dijo:

—Tu hermana sí que nos tiene preocupados.

El otro barbudo, el rubio, seguía siendo hombre de pocas palabras, se encogió de hombros y me soltó un directo en la nariz. Crujió. Soy un tipo grande, apenas me tambaleé. Encajé bien el mandoble y di un paso atrás. Los ojos comenzaron a lagrimearme de dolor. Sentí como un reguero de mocos chorreando por los labios.

Me llevé la mano a la cara.

—Mierda —dije al verme las palmas manchadas de sangre.

Antes de que se me doblasen las rodillas, le oí decir al de la pistola:

—Hermano, es la primera vez que veo dar una hostia con retardo. Después, nada, figuro que caí a plomo.

Y algo más tarde, cuando desperté en el maletero de un coche en marcha, encapuchado y atado como un cochinillo camino del matadero, fue cuando decidí que, definitivamente, la cosa comenzaba a ponerse interesante.

36

No era de esperar sentada.

Herminia Tote, que de diario usaba calzado cómodo, manoleteras o zapatos planos con suela de goma, dale que dale marcando tacón, pasillo arriba, pasillo abajo.

Vestida de largo, de misa de los domingos o de salir del pueblo, según para qué. Recogido alto. Sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió el sudor de la frente, se detuvo un instante, las manos en la cadera, y golpeó el enlosado repetidamente con la suela del zapato llevándose la uña del dedo gordo a la boca.

Roía una idea tras otra.

—Gordita...

Fermín Tote, sentado en la sala de espera, palmeó una de las sillas.

Herminia levantó un dedo sin mirarlo. Uña esmaltada de un prudente rojo oscuro, silenciosa y tajante y clara: «No me digas que me siente».

Fermín, que conocía a Herminia de toda la vida, decidió guardar silencio y no insistir más, mientras esperaban los resultados en el área de ginecología del Hospital Universitario de Guadalajara.

Vega estaba a punto de cumplir catorce años y no le bajaba la regla.

Vega salió acompañada de una doctora. Dejaron a la chica sentada en una de las sillas. La doctora hizo un aparte con los Tote y les dijo que a la niña la habían operado, que no podía decirles cuándo. Hacía entre siete y ocho años. Que nunca podría tener hijos y que había visto casos similares en agresiones sexuales a menores.

Y Herminia, que por aquel entonces creía en Dios y asistía religiosamente todos los domingos a misa, se santiguó.

37

El taxista, un hombre menudo, gafas de pasta, pelón y con patillas a lo Elvis; seguro que ha visto casi de todo recorriendo las calles de noche. Casi de todo. Aquello, desde luego, fue nuevo para él. Lo vi en su cara. Estaba aparcado a la salida del hospital moneando con el móvil cuando toqué con los nudillos en la ventanilla. ¿Está libre? Claro. Después levantó la cabeza y me miró. ¿Qué vio?, pues a un fulano con la nariz rota recién vendada, haciéndole la señal del pajarito con el dedo corazón entablillado y en pijama de verano.

Intente sonreír desde el otro lado del cristal.

—¿Se encuentra bien? —dijo sin bajar la ventanilla.

—He tenido días mejores. ¿Me llevaría a Ascuas? —La voz me salió rposa, con un acentuado deje nasal, casi gangoso.

No quería locos en su taxi, eso estaba claro. A punto de estuvo de darme largas cuando le dije que era policía.

Desde que me dejaron frente a la puerta de urgencias y me quitaron el saco de arpillera de la cabeza, no bajé la vista en ningún momento. No quería mirarme la camiseta; solo imaginármela, me mareaba. Dentro del taxi me la quité y con los ojos cerrados la volteé poniéndome la parte de atrás delante.

—Lléveme a Ascuas.

Me observó por el retrovisor.

—¿Puedo preguntarle qué le ha ocurrido?

—No me creería, joder, no me lo creo ni yo.

—No tiene buen aspecto.

—Ya.

Carraspeo, rascar de cabeza; el patillas parecía dudar. Se estaría preguntando si en realidad era policía. No se lo reproché, yo tampoco me

habría creído.

—¿De la Nacional?

—¿Cómo? —contesté con la voz afectada. En realidad sonó como: «¿Gómo?».

—Dijo que era policía. Le pregunto si de la Nacional.

—Local. De Ascuas.

—Vale. —El taxista guardó silencio—. Pero me reconocerá que... no sé, así en pijama, lleno de sangre y con la mano y la cara hecha un Cristo. En fin, da igual si es poli o no. —Sacó una táser del bolsillo y pulsó el botón.

Una descarga cruzó de un borne al otro. Zumbido y resplandor azul.

—No quiero problemas, ¿entendido?

Asentí, de hecho, no creo que haya estado más de acuerdo con nadie en mi vida. De manera que le dije la dirección exacta y me recosté con la cabeza apoyada entre el asiento y el nervio de la puerta. Crucé una pierna sobre la otra. Las zapatillas de Coco manchadas de barro reseco ya no me parecían tan graciosas.

«Ves como ocurría algo, te lo dije».

No perdí el tiempo en contestarme. Mi mente intentaba asimilar lo ocurrido.

Cerré los ojos, vaya nochecita...

Fue un trayecto largo; las carreteras con sus curvas y sus rotondas dieron paso a un camino de tierra, o así lo sentí en todos mis huesos. Perdí la noción del tiempo. No sabría decir cuánto duró el viaje. Dentro olía a gasóleo, a tierra húmeda y a pelo de perro mojado. Cuando me sacaron del maletero, me pusieron frente a las luces de un coche y me soltaron. Caí como un títere al que le hubieran cortado las cuerdas. Se me habían dormido las piernas. Pasaron un par de minutos antes de poder ponerme en pie. Me encontraba en algún desguace, pero no era el de Ascuas, eso seguro. Los coches apilados y los cubos de chatarra salpicaban azulados trozos de luna. Cuatro hombres me observaban desde las sombras tras los focos del coche. Uno de ellos fumaba con parsimonia.

Fue quien abrió la boca.

—Vega, Vega, Vega. Cuántos problemas nos causa, ¿verdad?

Era un tipo que se hacía llamar el Colmenero quien habló, y ya no lo volvería a hacer hasta segundos antes de cortarme el dedo. Dio la orden con un leve movimiento de cabeza y los dos tipos que me habían abordado en la puerta de casa se acercaron a mí. Me arrastraron hasta el capó del coche. De nada sirvieron las preguntas atropelladas lanzadas al aire. El rubio barbudo me miró con apatía, me obligó a extender la mano izquierda y separó como pudo el dedo corazón. El Colmenero apuró lo que le quedaba de cigarrillo, lo aplastó con la suela del zapato y se acercó al maletero del Mercedes. Cogió un pequeño bulto de lona y lo depositó en el capó junto a mi mano. Apartó el paño y dejó al descubierto dos herramientas: una sierra de mano y unas tijeras de podar. Cogió las dos y pareció sopesarlas. Y como si no tuviese importancia me dijo:

—Elige.

—Espera un segundo, se razonable, no sé a qué se debe todo esto...

—Elige o yo lo haré por ti.

Sentí que me fallaban las piernas de nuevo.

—Estoy esperando. ¿Nada? Está bien, usaré la sierra.

Mi cabeza bullía, creedme, no sabía de qué iba todo aquello, intenté pensar con rapidez, decir algo, lo que fuese, pero pensar con rapidez no era mi fuerte. Entonces pasé al plan B, y decidí darme ánimos. No pasa nada, tranquilízate, solo quiere asustarte, me dije, seguro que sabe que eres policía. Es un farol, es un farol, es un farol. Respira.

Sentí los dientes de sierra en un primer envite apoyados sobre la piel. La respuesta, como un resorte, automática.

—¡Las tijeras! ¡Para! ¡Elijo las tijeras!

El Colmenero dejó de amagar con serrarme el dedo y sonrió como un puto lunático y asintió con la cabeza.

—Sí —dijo—, será lo mejor. Con esta mierda iba a arañar la pintura del coche.

Dejó la sierra, cogió las tijeras y colocó el dedo corazón de mi mano izquierda entre las dos hojas.

—Eh, mírame —dijo—. ¡Mírame! O te juro por lo que más quieras que te corto los diez dedos.

Sonó creíble, así que hice lo que me pedía.

—A mí nadie me jode, ¿entendido? ¿Sí? Bien, ahora soplacapullo, esto te va a doler.

Cerré los ojos y apreté los dientes.

El dedo sonó como una rama al partirse. Las piernas se me doblaron y los dos hombres se vieron obligados a tirar de mí hacia arriba.

Abrí los ojos.

Mi dedo, aunque en una posición totalmente antinatural, seguía en su sitio. El Colmenero, sonrisa torva y cigarrillo.

—Joder, no me mires así. Solo está roto. ¿Qué pasa? ¿No aguantas una broma? —Hizo una señal a sus hombres—. Sacad la nevera, la mesa y las sillas, tenemos que hablar de negocios.

Y sentado en un par de sillas de piscina, allí, en un claro entre un bosque de chatarra, con la nariz y el dedo rotos, me enteré por fin del paradero de Vega. Junto a nosotros, una mesa plegable; y a sus pies, una nevera portátil. Entonces el Colmenero se levantó, rodeó la mesa, soltó los cierres y quitó la tapa. De la nevera sacó un par de botes de cristal que dejó sobre la mesa. Líquido ambarino a la luz de los focos del coche. En ellos flotaban dedos y orejas.

Fascinado, y sin poder apartar la vista de los frascos, escuché lo que tenía que decirme aquel tipo que se hacía llamar el Colmenero.

38

La jornada anterior estuvo lloviendo y no pudo salir al cobertizo. Le gustaba cepillar a su perra. Y en eso estaba. Chanclas, pantalón corto de tergal, cruz de oro colgada del cuello y camisa hawaiana. Estiró la espalda. Rocío sobre las malas hierbas que crecían entorno a la madera descuidada, la tierra compacta, la mañana fresca y las nubes como arañazos en una pared recién pintada.

Sady Pineda volvió al cepillo y al «tranquila, Linda, tranquila». Era su perra, era un pastor alemán y estaba preñada. Apoyó la oreja en el vientre del animal. Nada, ni una patada. Solo el duro pelaje pardo rojizo y el calor que desprendía. La acarició, cambió de cepillo y terminó de repasarle las patas. Miró el reloj. Hora del café. Palmeó el lomo de la perra.

—Dale, Linda.

Al minuto olisqueaba por entre las estacadas de la parcela.

En comparación, y a vista de pájaro, la vivienda, situada en el centro de los quinientos metros cuadrados de tierra, parecía una más en aquella urbanización perdida de la mano de Dios. Los pájaros no entienden de laboratorios en el subsuelo, claro.

Sady Pineda se sentó en los escalones de la entrada. A lo lejos, los montes de Toledo y Ciudad Real y parte del parque nacional de los Cabañeros. En la parcela de al lado, en una piscina redonda, como dos balsas a la deriva, sobre colchonetas, las mellizas tomaban el sol.

Desnudas.

Pezones tersos, piel de melocotón.

Una de ellas levantó la mano a modo de saludo. Lenta, como si pesase.

—Señor Pineda, ¿un bañito?

Las ignoró a pesar del ligero cosquilleo en la entrepierna. Estaba

convencido que Dios lo había puesto a prueba. Llamaba a sus vecinas veinteañeras Oholá y Oholibá.

Las miró de rojo una vez más y murmuró entre dientes:

—Esas dos hermanas sufrirán el castigo que merecen, por entregarse a la prostitución y por adorar a los ídolos. Entonces reconocerán que yo soy el Dios de Israel.

Cogió el periódico y sorbió de su taza de café y entró en la casa.

Pensaba en cómo llamaría al cachorro. Hacía días que su cabeza bailaba de un nombre a otro. Hacía más de quince años que no pisaba Colombia y los nombres que le venían eran en plan Antioquia, Cúcuta, Pasto o Ibagué. ¿Nostalgia? Puede ser. También le gustaban Axión, Parce y Popo.

No se decidía.

En el periódico, nada sobre el viejo ahorcado. Era de suponer. Sin embargo, su anterior trabajo todavía aparecía en cuarta página:

Continúa sin aclararse la muerte del senador Argumosa durante el registro de su domicilio bajo el marco de la Operación Fango.

Nadie bien posicionado paga por sus delitos en este país. Indultos, sobreseimientos, y cuando no prescriben por la lentitud del sistema, cogen como Argumosa y se mueren de un infarto antes de ser juzgados y contar todo lo que saben. Bla, bla, bla...

Un teléfono comenzó a sonar en algún lugar de la casa.

Cerró la puerta de la habitación que hacía las veces de despacho y conectó el equipo de grabación. Encendió el ordenador y acopló el sistema de rastreo de llamadas. En una pequeña pantalla con el fondo azul, aparecía la palabra «Gestor». Aún tuvo tiempo de encajar bajo la peana del teléfono un dispositivo del tamaño de una cajetilla de tabaco. Cortesía de los servicios de inteligencia para los que trabajaba de vez en cuando, aquel aparato anodino conseguía falsear su ubicación. Aleatoriamente, saltaban repetidores repartidos por toda la geografía nacional.

Descolgó.

El Gestor dijo que había un encargo.

—¿Una rata?

—No. Ascuas. Una cucaracha. Te mando la información.

Se cortó la comunicación.

Sady Pineda comprobó los parámetros. Solo aceptaba trabajos de media docena de personas o entidades. Todos ocultaban su identidad bajo alias como «Gestor», «Sociedad Limitada» y «Técnico». Una pérdida de tiempo. Conocía el verdadero nombre de todos ellos.

Era una manera como otra cualquiera de cubrirse las espaldas.

Sacó el dossier de Valdenegro de un armario metálico al que tuvo que introducir una clave de diez dígitos, en lo que el ordenador transcribía la conversación y los datos de localización. Después los adjuntó con todos los encargos anteriores. Aguardó cinco minutos que fue lo que tardó en saltar el aviso en la bandeja de entrada.

«Antonio Trinidad. Policía local...».

Tres calificaciones posibles:

Rata, elemento peligroso, capaz de propagar enfermedades.

Avispa, que no propagaba enfermedades pero si picaba dolía.

Cucaracha, no peligroso. Incordiaban.

Este era una cucaracha.

Tarifa normal.

Imprimió el correo, lo introdujo en el dossier y colocó la carpeta en su lugar. Cerró el armario metálico. Recogió todo y cerró al salir. Unas escaleras tras un recodo del pasillo lo llevaron hasta la parte baja de la casa. Marcó una serie de doce números en una terminal de acceso y abrió una puerta blindada forrada de madera. Las luces se encendieron a su paso. Cogió una bata blanca que colgaba de uno de los percheros y, un poco más allá, sacó unos guantes de un dispensador.

La mesa de trabajo desprendía brillos metálicos.

De uno de los cajones extrajo una mascarilla, se la acopló por encima de la nariz. Dio un par de palmadas y comenzó a sonar música gregoriana de fondo. Metódico. En chanclas, con la cruz de oro colgando del pecho y con la camisa hawaiana, se puso a trabajar en un nuevo vial. Probetas, decantadores, tubos de ensayo y placas de Petri.

No querían un suicidio como con el anciano.

Así que habría que provocarle un infarto a la cucaracha.

Trinidad...

Le gustaba. Lo añadió mentalmente a su lista de posibles nombres para el

cachorro.

39

En el solar de asfalto, frente a la Nacional, sobrevivían los restos de una antigua gasolinera y de un túnel de lavado. Algo más allá, sin ventanas ni puertas, como las cuencas vacías de una calavera, las ruinas de un motel de carretera. Había amanecido hacía rato, pero el sol no era más que un globo desgastado tras las colinas, de manera que, Cejónidas Trejo condujo con las luces de posición encendidas sorteando las malas hierbas que crecían entre las grietas del asfalto. Pasó frente a las pintadas de los muros del motel, giró e introdujo el vehículo en el cascarón del antiguo túnel de lavado. El sedán de Rocha estaba aparcado allí, sin luces y con el motor a ralentí.

Trejo apagó los faros, tiró de la llave silenciando el suave ronroneo y se apeó. Se dirigió hacia el coche de Rocha, tocó con los nudillos en la ventanilla y se subió sin esperar respuesta.

—Esto no pinta bien —fue lo primero que dijo al bajar la ventanilla. El perfume dulzón del policía flotaba por el habitáculo amenazando con una lluvia de melocotones y frutas del bosque.

—¿Hablaste con ella?

—Sí, como me pediste.

—¿Y...?

«¿Cómo que y...?», pensó Trejo. Me la he estado follando y descubre que soy un chivato de la policía. Este tío es gilipollas.

—¿Y...? —repitió Rocha.

—Y nada, me mandó a tomar por culo. Creía que me mandaba el Colmenero. Ya te dije que no era una buena idea —dijo Trejo.

—Eso es cosa mía. Era una buena baza. Si testificase contra el Colmenero podríamos detenerlo esta misma mañana. Tenemos que conseguir que Vega

hable antes de que pase a disposición judicial... —hablaba casi para sí mismo—. La vista oral está fijada para las once de la mañana. ¿Podríamos hablarlo con el fiscal? Pero Fiscalía no querrá saber nada del asunto. Tiene una detenida por tráfico de estupefacientes. Si le hablamos del Colmenero y de una supuesta colaboración de Vega, le va a sonar a cientos volando. Tiene un pájaro y con eso le vale.

—Quiero dejarlo.

Silencio. Rocha lo miró y lo golpeó en la nariz. Una, dos, hasta tres veces. Después agarró a Trejo de la nuca y estampó su cabeza contra la guantera. Claro, que esto ocurrió en su cabeza. Se ajustó el nudo de una corbata que no llevaba y le dijo:

—No me vuelvas a faltar al respeto. ¿Tú sabes con quién estás hablando? Cejas arriba.

«Estoy hablando con el tonto del culo que me sacó de prisión. El mismo que me cita en bares de carretera atestados de gente. El mismo que me ordena que hable con Vega y ponga en peligro mi pellejo. Si esa puta se va de la lengua, soy hombre muerto. Sí, sé con quién estoy hablando».

Todo esto pensó.

Los dos hombres encarados. Trejo con las venas del cuello como cordeles y Rocha con la cara encendida como luces de freno.

—Lo siento, supongo que he pasado una mala noche —dijo Trejo al final.

—Olvidado. Ahora, lárgate. Voy a ver al fiscal.

—Vale, y luego, ¿qué? —dijo Trejo—. Esto se está complicando. Ayer por la tarde, el Colmenero me hizo llevarle una de las furgonetas. Creo que esta noche le han hecho una visita al hermano de Vega. Intentará chantajearla a través de él.

—¿Crees que puede conseguirlo? —preguntó Rocha.

—No lo sé. Pero si calla y se come el marrón, estamos jodidos. Alguien le informó de la detención de Vega. Estaba yo delante cuando recibió la llamada.

—¿Alguien de los míos? No lo creo.

—Ni puta idea. El caso es que se entera de todo. Y si Vega habla...

—Si Vega habla de ti, serás el primero en saberlo.

—Me la juego, Rocha.

—Joder, Trejo, te saqué de la cárcel, ¿no?, confía en mí por una vez.

Trejo lo observó un par de segundos, asintió con la cabeza sin mucha convicción, y se bajó del coche. Cuando dio marcha atrás y sacó el Mercedes del viejo túnel de lavado, el sol brillaba ya con mala leche. Sorteó de nuevo las malas hierbas y se incorporó a la vía de servicio con el olor empalagoso del perfume del inspector pegado a la ropa.

Sintió ganas de vomitar.

40

Y ese sonido, que en otra ocasión no me hubiese hecho bajar de la cama de un salto, pero sí abrir los ojos del tirón, no me despertó. No de golpe. Fue por goteo, el retumbo filtraba las capas del dolor, el sueño y la flojera, hasta que la insidiosa melodía me hizo abrir los ojos. Bajé los pies y tanteé en busca de las zapatillas de Coco. En calzoncillos, con pelos de loco, el dedo entablillado y el vendaje en la nariz, así estaba yo, sentado en el borde de la cama.

Y el sonido de la televisión desde el salón a todo trapo.

¿Dibujos animados?

Sí, dibujos animados.

Me incorporé y el dolor estalló en una docena de puntos diferentes. Salí de la habitación arrastrando los pies. El baño a mitad de pasillo y, desde el salón, la programación que cambia. Una nueva canción infantil. Cerré la puerta del cuarto de baño y tras una larga meada con algo de suspense —la próstata que no hace prisioneros, ya saben—, encaré el espejo y mi desnudez. Diversos morados, a lo dálmata. Rodillas, muslos, cadera, costillas, y algún punto más en la espalda que no alcancé a verme. El vendaje sujetaba la nariz con esparadrapo pegado a los pómulos y al entrecejo. Sendos derrames como las ojeras de un viejo mapache. Levanté la mano izquierda con el dedo medio entablillado y vendado hasta la muñeca. El tío al otro lado del espejo me hacía una peineta, o la señal del pajarito. En cualquier caso parecía decirme: «Jódete».

Asentí dándole la razón.

En el salón, primero miré la televisión y sus dibujos animados, donde unos perros y sus cachivaches intentaban salvar a una gata encaramada en la copa

de un árbol, después miré al barbudo moreno y a su pierna escayolada y llena de firmas apoyada en la mesita de centro, a las muletas en un lateral del sofá y a la escopeta recortada sobre su regazo.

El gigante, absorto en el devenir de la gata en la pantalla, no movió un músculo.

—Vístete —dijo—. Tienes cuarto de hora. Esta casa ya no te pertenece.

Primera de las condiciones del Colmenero: Asumir parte de la deuda.

De vuelta en la habitación, hice la maleta tan rápido como pude. Un par de uniformes, un par de pantalones, un par de camisetas...

Un par de todo.

Después, metí la mano buena en uno de los cajones. Bajo los viejos juegos de sábanas palpé las cuatro pulgadas de hierro y madera: un revólver Astra del 38. Revisé el tambor y sus seis cartuchos y lo metí en la maleta.

—¡Cuatro minutos!

El rugido por encima del sonido de la televisión. Me puse unos vaqueros desgastados, las botas y la primera camiseta que agarré del montón, una con el logo de *Star Wars* que me ajustaba la barriga. Tiré de la maleta y me dirigí a la entrada. El tipo no había cambiado un ápice su posición y, sin mirarme de nuevo, me dijo que dejase las llaves sobre la mesa antes de largarme.

Tras guardar la maleta y dejarme caer en el asiento del coche patrulla, comprobé que, a pesar de tener el dedo corazón de la mano izquierda entablillado, podía asir el volante sin dificultad con el resto de dedos. Metí la llave en el contacto, arranqué el motor y salí disparado del pueblo. Crucé la carretera de los pantanos y me dirigí a los juzgados de Guadalajara.

Allí debía cumplir con la segunda condición que me impuso el Colmenero para salvar el pellejo de mi hermana Vega.

En el cielo, las nubes en completa retirada, con un sol radiante, a lo suyo, como si no fuese un día de mierda.

41

«A tomar por culo», te dices.

«Que pague», piensas. Te comerás lo que tengas que comerte, pero esto se tiene que terminar. ¿Quieren que testifiques, Vega? Muy bien, lo harás. Piensas en Trejo, en el Colmenero y también piensas en Chimo. En que casi te mata de una paliza y en el montón de deudas que dejó tras de sí. En un rato estarás frente a un juez que te preguntará si quieres testificar, entonces dirás que sí y contarás lo que sabes. Contarás que el alijo es del Colmenero y que tú te enteraste por casualidad, que sí, que has trapicheado alguna que otra vez, pero que pensabas llevarte dinero, no un montón de kilos de cocaína. Dirás que te enteraste porque le oíste hablar por teléfono mientras se la mamabas y cuando te pregunten por qué le comías la verga, les contarás la verdad: que tu marido se largó dejando una deuda que no podías pagar, que no tenías dónde ir, que no tenías trabajo. Y hablando de Chimo, le dirás al juez que tienes serias dudas de que el mierda de tu marido siga con vida y que el Colmenero se ha chuleado más de una vez de que fue él quien lo hizo. No por la pasta, según él le sobra, sino para que todos sepan qué les ocurre a los que no pagan sus deudas.

Te convences, te haces a la idea de lo que va a ocurrir.

No vas a salir de esta con vida.

Todo esto va cuajando dentro de ti camino de los juzgados. Primero, cuando te sacan de los calabozos e intentas caminar con dignidad con una zapatilla en un pie y una chancla dos tallas más grandes en el otro. Pareces tener grilletos en los tobillos. Pasos cortos. Luego sigues macerando tu discurso, lo que sabes y lo que no sabes. Lo maduras tras la mampara del celular que te lleva hasta los juzgados. Necesitas un trago más que ninguna otra cosa. Te imaginas a ti misma bebiendo a gollete de la botella. Salivas

inconsciente sintiéndote algo más tranquila.

En fin de semana, las calles de Guadalajara, fondonas, faltas de ritmo. Algunos vejetes madrugadores, un barrendero empujando el carro y el ladrido ahogado de un perro a lo lejos.

Piensas en Trípode.

Luego, en Toni, en que lo quieres más que a nadie en este mundo y en que harías cualquier cosa por él. Sientes haberle fallado. De alguna manera, sabes que esto es así.

«Perdóname, Toni».

Y ya no vuelves a pensar en tu hermano hasta un poco más tarde. Te vuelven a asegurar las esposas en las muñecas y te introducen en el ascensor que ha de llevarte, junto a los dos agentes, desde los sótanos del juzgado hasta la planta tercera. Rechina la puerta y apenas se abre, ves los hombros caídos y el rostro sonrosado como de cochinito de tu abogado de oficio. Con su maletín colgado del brazo te da los buenos días y te dice, más bien te susurra, que tenéis que hablar.

—No tenemos nada de qué hablar. Voy a contarlo todo.

Entonces el abogado sonrío y se encoge de hombros y se aparta de tu camino para que te conduzcan hasta la sala del Juzgado de lo Penal. Algunas personas pululan por el pasillo. En una de las bancadas de madera, junto a una familia de peruanos que aguardan su turno, está el Colmenero, con gafas de sol y un periódico doblado en las rodillas. Junto a él, en el extremo del banco, tu hermano Toni con una camiseta de *Star Wars* y con todo el aspecto de haber recibido una buena mano de hostias.

Ojos amoratados.

Nariz rota.

Dedo roto.

Cuando Toni hace amago de decirte algo, el Colmenero le palmea una de las rodillas como si de un viejo amigo se tratase.

Te hacen pasar a la sala de vistas y cierran la puerta. Juez, fiscal, tu abogado y los dos agentes con los brazos cruzados a la altura del pecho. Es tu abogado quien, tras los trámites de rigor, pide la palabra.

—Su señoría —dice con las manos al frente enlazadas por las muñecas—, mi cliente quiere declararse culpable de todos los cargos.

Pierdes todo el aplomo, tiembles.

Te despides de tu discurso y de todas tus ideas. De lo que sabes y de lo que crees saber.

Has metido a Toni en un serio aprieto.

«A tomar por culo», te dices, «sí, pero a tomar por culo yo».

42

Eché en la maleta, además de las mudas de ropa por duplicado, un pequeño neceser. Cepillo de dientes, pasta, un frasco de colonia y un bote de gel. En la cartera llevaba una tarjeta con la que podría disponer de algo de dinero, no mucho, pero lo suficiente para pasar una temporada. No se me ocurrió echar los calmantes y antiinflamatorios que guardaba en un cajón de la cocina, de manera que pasé por una farmacia, y de vuelta en el coche, engullí una pastilla de cada y guardé el resto en la guantera.

La buena noticia era que en breve, tanto el dolor de la mano como el de nariz perderían intensidad. La mala noticia era que cuando me sintiera menos embotado, debería enfrentarme al problema de devolverle al Colmenero cuarto de millón de euros. El tipo había tasado mi casa, así, a ojo de buen cubero, en unos cien mil.

Tenía que devolver otros ciento cincuenta si quería mantener intacta a mi hermana. Siempre y cuando Vega se declarase culpable, claro, cosa que me constaba ya había pasado en la vista preliminar.

«Piensa, Toni, piensa», me dije.

Pero no se me ocurría nada.

Nada.

Cerré los ojos...

Te voy a contar cómo lo vamos a hacer, dijo el Colmenero, sentados en torno a la mesa de *camping* con los dos frascos siniestros —orejas y dedos— iluminados bajo el haz de los focos de los coches.

—¿Tienes casa?

—Sí. —Me sujetaba el dedo roto e intentaba no mirar mi camiseta

manchada de sangre. Voz gangosa.

—No —dijo el Colmenero—, tenías. Ahora ya no tienes, ahora me pertenece. En Ascuas, siendo generoso y tirando por lo alto, calculo que valdrá unos cien mil. Tu hermanita me ha jodido doscientos cincuenta, de manera que todavía me debe un pico. ¿Vale?

—Vale.

—Bien, veo que nos entendemos. El dinero es importante, pero no solo es el dinero. Mañana cuando te levantes, vas a hacer un hatillo con tus miserias y te vas a largar. ¿Adónde?, me preguntarás...

El Colmenero me enseñó las palmas de las manos. No lo pillé, al menos no de inmediato.

—Pregunta adónde, coño.

—¿Adónde?

—A los juzgados. Quiero que Vega nos vea a los dos, juntitos, como los buenos socios que somos ahora. Porque el dinero es importante, pero el miedo más. ¿Y sabes por qué ha de tener miedo, atontado? —El Colmenero no aguardó a que respondiera—. Porque si yo percibo, siento o intuyo la más ligera sospecha de que cualquiera de los dos habláis con la policía, os mando joder. ¿Me crees? Tu cuñado Chimo no me tomó en serio y en fin., puedes imaginártelo. ¿Puedes?

A ver, a ver..., lo de Chimo no podía imaginármelo por motivos obvios, pero miré los apéndices en los tarros de cristal y afirmé con la cabeza de todas maneras.

—Y esto —continuó el Colmenero acariciándose la barbita de Quijote— es solo el principio. A partir de hoy, trabajarás para mí. Si la cosa funciona, podrás volver a tu casa, pagándome un alquiler, claro.

—¿Y Vega?

—¿Tu hermanita? Mantendrá la boca cerrada, por la cuenta que le trae. Se comerá diez años de trullo, ocho si se porta bien. Entonces ahora tú me preguntas si eso es todo.

Palmas arriba. Yo, que a aquellas alturas, ya lo iba pillando, pregunté:

—¿Eso es todo?

—Sí, por el momento es todo, pero no te relajés. Puede que pienses que podrás jugármela en algún momento, que no te estoy vigilando. Tienes cara de

lerdo, así que no me extrañaría. No te confundas. Puede que no lo veas, pero vas a tener a un hombre mío pegado a tu culo día y noche. ¿Entendido?

—Entendido. —Que en realidad sonó como «Endendido».

Recordé la conversación con el Colmenero pero continué sin tener ni idea de cómo solucionar el problema. Sopesé hablar con la Policía y llegué a la conclusión de que en otras circunstancias, lo haría sin pestañear y que saliese el sol por donde tuviera a bien hacerlo. Pero hablábamos de la seguridad de mi hermana Vega, por lo que acudir a la policía, al menos por el momento, no era una opción. Arranqué y salí de Guadalajara dirección Ascuas con las ventanillas bajadas. El aire me hostigaba en el rostro y me aturullaba los oídos. No me molestó.

Mi mundo estaba descolocado, pero el pueblo, a una veintena de kilómetros de la capital de provincia, seguía allí. Me sentí como los abuelos del banco que echaban la vista más allá del ayuntamiento. Hasta cierto punto podría decirse que miraba el mundo, un lugar completamente nuevo, con ojos viejos. Pasé frente al Candelero. Nadie barría la puerta y nadie escupió a mi paso. En la entrada de los ultramarinos, Desi y la alcaldesa charlaban de sus cosas con bolsas de plástico colgando de las manos. Circulé sin detenerme mirando por el retrovisor. Desi siguió las luces del coche patrulla con la mirada.

«Necesitas un abrazo», me dije. Necesitas saber a qué huele su cuello de cerca. «No», me respondí, «ahora lo que necesito es pensar, necesito una casa, necesito...».

Joder.

Frené en seco haciendo chirriar las gomas sobre el asfalto. El juez de paz sobre la bicicleta me miraba como un gato deslumbrado por las luces de un coche. Se llevó la mano al pecho.

—¿En qué vas pensando, Toni? Coño, casi me da un infarto.

Me excusé levantando la mano la izquierda. La disculpa quedó algo rara a los ojos del juez. Y la verdad, no me extrañó, le enseñaba el dedo corazón entablillado desde dentro del vehículo. Bajé la mano, me eché a un lado y asomé la cabeza por la ventanilla del coche.

—¿Se puede saber qué te ha pasado?

—Un accidente doméstico —dije.

No sonó muy convincente.

Osorio me observó desde las alturas un par de segundos. Decidió dar por válida aquella respuesta y no volvió a preguntarme al respecto.

—Venía de tu casa —dijo al final, bajándose de la bicicleta y apoyándola en una de las farolas—. No he visto el coche, pero como se oía la televisión desde la calle, pensé que estarías dentro.

—He salido a unos recados. Es mi día libre.

—Deberías ir al médico a que te diera la baja, así no puedes trabajar, además, casi no te entiendo cuando hablas.

—El lunes sin falta, tengo que hablar primero con Parra.

—Como veas. La verdad es que te llamé, y como no cogías el teléfono, me pasé para decirte que llamaron del tanatorio. Sobre la una comienza el velatorio del Triste. La incineración está prevista para las ocho de la tarde.

Lo había olvidado por completo.

Con lo de mi hermana y el loco de los frascos, el Triste se me había ido completamente de la cabeza. Le di las gracias y enfilé carretera arriba. El estirado de Osorio me había dado la pista de donde reubicarme, al menos durante unos cuantos días. Torcí hacia el final del pueblo y estacioné el coche patrulla frente a la casa del Triste.

Dentro, el conocido olor a orines y cigarrillos. Necesitaba ahogar el ruido dentro de mi cabeza; sin embargo, en aquella casa, la vieja tele era un dios muerto al que hacía mucho tiempo nadie rendía pleitesía. No me importó.

Me dejé caer en el sofá y me quedé dormido.

43

Cuando el Colmenero tuvo la total confianza de que Vega no iba a irse de la lengua, se sentó en la mesa del bar tras un café bien cargado para resolver un problema de orden social: si quería seguir en la brecha debía tener abastecidos a sus clientes, costase lo que costase, y para conseguirlo, necesitaba más merca.

La pregunta que se hacía: «¿Quiero seguir en la brecha?».

Era consciente de que el negocio se había ido desangrando poco a poco. Calculó sin necesidad de ningún libro de cuentas el líquido disponible. No mucho. Un par de cientos, quizá trescientos mil. Vega le había hecho un agujero en las arcas del cual le iba a ser muy difícil recuperarse...

Observó el panorama mareando el café.

Los Manolos en la puerta, uno hace que lee, el otro a mitad del libro. Trejo con los brazos cruzados a la altura del pecho esperando instrucciones. El Maquénroe rubio mirando unos dibujos en la televisión sin sonido con un batido entre las manazas y un cerco oscuro infantil a modo de bigote que le había dejado el chocolate. Vito, frota que frota la loza rallada.

El Colmenero barruntaba si no habría llegado la hora de jubilarse. Tenía un par de casas en la costa almeriense, un piso abuhardillado en el centro de Guadalajara, el bar y una docena de desguaces. En activos y vendiendo rápido, seis o siete millones de euros. El problema era la liquidez, pasta contante y sonante para desaparecer durante un tiempo, al menos, hasta poder liquidar todos sus activos.

Sacó el móvil rosa palo del bolsillo.

«No jodas», pensó mientras lo miraba, «Esto no va bien».

Entonces tomó una decisión y marcó el número de teléfono de Joe.

Siete, ocho, nueve, diez tonos. Descolgaron pero la línea continuó en silencio.

—Joé —dijo el Colmenero sabiendo lo mucho que le jodía a su interlocutor.

—Se pronuncia «You», cabrón.

—Claro, claro. Oye Joé, necesito más material.

—¿Cuánto?

—Ciento cincuenta mil. Como ya sabrás, he tenido un pequeño problema con el envío anterior.

—Algo he oído.

—Lo necesito ya —dijo el Colmenero tamborileando con los dedos en lo alto de la calva—. ¿Como siempre?

—Imposible. Lo detraeré de los minoristas. Lo que significa gente descontenta. El mismo precio, pero un diez por ciento menos de material. Lo tomas o lo dejas. Ah, y no puedo enviártelo, tendrás que mandar a alguien a buscarlo.

—Venga, no jodas Joé.

—Se dice «You», y tiene que ser mañana por la mañana. Ya te diré dónde —dijo Joe cortando la comunicación.

El Colmenero agarró el teléfono. Detuvo el brazo a mitad del arco antes de lanzar el aparato contra la pared.

—¡Vito!

—Mande.

—¿Los otros teléfonos de qué color son?

—Rosa —hurgándose con un palillo entre los dientes—, como el que tiene. Ya se lo dije.

El Colmenero se pasó la yema de los dedos por los párpados, contó hasta tres y guardó el terminal en el bolsillo. Después, les dijo a sus hombres que se acercasen.

—Tú también, Trejo.

Entonces fue repartiendo instrucciones. Lo hizo con explicaciones sencillas, nada de retórica. No quería errores de ninguna clase.

—Vosotros —les dijo a los Manolos—. Quiero que visitéis a los clientes. Luego os daré una lista. Informadles de que esta será la última vez que les

servimos. Decíles que les bajamos el precio un cinco por ciento, por las molestias. —Miró al Maquénroe rubio y señaló a Trejo—. Que Cejónidas te dé las llaves del Mercedes después de dejarlo preparado, mañana vas a visitar a los Llanitos.

Turno de Trejo.

—Creo que ha llegado la hora de que te ganes el sueldo que te pago. Voy a llamar al picapleitos y me voy a enterar de unas cuantas cosas. Después de dejar el Mercedes repostado en la puerta, vas a coger la furgoneta y te vas a ir a ver al Gitano y le vas a entregar un sobre que te voy a dar, y le dirás, porque yo ya lo sabré de boca del abogado, en qué prisión se encuentra Vega Trinidad. El silencio en esta vida, se consigue con dinero. Él ya sabe lo que tiene que hacer. —Los miró uno por uno y añadió—: ¿Ha quedado todo claro?

El exleñador levantó la mano.

—Dime.

—Mi hermano tiene la pierna rota.

—No, no vas a ir con tu hermano. Te vas a llevar contigo al hermano de la zorrита.

«Ya está», se dijo meneando el café frío con la cucharilla.

Una retirada a tiempo es una victoria.

44

El cadáver del Triste tenía el ojo derecho abierto y el izquierdo cerrado, parecía hacerle un guiño a la eternidad. En cualquier caso, se trataba de un guiño extraño y carente de entusiasmo... Aunque mirándolo bien, el Triste, en vida, rara vez parecía entusiasmado. Claro que tampoco parecía especialmente disgustado.

Las cortinas de la cristalera que separaban el féretro de los familiares y amigos dolientes estaban descorridas. Los tres, ensimismados, mirábamos el rostro del muerto. Osorio, de oscuro como mandan los cánones, de traje y con corbata. Yo, en vaqueros y mi camiseta de *Star Wars*. Y con nosotros estaba una mujer joven, de unos treinta y tantos, con la cara cansada bajo el pelo recogido en una cola de caballo y con un sencillo vestido azul oscuro sin mangas. La mujer meneaba un carrito de bebé. Osorio, sin apartar la vista de la cristalera, nos dijo:

—Esto es la primera vez que lo veo.

—Tiene algo..., no sé, como hipnótico —dije.

La mujer no dijo nada, asintió con la cabeza y continuó meciendo el carrito.

«El dolor por la pérdida, la vergüenza y la dignidad, son perras rabiosas que solo muerden a quien todavía se mueve», reflexioné mientras escuchaba el ronroneo de las ruedas del carrito sobre la tarima; la quietud de los muertos, su mera visión, siempre me hacía cavilar cosas así. Una vez, después de desmayarme tras acudir a un accidente, se lo comenté como de pasada, como una bocanada de humo lanzada al aire, a un capitán de Tráfico de la Guardia Civil. «Mecanismo de autodefensa, hay quien no es capaz de recordar su rostro, esas cosas ocurren», dijo el Capitán, que era un hombre de mucho galón, pero de pocas palabras.

Osorio y la mujer se sentaron en los sofás. Yo me acerqué al atril dispuesto en una esquina con el libro de condolencias en lo alto. La firma abigarrada del juez ocupaba el primer renglón. En el segundo, la mujer había escrito su nombre y apellidos con letra redonda y pulcra. Mientras firmaba en el tercer espacio, miré a la mujer e intentando hacer memoria, me pregunté si se parecía a la cría de la foto que vi en casa del Triste. Gema Rojas... Podría ser, me dije. El primer apellido coincidía.

Me arrellané en el otro sofá y seguí observándola. Cuando llegué a la conclusión de que podría tratarse de la hija del Triste, decidí preguntárselo abiertamente.

—¿Puedo preguntarle si es usted su hija?

—Su sobrina —dijo.

La voz sonó cascada, las eses desgastadas, supuse, por las largas noches en vela.

—He leído su nombre en el libro y pensé..., bueno ya me entiende.

—Llevaba muchos años sin hablar con mi tío. ¿Alguno de ustedes dos fue el que me llamó?

Osorio y yo nos miramos extrañados y negamos con la cabeza.

—Es raro. Un hombre me llamó y me informó de lo que le había ocurrido a mi tío. El prefijo era de Ascuas, pero dudo que nadie del pueblo sepa mi teléfono, es más —dijo moviendo el carrito con aires renovados—, dudo que alguien del pueblo sepa siquiera que existo.

—¿Apuntó el número?

—¿Ustedes quiénes son?

Recelo, cabeza atrás y barbilla al pecho.

Nos presentamos.

—No tiene pinta de policía.

—Me lo dicen mucho. —Osorio reprimió la sonrisa—. ¿Apuntó el número? —repetí haciéndome el interesante.

No podía dejar pasar la oportunidad de hacerme el profesional delante del juez de paz.

—No, pero lo tengo en el móvil.

Sin dejar de mecer el carro en ningún momento, sacó el teléfono de entre los pañales y buscó en el registro de llamadas. «Apunte», dijo. Me levanté, me

acerqué de nuevo al libro de condolencias, arranqué la última hoja y tomé nota del número. Le di las gracias y me senté de nuevo en el sofá.

Guardamos silencio los tres a la vez. Estuvimos un buen rato sin hablar.

—Pero tenía una hija...

El uso del pasado por parte de la sobrina del Triste hizo que me incorporase hacia delante en el sofá.

—Murió —continuó—. Ella tenía trece años, yo doce. Era un año mayor que yo.

—No sabía que el Triste tuviera una hija —dijo Osorio.

—Se ahogó en el pantano. A mi tío le gustaba la pesca, pero no sabía nadar. Se cayó de la barca ante sus narices. Supongo que eso puede volver loco a cualquiera.

—¿Está enterrada en el cementerio del pueblo? —pregunté.

Los Tote estaban enterrados allí, y jamás vi al Triste rondar ninguna lápida.

—¡Qué va! Nunca encontraron el cuerpo.

El crío comenzó a berrear, la mujer lo sacó del carro y comenzó a darle el pecho. Osorio y yo nos miramos el uno al otro.

—¿Un café?

—Claro.

—¿Quiere usted uno?, ¿otra cosa, quizás? —preguntó Osorio a la mujer antes de salir.

—No, gracias.

La dejamos amamantando al niño y salimos al pasillo con la historia del Triste rondándonos la cabeza.

—¿Tú sabías algo de esto? —preguntó Osorio.

—No creo que nadie del pueblo supiera nada, a lo mejor los viejos. No lo sé.

En la puerta del tanatorio nos topamos con un hombre de tez blanquecina, trajeado y con una chapa en el pecho donde podía leerse la palabra «Dirección».

—Perdone que lo moleste. —Que a causa del vendaje en la nariz, sonó así como «Pedone que de modeste».

—¿Sí?

—Allí, en la sala cuatro.

—¿Sí?

—No es por nada, pero tiene un ojo abierto —le dije.

El director del tanatorio crispó sus rechonchos dedos. Sacó un pañuelo del bolsillo, se secó el sudor de la frente y con un ligero temblor en los labios me preguntó si me refería al interfecto.

—Sí, claro —contestó Osorio—, ¿a quién nos vamos a referir si no?

—Lo siento, lo siento. Claro, claro —dijo el director—. ¡Fernando de Yuste y Yuste! —gritó.

Un joven que no llegaría a los veinte, apareció de la nada. El traje era del mismo estilo que el del director, pero sobre el cuerpo esmirriado del chaval, parecía plegarse como la piel de un perro shar pei.

—Fernando de Yuste y Yuste. ¿Le diste cinco puntadas? Los párpados siempre necesitan cinco puntadas.

—Dijiste tres, papá.

—Fernando de Yuste y Yuste —repitió el director extendiendo los dedos de su mano—, cinco.

—Dijiste tres.

—Porque hay gente delante... —le dijo acercándose y poniéndole una mano en el pecho y cogiéndole con la otra mano las gafas de sol que pendían de uno de los bolsillos del traje—, fuera de mi vista.

El chico se largó cabizbajo.

—Lo solucionaré, denme unos minutos. Ya saben cómo son estos chicos de hoy en día. Acepten mis más sinceras disculpas.

Nos estrechó la mano, nos dio el pésame y se marchó por donde segundos antes lo hiciera su hijo.

Cuando volvimos a la sala tras tomar el café, la mujer mecía de nuevo el carro. El cadáver del Triste tras la cristalera nos despedía desde el acolchado de abedul con unas Ray Ban de espejo.

Estuve tentado de hacer una broma al respecto.

No dije nada.

La muerte es cosa seria.

45

El atasco ha aflojado.

Tu turbación, no.

Vibración, zarandeo y, tras las primeras curvas, conversaciones a media voz de los policías tras la mampara. Apoyas entonces la mitad del rostro en el cristal. Ves el mundo correr, y como tu pasado alzado en perspectiva, descubres que existen dos formas de mirar a través de las ventanas de un vehículo en marcha.

En corto:

Borrones difusos que tu vista no es capaz de centrar. Ninguna imagen concreta a la que poder agarrarte. Ningún recuerdo más allá del Avellano, el orfanato y de Chimo. Tu vida ha pasado a toda velocidad. Una maraña de decisiones equivocadas que te llevaron a trabajar con el Colmenero, a intentar abarcar más de lo que podías, a Toni hecho un Cristo y a terminar de hacerte vieja en prisión.

En largo:

Panorámica de polígonos industriales y sus fábricas. Después, tierras de cultivo, campos de olivos y pequeños pueblos bajo las largas sombras de las últimas horas del día. Imágenes que eres capaz de retener. Lejanas. ¿Como tu infancia en casa de los Tote? Sin dudarlo. Recuerdos fijados en sepia. Rémora amarga. Obsesiones y desvelos peregrinos de una niña, cuyo referente más cercano es un hermano débil que nunca fue capaz de defenderte.

Toni...

Hacia las ocho de la tarde, el vehículo mampara toma el desvío de Soto del Real. A tu derecha, tras una cerca, en su presidio particular, unos terneros marrones pacen bajo encinas achaparradas. Arriba, como una amenaza,

desvaneciéndose tras el horizonte, el sol de una tarde de primeros de junio.
Última parada de un tren que no arrancará en una larga temporada.

46

—No pinta bien —dijo Rocha—. ¿Sabe a quién va a ver esta noche? A un tipo que se hace llamar el Gitano. No son muy imaginativos con los motes, así que fácil que sea gitano. Es lo mismo. Este sobre es para él, y dentro hay un montón de dinero. La única instrucción que acompaña a este sobre es el nombre de Vega Trinidad y la cárcel donde se encuentra. ¿Sabe lo que eso significa? —Rocha guardó silencio unos segundos mientras conducía mareando la perdiz circunvalando Guadalajara por la ronda norte—. Que el Colmenero quiere hacerle llegar ese dinero a través del tal Gitano para que mantenga la boca cerrada —sentenció Rocha—. Es ahora o nunca.

—¿Qué tenemos?

El hombre que cruzaba una pierna sobre la otra en los asientos de atrás, no había abierto la boca desde que recogieron a Trejo en el aparcamiento del hotel. Embocaba tranquilamente el humo de un puro, para soltarlo instantes después. Rocha no se quejó. Alejaba las nubecillas grises de su cara cada cierto tiempo, como el que espantaba una mosca. Nadie se quejaba del humo del comisario Ruipérez, al menos nadie que quisiese medrar dentro del organigrama.

Y preguntaba qué tenemos...

—Tenemos la grabación del desguace, el alijo y ahora el sobre con dinero —dijo Rocha tomando la rotonda para salir de nuevo a la autovía.

Bocanada. Zarcillos de humo lamieron el techo del coche.

—Después de un año —dijo Ruipérez que no era dado a levantar la voz ni a grandes aspavientos—, eso equivale a no tener nada. Si Vega Trinidad no testifica, no tenemos nada. Si el señor Trejo, aquí presente, no entrega el dinero, adiós a nuestro confidente. Tenemos un alijo que no podemos vincular

con el objetivo. Rocha..., tengo en espera a un grupo de paramilitares del Este que están introduciendo armas cortas por los Pirineos con la misma facilidad que los chinos meten sus mierdas de plástico de todo a un euro, a los gallegos reorganizándose haciéndose con aldeas enteras y metiendo las narices en la política, y luego están los nuevos grupos de centroamericanos haciéndose con el control del Mediterráneo a lo Pablo Escobar. De manera que no me puedo permitir el lujo de perder más tiempo con esto. Nuestros recursos son limitados y visto lo visto, no podemos llevar al Colmenero a juicio. No con lo que me ofreces.

—Señor comisario... —dijo Rocha—, yo pienso que...

Ruipérez bajó la ventanilla y arrojó los restos del puro.

—Usted, Rocha —lo interrumpió el Comisario—, me ha demostrado que lo de pensar no es su fuerte. No se preocupe. Dentro de la policía hay lugares donde destinar a personas de su valía.

En su cabeza, Rocha derrapó el vehículo, extrajo su arma reglamentaria, se giró y le disparó al comisario en la cara. En sus ensoñaciones, el agujero del rostro dejaba ver los grumos sonrosados y las salpicaduras resbalando en la luna de atrás. En lugar de eso, tomó la curva con suavidad, puso el intermitente, y la vuelta llegó a su fin en el aparcamiento del hotel.

Un autocar escupía lo que parecía ser un equipo de fútbol. El coche rodeó despacio la prole y se detuvo un par de plazas de aparcamiento más allá de donde estaba estacionado el Mercedes.

Antes de que Trejo bajase, Rocha se volvió hacia el comisario.

—Un par de semanas.

—¿Cómo dice?

—Una semana, denos solo una semana más.

Entonces le habló de la jubilación del Colmenero. Le habló del encargo de los Manolos de informar a los compradores que después ya no habría más mercancía para nadie. Le contó que pensaba comprar un alijo a los Llanitos. «Seguramente sea el último, mañana por la mañana y va a ser con este mismo coche —dijo—. Colocamos una baliza y cuando esté de vuelta lo trincamos».

Es ahora o nunca.

Silencio.

En el aparcamiento del hotel, el autocar dejó de vomitar deportistas y el

chofer se apoyó en uno de los laterales, aflojó el nudo de su corbata y se encendió un cigarrillo.

—De acuerdo. Una semana —dijo Ruipérez—. Pero quiero una grabación con el tal Gitano. —Hizo una pausa para encender otro puro—. Que le coloquen una grabadora para la reunión de esta noche, sin equipo, y quiero el coche monitorizado. En cuanto esté de vuelta quiero que me informen.

Después, Trejo se alejó en busca del coche.

47

La habitación de hospital olía a yodo, a desinfectante, a sábanas limpias y a otra suerte de medicamentos y productos químicos. Toni cambió el peso de un pie a otro. El frescor del ventilador solo se hacía sentir cuando el abanico de aspas se agitaba en su dirección. El aire levantaba con suavidad los pelos de su nuca. Entonces la temperatura parecía bajar notablemente. Era una sensación irreal, como todo lo demás. El cuerpo de Vega parecía demasiado pequeño para aquella cama.

«Puedes acercarte», dijo una enfermera desde la puerta.

Rodeó la cama. Un tubo de plástico que nacía de una escurrida bolsa de suero se perdía por entre las sábanas. El brillo de su pelo como apagado; y su piel, a juego con la ropa de cama. Nunca la había visto tan blanca. Frágil. Tanteó bajo los pliegues y cuando tomó su mano, la muñequita de porcelana abrió los ojos.

—*Chache* —dijo.

—¿Qué ha pasado?

—Yo solo quería ser una princesa. Me duele.

—¿Dónde?

—Ahí abajo.

La niña levantó la sábana. Un vendaje le comprimía la pelvis y parte del vientre hasta el ombligo. Pequeñas manchas amarillentas supuraban cerca de la ingle. Volvió a taparse.

—¿Quién te ha hecho esto, Vega?

—Avellano. Con el palo de los niños que se portan mal. *Chache*...

—¿Qué?

—Yo solo quería ser una princesa.

Después cerró los ojos, y agarrada de la mano de su hermano se quedó dormida. Toni guardó silencio. Lágrimas corriendo por el mentón. Así se mantuvo cerca de una hora, en la misma posición y con el recuerdo del lloro acartonando su rostro.

Una enfermera le tocó en el hombro y le dijo que era hora de marcharse. La sensación de tener los pelos de la nuca erizados lo acompañó hasta su llegada a la casa amarilla. Una corriente eléctrica iba desde la coronilla hasta mitad de la espalda.

Pero aquello ya no era debido al cambio de temperatura.

Aquello era otra cosa.

48

Tal y como estaba previsto, la incineración de los restos del Triste tuvo lugar a las ocho de la tarde. La sobrina se marchó del velatorio a eso de las tres. Según nos contó, trabajaba en el servicio de limpieza del hospital. Se despidió con un escueto: «Encantada de conocerlos» y empujó el cochecito hacia la salida. Osorio se excusó un par de horas más tarde, de manera que me quedé un buen rato a solas con el muerto y sus Ray Ban de espejo.

—No te quedan mal. Pareces un viejo roquero. Además, puede que las necesites allá donde vayas. Dicen que la luz al otro lado del túnel es demasiado brillante.

Después de aquello, apoyé las dos manos en la mampara. El cristal estaba helado al tacto. Con la izquierda, la peineta de turno y el jódete de rigor. «Descansa en paz, amigo», dije, y reculando, me dejé caer en uno de los sofás.

Más tarde, el director, antes de dar por concluido el velorio y echar las cortinas, se acercó y me dijo:

—Puede pasar mañana a por las cenizas.

—¿Yo?

—Bueno, aquí no hay nadie más.

Y tras un nuevo «Disculpe por las molestias» y un nuevo pésame, desapareció. Me marché del tanatorio con la idea de volver a casa. Pero montado en el coche patrulla recordé que ya no tenía casa a la que volver, que mi hermana Vega ya estaría en prisión a aquella hora, y que además, había adquirido una deuda con el Colmenero imposible de pagar.

Sentí vértigo.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, posiblemente desde mi niñez en la casa amarilla, me sentí desbordado, sin ideas, sin control alguno sobre la

situación. Los aires habían cambiado de un día para otro. Y me habían arrastrado hasta el borde de un agujero cuyo fondo era incapaz de atisbar.

—El amor te hace débil —me dije centrando mi imagen en el espejo retrovisor.

—Lo sé.

—Tienes un aspecto de mierda.

—Lo sé.

—¿Qué vas a hacer, Toni?

—Ni puta idea, así que corta el rollo.

Y lo corté.

En lo referente al Triste, estaba claro que había jugado todas las bazas que se me habían ocurrido para mejorar la imagen que los del pleno municipal podían tener de mí; y respecto a Vega, era consciente que se había metido en un lío del que me iba a ser muy difícil sacarla.

Pensé que lo más parecido a la sensación de estar en casa lo encontraría antes de entrar en Ascuas. Aparqué frente al muro de piedra. Tirada en el asiento del acompañante se encontraba la gorra de la caja de ahorros. A pesar de la poca luz, decidí encasquetármela y bajé la visera para disimular algo el vendaje de mi nariz.

Rebasé el pórtico, y flanqueado por olmos como centinelas de espigadas sombras, enfilé hacia el final del cementerio por el camino de grava. Al llegar, cerca de las tumbas de los Tote, una anciana enlutada limpiaba una lápida. Estaba repleta de polvo, como todas las demás. Me miró de reojo. Una vez, cuando terminó de pasar el trapo, y otra vez más, cuando cambió el agua a las flores. Se preguntaba —esas cosas se notan— qué le habría ocurrido al policía del pueblo. Se levantó agarrándose las rodillas, se santiguó y me dejó hablando a solas con mis fantasmas.

—¿Cómo estáis? —les pregunté—. Vega y yo bien —mentí—. Pche, vamos tirando. Os echamos de menos.

Y ya no dije nada más.

Anocheecía, el sol se escurría tras las montañas y las lápidas de los Tote fueron quedando en penumbra. Me arrimé con paso lento al mármol que limpiaba la anciana. Leí la inscripción. «Con permiso, señor García», le dije a la piedra, y cogí un par de lirios del jarrón. Dejé uno sobre cada losa y caminé

hacia la salida del cementerio con la mano buena en el bolsillo.

Antes de dejarme caer por la casa del Triste, decidí pasar por el desguace. La puerta de la cancela seguía abierta. Dejé el coche patrulla junto a la compactadora de chatarra y chiflé a Trípode. El perro apareció por entre la chatarra con su extraño trotar. Orinó en su bloque de siempre y se acercó hasta mis piernas. Caricias, «Buen chico», dije. Le llené el cacharro del agua, cogí el saco de pienso del taller y le serví una buena ración.

Lo observé en cuclillas mientras comía. Me quité la gorra de la caja de ahorros y me rasqué la coronilla.

—¿Y qué voy a hacer contigo?

Trípode me miró un segundo, pero enseguida volvió a lo suyo.

De fuera del desguace me llegó el sonido de un coche con el motor a ralentí. Portazo y el chirriar de la cancela. Uno de los barbudos, el rubio, caminó hasta donde me encontraba.

—Deja lo que estás haciendo —dijo—. Nos vamos. Tenemos trabajo que hacer.

Y mientras decía esto, los últimos rayos de sol morían tras los cerros oscureciendo los rasgos del gigante. Solo sus ojos despedían algo de brillo, una minúscula parte de luz robada a los últimos instantes del día.

49

Mientras tanto, Sady Pineda llegaba a Ascuas.

Furgoneta amarilla con el rótulo en gris: «Control de Plagas».

Su piel morena apenas destacaba bajo el oscuro mono de trabajo.

Y sabía, porque era un profesional, el domicilio de la cucaracha.

Y sabía que siendo policía local podía tener armas en casa.

Pero lo que no podía saber de ninguna manera, era que el hombre con la gorra de la caja de ahorros encasquetada en la cabeza, que iba sentado en el asiento del acompañante del Mercedes con el que se acababa de cruzar, se trataba del tipo al que había venido a buscar.

Circuló lento por la calle mayor. Algunas personas con bebida en las manos, fumaban y charlaban a gritos en la puerta del Candelero. Algo de música se escapaba cuando la puerta batía, tanto cuando escupía a algún parroquiano con ganas de echar un cigarrillo, como cuando los engullía de vuelta al interior del garito. Lo dejó atrás, cogió la ajada biblia de bolsillo de la guantera, la posó con suavidad sobre sus rodillas y después dijo:

—Avergonzaos labradores, gemid viñadores, por el trigo y la cebada, porque la cosecha del campo se ha perdido.

Entonces aparcó a dos calles de la casa del jefe de Policía y consultó su reloj de muñeca. Aún era temprano. Ajustó la alarma para las tres de la madrugada. Reclinó el asiento y cerró los ojos con la Biblia todavía en el regazo.

Al pasar frente a la casa había visto luz en una de las ventanas.

Y sabía, porque era un profesional, que debía aguardar las horas más oscuras.

Y sabía que a las cucarachas se las mataba en casa.

Pero lo que no podía saber de ninguna manera, era que la persona que más tarde ocuparía la cama de matrimonio, y a la cual, le inyectaría la ampolla en el pescuezo, no sería el tipo que había venido a buscar, sino un exleñador psicópata.

—Y yo vi que la sabiduría sobrepasa a la insensatez, como la luz a las tinieblas.

Esto lo dijo entre dientes antes de pegar una profunda y plácida cabezada.

50

En tu primera noche en Soto del Real descubres que todo vuelve.

Tu compañera de celda en el módulo de preventivos es alta, desgarrada, y con las manos largas y delgadas como las de un pianista.

Y tiene sombra de barba.

Y una nuez desproporcionada.

E intentando aflautar una voz grave te dice desde la litera de arriba:

—Yo cuidaré de ti, reina.

La luz de la luna a través de las ventanas. La sombra de las rejas en el pulido suelo de hormigón. De fondo: toses, flemas y los grillos del patio. Te llevas las rodillas al pecho y te giras hacia la pared de la celda. Al colocar tu mano bajo la almohada, palpas un pequeño bulto de cristal.

Una botellita de muestra que cabe en la palma de tu mano.

whisky.

Una vez fuiste princesa.

Pero decides que no serás reina.

Te pasas la lengua por los labios. Palpitaciones en el pecho, tambores de guerra.

Repites que no serás reina.

La garganta seca. Sudor pegajoso, resina de un árbol vencido.

No serás reina.

El paladar como papel de estraza. Temblores espaciados en el tiempo, como el cimbrear de una vara de avellano.

No serás reina.

«No... mierda», dices, pero no acabas la frase.

Desenroscas el tapón y vacías la botella de un trago descubriendo que todo vuelve.

51

El Gitano tenía en alquiler un buen número de propiedades. Nada de lugares exclusivos, aunque podría habérselo permitido. No, el Gitano prefería los barrios obreros. Poseía todos los apartamentos de un edificio del barrio de Usera, en Madrid, cuyo local en la planta baja, arrendaba a un matrimonio chino que había montado una peluquería. Un próspero negocio familiar en el cual, el marido se ocupa de la tijera y la mujer de ofrecer un final feliz a los clientes... Y eso solo en Usera, pues también era el propietario de al menos media docena de pisos en Vallecas.

Sin embargo, el Gitano vivía en una chabola en Valdemingómez, situada entre el vertedero y la incineradora.

A la chabola la llamaban «el Palacete». Forrada de cartón, chapa y plexiglás, pasaba por una construcción deficiente. Una vivienda precaria como todas las de su alrededor. En realidad, estaba construida de ladrillo, cemento y hormigón armado. Grupos de gitanos trajeados vigilaban el exterior. Rondaban casuales por el perímetro con bultos sospechosos bajo la chaqueta, alejando de sus falsas murallas a heroinómanos y ratas por igual.

Trejo descubrió dos cosas:

La primera, porque la llamaban «el Palacete». Un par de hombres lo cachearon sobre una alfombra persa frente a un espejo de cuerpo entero encastrado entre mujeres desnudas talladas en madera.

La segunda, que se encontraba en apuros. Junto al espejo había un detector de metales con escáner. Si la policía había pensado que el Gitano se dedicaba a chanchullos de medio pelo, se había equivocado. Uno de los hombres, tras hacerle pasar bajo el arco, le quitó el nueve corto de los riñones y le desabrochó la camisa. Uno de los botones quedó colgando de un cable que terminaba en la parte inferior de un falso paquete de tabaco.

—Así que un puto sapo...

—No jodas, hermano..., yo no...

El otro hombre lo golpeó por detrás. Trejo cayó de rodillas sobre la alfombra e intentó agarrarse a la pernera de los pantalones del hombre que le estaba hablando.

—Lo comprobaremos.

—Yo... —atinó a decir Trejo.

Otro golpe.

Y se desplomó con una herida abierta en la sien.

Y no era la primera vez que el pelaje de aquella tupida alfombra absorbía, como el papel mojado, manchas de sangre.

Cuando Trejo abrió los ojos tenía la barbilla hincada al pecho, y un reguero de sangre y babas que se unía en la comisura de sus labios caía perezoso hasta el muslo de su pierna derecha.

Centró la vista.

—¿Sabe quién soy? Porque yo sí sé quién es usted. ¿Puede oírme?

Trejo sentía la cabeza embotada y los oídos taponados. Los sonidos llegaban hasta él como si estuviese bajo el agua. A pesar del terrible dolor de cabeza, intentó echar una ojeada alrededor. Primero, al hombre que le hablaba apoyado en un bastón: El Gitano. Lleva un traje con chaleco y un sombrero de ala corta. Todo negro. Incluido el fino bigotillo que, a pesar de su edad, mantenía libre de canas. Después se fijó en la habitación en la que se encontraba: paredes enfoscadas sin pintar y el suelo de hormigón con un par de sumideros. Intentó moverse. Nada. Tras otro esfuerzo, bajó la cabeza y vio que estaba atado con cinta aislante a la típica silla de metal de las terrazas de los bares.

—Creo que lo habéis golpeado demasiado fuerte. El señor sapo está sonado.

Las palabras se dirigían a personas situadas a su espalda que Trejo no alcanzó a ver de ninguna manera.

¿El señor sapo?

Y como el Gitano era un hombre dado a hablar claro, después de la ardua tarea de sacarle la información a golpes, le dijo a Trejo unas cuantas verdades más:

Que el dinero que el Colmenero le había hecho llegar no era para comprar el silencio de Vega, era para silenciarla definitivamente. Porque como le explicó, los muertos no hablan.

Y otra cosa que le explicó cuando Trejo sintió el cañón de un arma apoyado en su sien, fue que cuando se produce la detonación de un arma de fuego a corta distancia, el hombre al que uno se dispone a ejecutar, no llega a oír el disparo.

Lo último que sintió fue la orina caliente por la pernera del pantalón.

Y luego, nada.

52

El Colmenero rodeó la furgoneta que se llevó Trejo la noche anterior y espantó las moscas con la mano antes de entrar en el bar. Vito calentaba la leche en la cafetera envuelto en el ensordecedor ruido de la máquina al expulsar el hirviente vapor de agua. Giró la manija, cortó la presión y echó la leche en un vaso con café. Se lo sirvió al Colmenero en su mesa y le dejó un sobre junto con la bebida.

—Estaba en el parabrisas de la furgo.

—¿Y Cejónidas?

Vito se encogió de hombros.

—Enseguida le preparo las tostadas.

El Colmenero sopló el vaso y sorbió. Volteó el sobre. Nada escrito en ninguna de sus caras. Lo abrió. El dinero destinado a silenciar a Vega y media cuartilla con nueve palabras.

«Limpia tu mierda. Yo ya he limpiado la mía».

—¡Vito!

—Mande.

—¿Dónde has dicho que estaba la carta?

—En el parabrisas de la furgoneta.

—¿La has abierto?

—No. Entendí que era para usted.

Suspiro. Palpitar de las venas en las sienes y tironeo compulsivo de su barbita de chivo.

—No digo la carta, estoy hablando de la maldita furgoneta. ¿La has abierto?

—No.

El Colmenero dejó la carta sobre la mesa y, con un nudo en las tripas, se encaminó a la puerta del bar. Al salir, espantó unas cuantas moscas más y tiró de la manija de la puerta del conductor. Las llaves estaban puestas en el contacto. Echó un vistazo, aguzó el oído y abrió las fosas nasales. En el habitáculo no había nada fuera de lugar, pero se oía un rumor de fondo, y el olor empalagoso le era conocido. Tiró de las llaves y encaró el portón trasero. Cuando abrió, el sonido cobró volumen. Enjambre de moscas enloquecidas. El tufo dulzón provenía del cuerpo de Trejo. Tenía la espalda apoyada en uno de los laterales de chapa.

También tenía un agujero de bala encostrado en la sien.

Y un cartón amarrado con una cuerda al cuello en el que rezaba a bolígrafo la palabra «Sapo».

53

La carretera que cruza uno de los arenales de la bahía de Cádiz estaba desierta. El asfalto, a primeras horas de la mañana, ya desprendía vaharadas de calor. El Mercedes, detenido a una decena de metros de una berlina oscura de la que se apearon cuatro hombres. Desde que salimos de Ascuas, el barbudo solo se dirigió a mí en tres ocasiones. La primera, para decirme que podía llamarlo Maquénroe; la segunda, para que buscara en la radio una emisora de música en español; y la tercera, un rato antes de llegar, cuando circulábamos en paralelo a las marismas con un grupo de garzas en vuelo rasante sobre las aguas con las primeras luces del día.

—Cuando yo te haga una señal —me dijo sin apartar la vista de la carretera—, coges del maletero la bolsa de deporte y te acercas al otro coche, la dejas por allí y te vienes con lo que te den.

Y en esas estaba cuando el teléfono vibró en el bolsillo del Maquénroe. Levantó una mano en dirección a los Llanitos y detuvo el intercambio. Dejé la bolsa de deporte con el dinero de nuevo en el maletero del Mercedes, y uno de los Llanitos, tras un breve movimiento de cabeza del que debía ser el jefe, hizo lo propio con las dos bolsas de lona cargadas de cocaína.

—Diga.

...

—No. Los tengo delante.

...

—Sí, está Joe.

...

El tal Joe, en sandalias de cuero marrón, pantalones cortos color caqui y camisa a juego, chasqueó los dedos cuando el exleñador levantó el teléfono en

su dirección. Uno de los Llanitos se apresuró a llevárselo.

...

—Se pronuncia «You». ¿Qué cojones ocurre ahora?

....

—¿Qué significa que suspendemos? ¿Ahora esto es un jodido examen? Aquí no se suspende nada. Yo me llevo el dinero y tus hombres se llevan el material.

...

—Se dice «You».

Y cortó la llamada. Le dio el teléfono a uno de sus hombres y señaló en dirección al Maquénroe. La mirada a los otros dos Llanitos fue lo suficientemente explícita para darme a entender que la cosa no estaba yendo como lo tenían previsto.

—Agáchate —me dijo el gigante en apenas un susurro.

Apenas tuve tiempo de dejarme caer tras el maletero con el portón todavía levantado cuando oí las detonaciones. No pude ver gran cosa de lo que ocurrió a continuación.

Y lo que ocurrió fue que tan pronto como el Llanito le entregó el teléfono al Maquénroe y se giró para volver junto a los suyos, el exleñador sacó el arma y le pasó el antebrazo por el cuello, parapetándose tras él. Entonces comenzaron los disparos y los gritos y los golpes sordos de los hombres al caer sobre el asfalto.

Y tan rápido como había empezado, se terminó.

Olor a cordita.

Con el cuerpo a tierra y mirando por entre los bajos del coche, vi cómo terminaba la historia. Un cuerpo, uno de los Llanitos, el que cumplió como escudo, cayó desmadrado delante del capó. No se veía sangre alguna. Solo unos ojos sin vida mirando la nada más allá de la linde de la carretera. Los pies del Maquénroe se arrastraron hasta la berlina. Un cargador cayó contra el asfalto y oí el sonido de encastrar uno nuevo en su lugar. Tirar del cerrojo. Desde mi posición, solo pude atisbar como las sandalias de cuero del que se hacía llamar «You», asomaban a lo lejos tras la berlina. El gigante se detuvo delante de las sandalias. Tres disparos más. Tiros de gracia. Tras el último, los pies embutidos en las sandalias sufrieron un breve espasmo y quedaron de

nuevo inmóviles. Los andares cansinos se dirigieron entonces hacia la parte trasera del Mercedes. Rodearon lentamente el vehículo. Me preparé para lo peor, aún me tapaba los oídos cuando el barbudo, renqueante, apareció frente a mí y me miró como el que observa a una cucaracha.

En lugar de aplastarme, me tendió las llaves.

—Conduce —me dijo taponándose con la mano una herida de bala a la altura del vientre.

No respondí.

Caí inconsciente sobre el asfalto.

Con total seguridad, a vista de pájaro debía de parecer un muerto más.

54

Cuando Rocha cometió el segundo error que, a la postre, le habría de costar su puesto en la UDYCO, calzaba unos mocasines blancos a juego con su camisa de seda. El pantalón granate conjuntaba con la corbata. Contrastaba con el atuendo deportivo de Vega Trinidad. Pantalón de chándal, camiseta de tirantes descolorida y unas playeras con las suelas desgastadas.

La trampa consistió en que a Vega le dijeron que tenía visita.

Pensó que sería Toni.

El aparte se produjo en un cuarto que los funcionarios de prisiones tienen habilitado para los juicios por videoconferencia. Una mesa, una silla y un televisor de treinta y dos pulgadas con *webcam*.

Ni apretón de manos ni saludos de rigor.

Rocha sentado en el canto de la mesa con los calcetines al aire.

—Quiero que reconsidere el colaborar con nosotros...

Ni siquiera una mirada de rencor. Vega estaba demasiado cansada para eso. Pasada la decepción de saber quién era su visita, su mente solo podía pensar en conseguir un trago más. Se desinfló solo de pensar que tenía que negociarlo con la compañera de nuez desproporcionada.

Se giró con la intención de tocar la puerta con los nudillos y así volver a su celda, cuando Rocha, a su espalda, le dijo que si no lo hacía por ella misma, lo hiciese por su hermano Toni.

—Al parecer, lo ha metido usted en un buen lío —apostilló—. Puedo entender que no sienta ningún aprecio por sí misma, pero... ¿por su hermano?

Vega volvió y se dejó caer en la silla.

—¿Tiene tabaco?

—No.

—Pues entonces vaya al grano, joder —dijo Vega.

Y lo fue.

—El Colmenero tiene a Toni Trinidad agarrado por huevos. Ha comenzado a trabajar para él. Nosotros sabemos que lo hace por amor a usted, pero el juez no. Así que la decisión es fácil, o colabora con nosotros o lo emplumamos. También sabemos que le van a hacer llegar una considerable cantidad de dinero para mantener su boca cerrada. No caiga en el error de pensar siquiera en llegar a disfrutarlo. Nos ocuparemos de que eso no ocurra. Y respecto a su hermano, bueno, en el mejor de los casos, el juez ordenará su ingreso aquí, en Soto de Real, así volverán a estar cerca el uno del otro. ¿Qué le parece?

Vega, con los codos apoyados en la mesa metálica, se sujetaba la frente con las palmas de las manos. Comenzó a balancearse adelante y atrás. Rezaba entre dientes:

«Cómo he podido ser tan estúpida».

«Cómo he podido ser tan estúpida».

«Cómo he podido ser tan estúpida».

Rocha se levantó, alisó la raya de sus pantalones y encaró la puerta.

—Tiene veinticuatro horas para pensarlo. No permita que su hermano pague por sus errores.

No lo permitiría de ninguna manera. Antes de llegar a su celda, ya había tomado una decisión.

55

Hora de la cena, y como casi todos los días, en el comedor:

Sopa de... y patatas con...

Nada de cuchillos para los niños, solo tenedor y cuchara.

Toni apenas probó bocado, mareaba el engrudo amarillento con la cuchara. El barullo de los otros niños en el comedor lo aislaba dentro de sí mismo todavía más. Sus pensamientos dentro de una burbuja; y la burbuja, repleta de ideas funestas, negándose a estallar. La sensación de electricidad todavía adherida al cogote, el vello erizado y la mirada perdida más allá del niño regordete que estaba sentado frente a él. El crío rollizo que le dice algo, una y otra vez, con cara de chucho abandonado.

Toni centró la vista, y las palabras del chico cuajaron en sus oídos.

—Oye, oye, ¿no te lo vas a comer?

Toni, sin decir nada, intercambio directamente su bandeja de comida con la del otro crío.

—Ostras, gracias.

Cara de chucho se convirtió en una coronilla y dos codos flexionados que atacaban la bandeja de comida como si tratase de excavar un agujero en ella.

Toc, toc...

Toc.

Tres golpes, madera sobre la superficie de metal de una de las mesas. Dos golpes rápidos y los niños guardaron completo silencio. El tercero, unos segundos después.

—Mucho mejor así..., donde va a parar, mucho, mucho mejor —dijo el Avellano.

Volteó la vara alejando el extremo de la mesa, apoyó con delicadeza la

punta en el suelo y, como un general que revistase sus tropas, con el brazo doblado a su espalda, comenzó a pasear entre las filas de niños. Solo se oían sus pasos y el ruido de la vara rozando el suelo.

Cada poco, efectuaba una parada delante de alguna de las mesas, levantaba el mentón, miraba de reojo a los niños y volteaba la vara. En una de las mesas, un crío de unos seis años se meó encima. La orina resbaló por las piernas y comenzó a formarse un charco bajo el banco. Como sus pies no llegaban al suelo, el chorro sonaba en el silencio de la sala como un grifo mal cerrado.

El Avellano se apoyó sobre la vara, se encorvó y miró bajo la mesa. Sonrió a la que se incorporaba, apuntó con la vara al crío y le dijo:

—Tú, levántate. Vete a por un rollo de papel y limpia lo que has ensuciado.

Una joven celadora observaba desde una de las paredes del fondo. Se apresuró a llegar hasta la mesa sin saber que al día siguiente habría perdido su empleo.

—Ya lo limpió yo después. Tú, vente conmigo que te cambie —le dijo al niño que apretaba el rostro intentando contener las lágrimas.

El Avellano le cortó el pasó con la vara.

—Y tú, ¿te llamas...?

—Nines.

—Nines, Nines... eres nueva, ¿verdad?

Asintió con la cabeza.

—Muy bien. Entonces vas a llevarte al niño meón y lo vas a cambiar de ropa, pero luego, vas a traerlo de vuelta a que limpie lo que ha ensuciado.

El Avellano bajó la vara dejándole paso libre, pero la joven no se movió. Un breve repiqueteo de la vara en el suelo, y el Avellano ladeó la cabeza y con su sonrisa de dientes torcidos y amarillos encaró a la celadora.

—¿Algún problema, Nines?

—No.

Entonces golpeó con la vara en la mesa haciendo saltar las bandejas con sus restos de comida.

—Pues arreando que le vienen dando.

La joven celadora agarró al niño de la mano y se lo llevó del comedor con la cabeza gacha y sin mirar atrás.

—Los demás, seguid comiendo —dijo el Avellano continuando la ronda.

Cuando pasó frente a Toni hizo amago de pararse, pero continuó enfilando hacia la puerta. A los pocos minutos, el barullo de la chiquillería había vuelto a instalarse en el comedor de la casa amarilla. Cuando esto ocurrió, la burbuja de Toni Trinidad ya había estallado hacía rato. El cosquilleo y la piel erizada se habían extendido desde la nuca hacia su espalda. La vista, perdida en un lugar inconcreto del comedor, más allá de sus paredes. Sus brazos y sus piernas, cargados de electricidad.

Y sobre la mesa, la bandeja vacía y la cuchara.

¿Y el tenedor?

Y el tenedor, asegurado por la goma de los calzoncillos, escondido bajo el pantalón y clavándosele en la ingle.

56

De fondo, el tarareo de una canción.

La luz de la mañana entraba sesgada por la cristalera. Iluminaba y calentaba los pies descalzos de Sady Pineda. Una brisa fresca y ligera hacía bailar el visillo de las cortinas.

El soniquete de la canción, cada vez más cerca y, a pesar de ser un tarareo ronco, no estaba exento de ritmo, armonía y musicalidad.

Los primeros rayos de sol de la mañana.

El calor en sus pies desnudos.

El suave hálito que hacía danzar las telas.

Pensaba que Dios se mostraba en efímeros momentos como aquel.

Y Sady Pineda se habría deleitado más con aquellos instantes, pero el hecho de encontrarse atado a una silla en el salón de la casa de Toni Trinidad, no ayudaba demasiado.

El gigante volvió de la cocina dando pequeños saltos a la pata coja para así evitar que la pierna escayolada y repleta de firmas se apoyase en el suelo. Llevaba la recortada en la mano y seguía tarareando la canción cuando se plantó delante de Sady Pineda.

El colombiano tenía el cuello amoratado y le costaba tragar saliva a causa de lo ocurrido la madrugada anterior, y sabía, porque era un profesional, que si aquel gigante barbudo no lo había asfixiado, era porque el Señor había intercedido a favor de su siervo en el último momento.

El Maquénroe moreno lo había confundido con un ladrón.

Así se lo hizo saber en diversas ocasiones.

Al abrigo de la noche, entrar en la casa no supuso problema alguno. Aguardó hasta que todas las luces de la casa se hubieron apagado. Rodeó la

vivienda y saltó la valla sin dificultad. La cristalera por la que se accedía desde el salón al patio la encontró abierta de par en par, como Moisés las aguas del Mar Muerto. Se descalzó y llegó sin hacer apenas ruido a la habitación donde pensaba que hallaría durmiendo a la cucaracha. Observó el bulto inmóvil en la cama unos segundos, y cuando se dispuso a inyectarle el vial, cayó al suelo, barrido por una fantasmal aparición blanquecina.

El tipo de la cama, que después supo que no era la cucaracha que había ido a eliminar, había sacado la pierna escayolada y lo había segado de un golpe.

Lo siguiente que sintió fue el yeso aplastando su tráquea.

Antes de perder el conocimiento, Sady Pineda le clavó la aguja y empujó el émbolo vaciándole el pequeño vial en el muslo. El gigante, que en ese momento le decía por primera vez que se había equivocado de casa en la que robar, ni se enteró del pinchazo. Cuando la falta de oxígeno aflojó por completo los músculos del colombiano, sus dedos se distendieron, y la ampolla rodó de la palma de su mano yendo a parar bajo la cama.

La segunda vez que el Maquénroe le dijo que se había equivocado de casa a la que robar, fue cuando comenzó a extraer los cartuchos de la recortada. Después, volteó el arma y lo cogió por el cañón a modo de bate. Dio un par de pasos a la pata coja para posicionarse y levantó la escopeta dispuesto a golpear.

Sady Pineda cerró los ojos e hizo acto de contrición, pensando que su mayor pecado había sido el exceso de confianza.

—Proverbios dieciséis dieciocho —dijo intentando mantener la cabeza erguida—. Delante de la destrucción va el orgullo, y delante de la caída, la altivez de espíritu.

El sonido del cuerpo al caer sobre la mesita de centro fue como el estallido de un trueno. Al menos, así lo sintió Sady Pineda.

Abrió los ojos y observó el cuerpo del Maquénroe. Con una mano todavía asía la recortada. La otra mano agarrada al pecho en busca de un corazón que había dejado de funcionar.

Y antes de buscar la manera de desatarse, convencido de la presencia de Dios en aquel salón, rezó un padre nuestro.

El aire seguía revolviendo con dulzura el visillo de las cortinas.

El sol de la mañana calentaba sus pies desnudos y un poco más allá,

iluminaba, como si de una señal divina se tratase, el cadáver desmadejado del gigante.

57

Nada de almuerzo sobre la mesa. La silla en la que siempre se sentaba, vacía. Vito le pasaba el paño a la madera de la barra mientras lo observaba ir y venir. Los Manolos se habían llevado la furgoneta con el cuerpo de Trejo hacía rato y se encontraban a la espera de una llamada que les dijese qué hacer con el cadáver.

Había tenido a un soplón a su lado todo este tiempo. El reflujo del ardor de estómago le subió hasta el gástrico. Intentaba recordar qué sabía. Se preguntaba qué información manejaban de sus asuntos. Hasta el final, cuando las cosas comenzaron a torcerse con la zorra de Vega Trinidad, no lo había involucrado directamente en sus negocios. Lo había contratado de conductor, y si, luego, es verdad, lo había utilizado de chico para todo.

Y también recordaba que lo había contratado porque uno de los Manolos se lo recomendó. «Lo conozco de cuando críos», dijo. «Es de fiar, del barrio, de toda la vida, es del mundillo, acaba de salir de la trena», dijo. «Además, su padre la palmó de sobredosis».

¿Estaría Manolo también en el ajo?

Quería pensar que no. El hecho de que la policía no hubiese entrado por la puerta ya era casi una garantía.

Su cabeza saltaba de una idea a otra.

Ahora entendía las ausencias. Pensó que Cejónidas andaba trapicheando y lo que hacía era jugar a los espías con sus amiguitos los policías.

Se dejó caer en la silla.

—¡Vito!

—Mande.

—Un antiácido.

—¿De pastilla o de sobre?

—Me la suda, Vito, pero tráemelo ya.

Chupaba la pastilla con la cabeza hacia atrás y las manos entrelazadas en la nuca. Intentaba relajarse.

«¿Qué hago?», se preguntó al rato.

«Solo hay una solución posible», decidió al final.

Toca finiquitar el negocio.

—¡Vito!

—¿Sí, señor Colmenero?

—¿Sigues teniendo a punto a Sara Montiel?

—Sí, pero hace tiempo que ya no me dedico a eso, ya lo sabe.

—Lo sé, pero te necesito para un último baile.

—¿Cerramos? —preguntó Vito desde la barra.

—Cerramos.

—Pues voy a ir recogiendo. Voy a echar de menos este sitio.

El Colmenero no contestó. Sacó el teléfono rosa del bolsillo y marcó el número del Maquénroe moreno. Tras varios tonos saltó el buzón de voz.

Cuando colgó, Vito ya estaba colocando las sillas sobre las mesas.

—¿Qué haces?

—Recoger.

—No te molestes. Déjalo, solo nos llevaremos unas cuantas cosas. Vamos a prenderle fuego a este sitio.

Marcó el número del hermano.

58

La contestación al otro lado de la línea fue una especie de gruñido.

—¿Estás de vuelta con el dinero?

—Acabo de parar en una área de descanso. —La voz sonó como el arrastrar de una silla.

—¿Qué ocurre?

—Nada —bajó la voz—, me han dado. Espera un momento.

El barbudo, solo unos minutos antes, había estacionado el Mercedes al final de una área de descanso cuando cruzaba Extremadura a la altura de la provincia de Cáceres. Se encontraba desierta cuando efectuó la parada, pero aun así había decidido aparcar lejos de las mesas del merendero. Mientras contestaba a la llamada, un destartado coche sin guardabarros, a pesar de encontrarse todo el aparcamiento vacío, se detuvo a un par de plazas de distancia. Se abrió una puerta y salió una nube de marihuana. Envuelto en ella, un hombre joven con el pelo anudado en trencitas, unos pantalones bombachos de colores y una mochila con parches. Tiraba de un despeluchado, sucio y raquítico perro que, debido al colocón, caminaba de lado.

Se perdieron entre los pinos que había más allá del área de descanso.

El Maquénroe guardó el arma que había sacado nada más ver cómo se asomaba el coche por la entrada de la vía de servicio y se centró de nuevo en la voz del Colmenero.

—¿Es grave? ¿Aguantarás?

—No lo sé, estoy jodido.

—¿Y Joé?

—Muerto.

—Joder, vale, atiende. Mira por el coche, en algún lugar tiene que haber

un aparato de seguimiento de la policía. No me preguntes cómo es, nunca he visto ninguno. Cuando lo encuentres, te deshaces de él. ¿Lo has entendido?

—Sí.

—Vale. ¿Cómo se porta el hermano de la zorra?

—Se desmayó, es una nenaza.

—Procura que no se despierte. Ocúpate de que nunca aparezca el cuerpo. ¿Esto lo has entendido también?

—Sí.

—Muy bien... y una última cosa, tu hermano no me coge el teléfono, pásate a buscarlo. En un rato te llamo y te diré donde encontrarme.

Y a cientos de kilómetros de allí, Toni yacía inconsciente con la cabeza apoyada contra el cristal de la ventanilla. No podía saber que si no se hallaba en aquel momento con un orificio de bala ascendente, desde el paladar hasta la coronilla, era porque el fumeta que había aparcado cerca de ellos, estaba tardando más de la cuenta en volver con su despeluchado y raquítico perro. El exleñador aguardó pacientemente, pensó que aquel era un buen lugar como cualquier otro. Había decidido que dejaría el cuerpo de Toni entre los pinos. Para matar el tiempo, comenzó a buscar el aparato del que le había hablado el Colmenero. Lo encontró en el paso de rueda. Era del tamaño de una pastilla de jabón con un potente imán en uno de sus lados. La primera idea que cruzó por su cabeza fue lanzarlo a los matorros, pero se quedó mirando unos instantes el coche del trencitas con pantalones bombachos y cambió de idea.

Un par de minutos después de que el tipo del perro se hubiera largado del área de descanso, Toni comenzó a volver en sí. Abrió la boca desperezándose y el Maquénoe aprovechó para colocarle el cañón entre los dientes. Iba a apretar el gatillo cuando en la radio comenzó a sonar una canción de Mecano.

59

A pesar de que era capaz de dormirme en la punta de un junco, nunca había empalmado un desmayo con una cabezada. Aquello, al igual que presenciar una disputa entre narcos y ver a fulanos caer acribillados delante de mis narices, fue nuevo para mí. El cuerpo dolorido y la tensión de las últimas horas tendrían algo que ver, no lo sé. Lo que sí sé es que se trató de un traumático despertar.

Un despertar que dejaba un regusto a óxido en la boca.

De la radio del coche me llegaba la música de una emisora especializada en los ochenta y noventa. ¿Una de Mecano? Sí, una de Mecano. «Allí me colé y en tu fiesta me planté...», decía la letra. Por el rabillo del ojo pude ver un pinar y un pedazo insulso de cielo. Nada más. Tenía el cañón de una pistola metido en la boca.

—Un segundo, enseguida te disparo, esta canción es nuestra favorita —me dijo el Maquénroe arrastrando las palabras.

Abrí mucho los ojos, que por otro lado, con la cabeza encajonada entre la ventanilla y el asiento, y con el cañón haciendo presión en mi garganta, era el único movimiento que podía hacer. El barbudo comenzó a canturrear. Había perdido todo el color y miraba al frente tapándose la herida de bala del costado con la otra mano.

Se encontraba cada vez más débil, eso estaba claro.

El Maquénroe perdió fuelle. La letra de la canción se le amontonaba en la boca hasta quedar reducida a una sola frase que repitió fuera de tiempo.

«Coca-Cola para todos y algo de comer...».

«Coca-Cola para todos...».

«Y algo de comer...».

Las palabras se distanciaron cada vez más unas de otras.

La presión del cañón en mi garganta era cada vez menor. Lo que se me antojaron litros de babilla rosada que era incapaz de sorber, se me escurrían por un lado de la boca mientras el antebrazo que sujetaba el arma caía lentamente. El punto de mira me rasgó el paladar en su descenso. Aguanté las arcadas, retiré el cañón de mi boca y aparté lentamente el arma de mi cabeza. Casi lo tenía cuando la vida abandonó definitivamente el cuerpo del barbudo. Los músculos se aflojaron. La cabeza del exleñador giró de medio lado y el corpachón se inclinó sobre la puerta del conductor.

Para explicar lo que ocurrió a continuación no había que estudiar física. Mucho tiempo después, contando la anécdota de cómo perdí parte de la oreja derecha, diría esto mismo, exponiendo como el peso muerto del hombre de casi dos metros, tiró en dirección contraria al arma accionando el gatillo y liberando el muelle del martillo.

También contaría que la detonación fue ensordecedora.

Lo cual era verdad.

Y contaría al oyente de mi anécdota, que la bala, junto con los restos de mi oreja, debieron perderse al salir por la ventanilla, en algún lugar de Cáceres cerca de la carretera de Extremadura.

Lo cual, también era verdad.

Luego, como en toda anécdota que se precie, mezclaría realidad y alguna mentira piadosa. Contaría que, con el intenso pitido todavía metido en el oído, solté el antebrazo del muerto.

Verdad.

Que la pistola cayó a mis pies sin producirse ningún otro disparo.

Verdad.

Y que me quedé con media oreja menos encarando al muerto que me observaba desde el más allá con los ojos abiertos de par en par.

Verdad.

Y que le dije:

«No me mires así, joder, yo también me he asustado».

Esa sería la mentira piadosa, no fue exactamente así. Solo lo pensé, no lo dije.

Que instantes después estuviese fuera del coche vomitando, nunca sería

parte de la historia. Y que al terminar de vaciar mi estómago de bilis, me quedase con uno de los incisivos superiores suelto en la boca, tampoco.

60

En la vida todo se paga.

En prisión es lo mismo, solo que los precios siempre son demasiado altos.

La botella de *whisky* barato te va a costar un encuentro sexual esa misma noche con tu compañera de celda. La otra, con su bamboleo de nuez, te dice a la que te da el *whisky* que estés tranquila, que está operada, que si no, de qué iba a estar ella en una cárcel de mujeres. Entonces, agarras la botella, asientes como si te importase lo que te está diciendo y la escondes entre el somier y el colchón.

El juego de tres cuchillas de afeitar, supuestamente para depilarte las piernas, las cambiaste por un paquete de tabaco. Y el papel y bolígrafo, lo has conseguido a cambio de un par de cuchillas.

De sobra; para lo que tienes pensado solo vas a necesitar una.

Es la hora de la siesta, y mientras escribes las notas, te trajinas la botella de *whisky*.

A mi hermano Toni:

Sé que durante algún tiempo estarás cabreado conmigo, pero que llegado el momento del funeral, la incineración o lo que sea que hagan con mi cuerpo, serás capaz de hacer algún chiste malo de los tuyos. Al menos, eso espero. También sé que durante toda tu vida has intentado cuidar de mí. No te lo he puesto fácil, eso también lo sé, y más con tu miedo a la sangre y todo eso. No tengas ningún pesar, hermano. Sé que lo has intentado, pero no quiero que mi mierda te arrastre conmigo. No sé si esto hará que los problemas en los que te he metido terminen, pero estoy segura que si yo me marchó, será difícil que puedan chantajearte.

No me tengas en cuenta lo que estoy a punto de hacer, creo que es lo mejor.

Considéralo un acto de amor incondicional entre hermanos.

Te quiere,

Vega.

P.D.: Ve al cementerio y diles a papá y mamá Tote que pronto estaré con ellos.

Al policía hortera con olor a pachuli que vino a verme esta mañana (no recuerdo su nombre):

Me dio un día para que tomara una decisión. Me han sobrado dieciocho horas.

Jódete, cabrón.

Tu compañera de celda ronca. Te acabas la botella, dejas en el suelo las dos notas para que no se manchen y rasgas el plástico de la cuchilla de afeitar. Extraes la afilada hoja y, tras recostarte en el colchón repleto de bultos, te cortas las venas de ambas muñecas.

61

Las vecinas arpías no estaban en la piscina. «Mejor», pensó Sady Pineda. El follaje de las arizónicas que separaba ambas parcelas eran lo suficientemente espeso como para que no se viese lo que estaba haciendo; pero saber que ni ellas ni sus pezones duros estaban del otro lado lo tranquilizaba.

Hizo una parada y se apoyó en el mango de la pala. Llevaba tatuado en la espalda la imagen del Cristo Rey de Calí. El sudor envolvió la réplica en tinta del monumento bajo un manto de lluvia. Sentía la pierna izquierda entumecida por el golpe que le propinó el gigante con la escayola, y la garganta le ardía como si tragara puñados de arena; la sentía, pensaba él, como la debió sentir Jesús en el desierto de Judea. Esta idea lo reconfortó y le insufló ánimo para seguir cavando la fosa en el jardín.

Abandonó Ascuas a primera hora de la mañana, y llegó a casa a eso de las tres de la tarde. Aparcó la furgoneta amarilla de control de plagas dentro de la parcela y, tras tragar con dificultad unos antiinflamatorios que pasó con un vaso de zumo de tomate, se dirigió al cobertizo en busca de la pala.

La perra Linda había dado a luz durante la noche, y tal y como le dijo el veterinario, solo traía una cría. Un macho para ser exactos. El cachorrillo mamaba con fruición mientras Linda lo lamía limpiándole los restos de sangre. Del cordón y la placenta, ni rastro. La madre debió comérselos tras el alumbramiento. Sady Pineda fue a por la pala sin dejar de mirar a Linda y a su cachorro. Pensó que no podía haber nada más hermoso en el mundo. Sin soltar la pala, apartó al cachorro y lo observó colgando del pellejo del cuello. La perra hizo amago de levantarse, pero le temblaron las piernas, aún estaba débil por el parto.

—Tranquila, Linda..., tranquila. Enseguida estoy contigo, mi amor.

Mientras miraba con ternura al animal recordó la promesa.

La perra se había escapado solo una vez de casa. Estaba en celo y cuando volvió, lo hizo preñada. Sady le prometió al animal que cuidaría de ella hasta que diese a luz.

Se lo dijo entre caricias y lametazos.

Miró al cachorro medio minuto más con una sonrisa boba en la cara y lo depositó en el suelo a metro y medio de la madre. Sin apenas transición entre un movimiento y otro, alzó la pala y le partió el cráneo a la perra de un solo golpe. Una de las patas y el rabo se movieron espasmódicos durante apenas unos segundos.

—Porque el cuerpo no es para la inmoralidad sexual sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo —dijo Sady Pineda recitando de memoria a los Corintios.

Después cogió al cachorro y la pala y salió del cobertizo.

A las cinco de la tarde, el cadáver del gigante barbudo que se llevó de la casa de Toni en la caja de la furgoneta, y los restos de la perra llamada Linda, se descomponían troceados en un barreño con ácido bajo un metro de tierra, sepultados en su jardín. Entonces fue cuando bajó al laboratorio a preparar un nuevo vial; tras dejar al cachorro dormido y acurrucado en un paño de cocina.

Quería estar de nuevo en Ascuas cuando cayera la noche.

62

Apoyados en el capó de la furgoneta y apartando moscas. Uno de los Manolos leía. Seguía con el de Martín y sus dragones. De hecho, con el sonido de fondo de un motor acercándose hasta ellos, pasó la última página de la novela. El otro Manolo, como no llevaba consigo el periódico con el que solía disimular, observaba el paisaje. El sendero sobre el que se encontraban descendía entre nogales, pinos y encinas, vistas que ofrecían el descenso de los valles del Tajuña y de San Andrés. A unos cuantos metros, en la linde del camino, había una losa oscura. «Camino de Lobo, Romanones», rezaba la inscripción grabada en la piedra.

El que leía dejó el grueso volumen sobre el capó, y como siempre que terminaba un libro, se quedó entre fascinado y soñador. El otro Manolo abrió la boca estropeando el momento.

—¿Qué crees que va a pasar ahora?

—Nos desharemos del cuerpo.

—No digo ahora de ahora... Digo que qué haremos cuando el Colmenero chape el negocio, ¿entiendes? Porque lo de decir a la gente que ya no se le va a servir más, no sé, entiendo que van por ahí los tiros. ¿Qué vamos a hacer...? Bueno, ¿tú qué tienes pensado?

—Tengo algo ahorrado. Había pensado en algo tranquilo. Lo mismo, Manolo, monto una librería. ¿Y tú?

—Ni puta idea, Manolo. No lo había pensado —dijo alejando un par de moscas con la mano—. Podría trabajar para ti, ya sabes, vigilando que nadie te mangué los libros. Me da igual simular que leo el periódico o un tocho de los tuyos.

—Sí, y a lo mejor terminas leyéndote una novela y todo.

Se rió con ganas cuando el morro de la berlina asomó camino arriba. El otro Manolo no, de hecho no tenía ni pajolera idea de qué le hacía a su tocayo tanta gracia.

—No sé leer.

—¿Qué?

—Que no sé leer.

Entonces la sonrisa se esfumó de su rostro y le puso una mano en el hombro.

—Perdona, Manolo. No lo sabía. Puedo enseñarte si...

Dejó la frase en suspenso cuando el motor de la berlina se apagó y se bajaron Vito y el Colmenero.

—¿Os ha visto alguien? —dijo el Colmenero. Tiró de los pantalones negros hacia abajo para cubrir unas canillas enclenques embutidas en unos calcetines deportivos blancos con una raya azul y otra roja.

—No —contestó Manolo.

—Bien. ¡Vito! —dijo incorporándose.

—Mande.

—Enséñales a Sara Montiel.

Entonces, Vito, que llevaba el brazo estirado en paralelo a la pierna, levantó la recortada y disparó a Manolo en el pecho. El cuerpo del que no sabía leer se dobló en dos y saltó catapultado hacia atrás. El otro Manolo se llevó la mano a la sobaquera intentando extraer su Glock de siempre, pero Sara Montiel y sus ojos negros ya estaban mirando en su dirección. Tras la detonación, fue a parar al lado del otro Manolo.

Su rostro, como al terminar una buena novela, entre fascinado y soñador. En la losa oscura, bajo la palabra «Lobo», un pequeño pedazo de carne de uno de los Manolos resbalando piedra abajo.

El Colmenero abrió por segunda vez en el día la caja de la furgoneta. Ayudó a Vito a meter dentro a los Manolos, volcaron parte de un bidón de gasolina que llevaban en el maletero de la berlina y cerró dando un portazo. El resto del combustible lo vertieron en el habitáculo de la furgoneta y le prendieron fuego.

Se alejó espantando a unas cuantas moscas que se habían escapado de la quema con la palma de su mano, y se largaron de allí. Dentro de la berlina y

con el tufo a gasolina pegado a la nariz, se acarició la barba de chivo y se pasó la mano por la calva.

Todo a la vez.

Parecía un simio que pensase en sus cosas.

63

El médico de la prisión, un tipo con media barba, lamparones en el cuello de la camisa y una bata tres o cuatros tonos por debajo del blanco reglamentario en su oficio, le dejó leer las dos notas. Estaban en fundas de plástico para preservar las huellas. El «Jódete, cabrón», que iba dirigido a él, lo releyó en tres ocasiones. El médico se levantó de su silla, guardó las notas en un maletín y se levantó.

—Debo entregar esto a los de la Judicial —dijo señalando la puerta de su despacho invitando a Rocha a salir—. Ahora, si no le importa.

Rocha no se movió. Continuó encorvado con las dos palmas apoyadas sobre la mesa como si todavía tuviese las notas delante. Los puños franceses de su camisa violeta ligeramente arremangados. El cinturón de cuero marrón, a juego con sus mocasines de Emidio Tucci, y la raya de sus pantalones azul celeste afilada como las cuchillas que había utilizado Vega Trinidad.

Sin mirar al médico, dijo:

—¿Ha muerto?

—No sabría decirle, es probable. Cuando la encontramos había perdido mucha sangre. Entiendo que al policía al que hace referencia es usted.

Rocha asintió con la cabeza.

—¿Podríamos llegar a un acuerdo? De colega a colega. Estamos en el mismo bando, ¿no?

—No sé si le entiendo —dijo el médico, que a juzgar por el rictus de autosuficiencia en su rostro, lo entendía perfectamente.

Rocha se giró. Tenía las orejas como dos carbones incandescentes debido al bochorno que le provocaba aquella situación.

—Necesito que esa nota desaparezca.

—Ahora sí lo entiendo. Pero eso tiene un precio.

Y Rocha descubrió al igual que Vega, que en prisión, todo es mucho más caro. El precio que propuso el médico fue de seis mil euros, «Precio de amigo», dijo, «De colega a colega. Y tiene que ser... en digamos un par de horas máximo. Ya le he dicho que me esperan los de la Judicial».

El rojo de la orejas se extendió por toda la cara de Rocha. Un grito incontrolado de rabia salió de boca del policía. Cogió en volandas al médico y lo arrojó contra el canto de la mesa quebrando su columna vertebral.

Cuando la ensoñación desapareció, el médico todavía aguardaba una respuesta enarcando una ceja.

—Métase la nota donde le quepa.

Y Rocha se marchó camino del aparcamiento ante el encogimiento de hombros y la mirada indiferente del médico.

Sabía que su carrera policial en los GRECOS había terminado.

64

Una vez recuperado, me enrollé la camiseta de *Star Wars* alrededor de la cabeza a modo de turbante. Giré el espejo interior y le eché un vistazo al resultado.

«Joder, tienes una pinta cojonuda», me dije.

El morado de los ojos había bajado en intensidad, pero lejos de desaparecer, se extendía hacia los pómulos tomando una coloración entre verdosa y amarillenta. La oreja, oculta por el turbante, no me atreví a mirármela por si sangraba todavía. El dolor era lacerante y oscilaba de doloroso a insoportable en pulsaciones más o menos regulares que escuchaba en mi cabeza como el tictac de un reloj. La encía también me dolía lo suyo. Sonreí con los dientes al aire ante el espejo, y donde debía estar el incisivo superior derecho había un agujero por donde entraría sin dificultad un purito del número siete.

—¡Cuñaaaaaaao! —intenté imitar la voz de un tipo con aspecto de borrachín que había visto haciendo *zapping* en la televisión.

Me pasé la lengua por la encía y el ramalazo fue tan intenso que cerré la boca unos segundos frunciendo el ceño. Se me quitaron de un plumazo las ganas de seguir haciendo el imbécil y levanté la mano izquierda con el dedo corazón entablillado.

—Jódete, por gracioso —dije al espejo.

—¿Ya has pasado la ITV? —pregunté.

—Sí, chapa y pintura nada más.

—Bien, pues vamos al lío.

Me bajé del coche. La piel, allí donde terminaba el corte de la camisa, de un blanco nuclear, fondón y con los pechos moviéndose ligeramente al andar,

me acerqué al pinar a orinar. Y mientras regaba el tronco de un pino ideé un plan, que no era un buen plan en absoluto, pero que a falta de uno mejor, decidí que lo mismo hasta yo era capaz de llevarlo a cabo.

Me subí la cremallera y volví hasta el coche.

No se me escapó que intentar meter el cadáver del gigante en el maletero del Mercedes iba a resultar harto complicado. Además, mi estupendo plan incluía hacerlo con los ojos vendados. El hombre del Colmenero estaba empapado en sangre debido al agujero de bala que se lo había llevado por delante y lo último que quería era perder el conocimiento abrazado a un cadáver. Pasado el mediodía, el tráfico de la autopista ya no estaba en su hora punta y con el coche aparcado en el lado más alejado del área de servicio, pensé que tendría una oportunidad de hacerlo sin que nadie lo viese.

«Al lío», me dije.

Era un plan sencillo.

Comprobaría que había hueco en el maletero, tiraría del cuerpo hasta sacarlo del coche y lo arrastraría hasta allí.

«Es un plan sencillo, tú puedes, campeón», me dije.

Abrí el maletero y vi la bolsa que a punto estuve de entregarles a aquellos hombres del arenal cuando se produjo el tiroteo. Dejé de especular sobre lo que habría dentro cuando la abrí. No era muy bueno echando las cuentas a ojo, pero aquella bolsa de deporte debía contener cerca de ciento cincuenta mil euros.

Agarré la bolsa y, sin mirar una sola vez dentro del coche, la metí por la ventanilla, dejándola caer en los asientos de atrás. Volví al maletero y aparte de un viejo paraguas plegable, no había nada más. El cuerpo del hombre tenía que entrar, pensé.

Entonces tomé aire y lo expulsé como el deportista que se dispone a competir en una carrera de obstáculos. Me bajé la camiseta/turbante hasta cubrirme los ojos, y como el loco que sin lugar a dudas parecía, me acerqué hasta la puerta del conductor tanteando el coche con las manos. Tiré de la manija y abrí la puerta. Antes de agarrar el cuerpo del Maquénroe, me bajé un poco más la camiseta cubriéndome la nariz. El olor metálico de la sangre me revolvió el estómago.

Tirar del cuerpo, sacarlo del coche y arrastrarlo de los brazos hasta el maletero fue relativamente fácil. Me imaginaba la escena como lo que era,

surrealista. Mientras intentaba sin éxito meter el cuerpo en el maletero, también me imaginé a un par de coches de la Guardia Civil aparcados a una veintena de metros y a cuatro agentes sentados en el capó partiéndose el culo de mí antes de colocarme las esposas.

«Eso no va a ocurrir, céntrate», me dije.

La camiseta se me escurrió debido al sudor convirtiéndose en una especie de bufanda a lo bandido del lejano oeste. Mantuve los ojos cerrados hasta que conseguí meter el cuerpo en el maletero. No podía cerrarlo. Tanteé a ciegas. Una de las piernas había quedado fuera. Le doblé la rodilla aplicando más fuerza de lo que pensaba, preguntándome si se debía a la musculatura del hombre o si es que había comenzado ya la rigidez *post mortem*.

«Qué más dará», me dije. «La cuestión es que cuesta un huevo. Hala, ya está».

Cerré el maletero y, como lo tenía todo previsto, tanteé de nuevo hasta la puerta del conductor. Me agaché palpando las alfombrillas de los asientos delanteros. Coloqué una sobre el asiento del conductor y otra en el respaldo. No quería pringarme de sangre y quedarme inconsciente mientras conducía de vuelta y salirme de la carretera. Se mire como se mire, después de lo ocurrido, habría sido una forma de morir de lo más estúpida.

Me dejé caer tras el volante y abrí los ojos.

No había ningún coche de la Guardia Civil.

Me acomodé la camiseta de nuevo a modo de turbante tapando la oreja derecha, cerré la puerta, puse el motor en marcha, reulé una docena de metros, metí primera y abandoné el área de descanso.

Todavía con el sofocón en el cuerpo, abrí la ventanilla para que corriera el aire. La mezcla de sudor con la mugre de la alfombrilla, me picaba en la espalda como hormigas enloquecidas. Y las heridas de todo el cuerpo pugnaban por llamar mi atención. Me imaginé a mí mismo dentro de mi cabeza, un ser diminuto sentado ante el complejo sistema que gobernaba mi cuerpo como si de un avión se tratase. ¿Lo había visto en alguna película? Fácil que así fuera. La cuestión es que imaginaba una sucesión de pitidos y pilotos encendidos. *Mayday, mayday, mayday...*

«Ni *mayday* ni Cristo que lo fundó», me dije.

Me vi a mí mismo bajando los automáticos y dejando todos los controles a oscuras.

«Si no puedes volar, planea».

Y con las pulsaciones algo más bajas y el aire refrescando mi cuerpo, mi cabeza se olvidó de los dolores y se centró en lo importante: Una cadena de suposiciones cuyo último eslabón me hizo pisar a fondo el pedal de aceleración y blanqueó mis nudillos estrangulando el volante.

«Aquel tipo ha intentado matarme. Luego..., algo ha cambiado. ¿Qué ha sido? Ni puta idea, no eres tan listo», me dije. «La cosa es que si a mí ha intentado matarme, el trato que hice en el desguace con el Colmenero ya no es válido. Y si el trato ya no es válido, Vega también corre peligro».

Metí la mano en el bolsillo en busca del móvil. Sin batería. Lo dejé caer en el asiento del acompañante y ya no aflojé hasta llegar a Ascuas.

Un centenar de kilómetros más tarde, me di cuenta de que la radio estaba encendida. Apenas la escuchaba. Me pregunté si la detonación me habría dañado los tímpanos. Dejé esa minucia para más tarde y subí el volumen de la radio.

Imposible que así oyera el timbre del teléfono que el cadáver del maletero llevaba en el bolsillo.

Sonó una y otra vez.

Una y otra, y otra, y otra vez...

Luego vería la infinidad de llamadas perdidas, pero en ese momento, a todo trapo, éxitos de los ochenta y los noventa.

Mantuve la emisora hasta entrar en Madrid con la ilusión de que volviesen a pasar una de Mecano.

Al fin y al cabo, me habían salvado la vida.

65

—Mujer, cuarenta años. Herida inciso-punzante. Mucha pérdida de sangre... Oxígeno, ¡ya! Compresión, no suelte.

(Pitido de constantes vitales en línea).

—Entra en parada. La perdemos, doctor, la perdemos.

—Epinefrina, dos miligramos. Mierda, no reacciona. ¡Desfibrilador! Tres, dos, uno.

(Ruido de descarga).

—Tres, dos, uno.

(Ruido de descarga)...

Entonces, en lo mejor del capítulo que pasaban por televisión, sonó el timbre del teléfono. Instintivamente, la mujer miró el cochecito.

Lo primero que pensó:

«Ojalá no me haya despertado al niño».

Lo segundo que pasó por su mente:

«Que por favor no sea una llamada de la clínica».

A esa hora de la tarde y sin apenas tiempo de maniobra, no podría dejar al bebé con nadie. No era la primera vez que alguien del turno de noche fallaba y la llamaban para cubrir alguna baja, a pesar de tener que entrar por la mañana temprano.

Ya se había excusado en un par de ocasiones. Una más y conocía el paño. No la renovarían. Y necesitaba el dinero.

—¿Sí?

...

Y cuando colgó lo hizo con una sonrisa colgada en los labios.

El mismo número de Ascuas. Esta vez, su interlocutor, al contrario de lo

que ocurrió cuando la informó del fallecimiento de su tío el Triste, sí se presentó. El director de la Caja de Ahorros de la localidad, le dio el pésame y luego le explicó la situación en que la dejaba como única heredera la muerte del viejo Berto:

En su cuenta bancaria había un saldo de 7 232,67 euros. El seguro de decesos cubría el sepelio en su totalidad, de manera que aquel dinero le pertenecía.

Esto, según el director, era la noticia menos buena de las dos que tenía que darle. Lo siguiente que dijo, aunque eso no era competencia de él, según le explicó, era que la finca y los terrenos del viejo también pasarían a ser de su propiedad. Dijo que aquello era una excelente noticia. Dijo que tal y como estaba el tema de las herencias en Castilla-La Mancha, podría hacer frente al impuesto de sucesiones, utilizando el dinero de la cuenta del viejo y arrimando solo otros dieciséis mil euros más. Le dijo que no se encontraba exenta por no ser familiar directo, pero que por aquella pequeña cantidad de dinero, podría heredar todos los inmuebles.

Pero ella no disponía de esos dieciséis mil y se lo dijo.

—Oh, bueno.

El director pareció realmente turbado. Ella no podía saber que estaba sentado en el borde de la mesa de su despacho, intentando encestar bolas de papel en la papelera de la esquina y con una sonrisa de oreja a oreja en la cara.

Repitió el «Oh, bueno» y le dijo que era una pena, pero que si le producía mucho quebranto, que a veces, esas cosas pasaban, que si quería, podía renunciar a parte de la herencia y quedarse solo con el dinero de la cuenta. Continuó diciendo —encestando una bola y quedando el brazo en suspensión imitando el gesto de un jugador de baloncesto—, que la había llamado por la amistad que lo unía a su tío y que haría todo lo que estuviese en su mano para ayudarla.

Entonces la sobrina del Triste le dio las gracias, y dijo que se quedaría solo con el dinero.

Palabras de cortesía, un par de pésames y silencio en la línea.

El capítulo que pasaban en televisión había terminado y daban paso a los anuncios. Se preguntaba qué habría sido de Alejandra, la protagonista. Si al final habría sobrevivido a las heridas del accidente. Decidió que le daba

igual, que ya se enteraría en el próximo capítulo.

El bebé comenzó a berrear. Lo sacó del carro, se sentó en el sofá y le puso el pecho acallando el llanto de inmediato.

Los siete mil y pico de su tío el Triste acababan de solucionarle el alquiler de un año.

Y el director del banco, que seguía encestando bolas de papel en su despacho, hablaba con el señor Valdenegro por teléfono. En ese preciso instante le decía:

—... Y va la imbécil y me dice que se queda con el dinero, como si se tratase de un concurso de televisión...

Valdenegro se carcajeó con ganas delante de la cristalera de la sala de juntas.

El director también se reía lo suyo tras lanzar una bola que se negó a entrar tras golpear en el borde de la papelera.

Y la sobrina del Triste amamantaba a su hijo con la sonrisa de alguien al que le ha tocado la lotería.

¿Todos felices?

Unos, más que otros, pero sí, todos felices.

66

Improvisó sobre la marcha.

El bar La Colmena había ardidido hasta los cimientos. Trejo no respondía a ninguna de sus llamadas y Rocha no respondía a ninguna de las llamadas de Ruipérez. El comisario ya debía haberse enterado de lo de Vega Trinidad, pensó mientras conducía en paralelo a la base aérea de Cuatro Vientos. Fácil es que los de la judicial lo hayan informado de la nota. Había presionado a una imputada por tráfico de estupefacientes, empujándola al suicidio.

Si no estaba suspendido de empleo y sueldo a aquella hora, era porque no le cogía las llamadas a su superior. Estaba convencido de ello.

Pero le quedaba un as en la manga, o al menos eso pensó Rocha.

La señal de la baliza que colocaron la tarde anterior en el Mercedes había entrado, hacía una hora, en la provincia de Toledo, y en lugar de informar a su superior, tal y como este le ordenó, organizó un operativo para interceptar el alijo a su paso por las afueras de Madrid.

Improvisaba sobre la marcha.

Y avisó a la prensa.

Si lo conseguía repercusión mediática, quizá podría salvar su pellejo. ¿Suspenderían de empleo y sueldo a un inspector que había incautado un importante alijo frente a las cámaras de televisión?

Pensaba que no.

Luego, tras la detención del hombre del Colmenero y de Toni Trinidad, la idea era que uno de los dos se derrumbase y cantase, así podría detener al Colmenero y con ello salvar su pellejo.

A pesar de haberlo improvisado sobre la marcha, le parecía un buen plan.

El tráfico de la nacional fue desviado por la vía de servicio que daba

acceso a los polígonos industriales que bordeaban la carretera de Extremadura en la periferia de Madrid. Rocha se detuvo detrás de los coches patrulla. Tenían los prioritarios encendidos. Sacó unas gafas de sol de la guantera, se las colocó, se miró en el espejo, asintió complacido y se bajó del coche. Del maletero cogió un chaleco azul con la palabra UDYCO escrita tanto en el pecho como en la espalda en letras amarillas.

Un policía. Del equipo de operaciones. Guantes, el arma al muslo y el pantalón táctico por dentro de las botas.

—Hemos esperado tal y como nos dijo.

—¿Y los de la prensa?

—Allí —le contestó pasándole un megáfono al inspector.

El policía de operaciones que se había acercado señalaba hacia un lugar tras los quitamiedos. Varias cámaras de televisión emitían en directo para los informativos de la tarde.

«Bien», se dijo Rocha para sí mismo, «que comience el espectáculo».

Y lo que las cámaras emitirían por televisión, fue la patética imagen de un hombre que, al rebasar el control, se encontró con un Seat Panda en cuyo interior una nube blanquecina imposibilitaba ver con claridad quién estaba dentro. El inspector, bajo el foco de los medios, comenzó a gritar que dónde estaba el Mercedes. Se giró en redondo en busca de una respuesta. Los policías que guardaban silencio a la espera de instrucciones se encogieron de hombros o se miraron sus botas.

«Vale, tranquilízate», se dijo. «Lo mismo cambiaron de coche, improvisa».

Se llevó el megáfono a la boca.

—¡Salga! ¡Espacio! ¡Las manos donde pueda verlas!

La puerta del Panda se abrió dejando escapar zarcillos de humo que lamían perezosos parte del techo del coche antes de disiparse en el aire. De entre la cortina de niebla apareció un joven con rastas, que a juzgar por los ojos y los andares, iba fumado, acompañado de un raquítico perro con la lengua colgada de medio lado y que también se tambaleaba al andar. El hombre levantó las manos con una sonrisa enmarcada en la cara, como si todo aquello le resultase la mar de gracioso.

—¿Y la droga?

Rocha volvió a utilizar el megáfono a pesar de que el hombre de las rastas

se encontraba a una docena escasa de metros. El joven, sin perder la sonrisa, señaló en dirección al coche.

Rocha hizo una señal a sus hombres. Un par de ellos tumbaron al joven boca abajo sobre el asfalto y le esposaron las manos a la espalda. El perro se tumbó al lado, como si toda aquella historia fuese de lo más normal. El resto de policías, tras revisar el vehículo, se acercaron hasta la posición de Rocha.

Uno de ellos llevaba la baliza de seguimiento en una mano y en la otra, un táper con lo que parecían seis o siete cogollos de marihuana. Le dio la tartera a Rocha y se alejó de allí. El perro, que yacía junto a su amo, se levantó al ver el táper, se sentó frente al inspector, y movió el rabo levantando la pata. El animal sabía que así se pedían las cosas.

Ninguna ensoñación se instaló en el imaginario de Rocha. No se vio a sí mismo golpeando a nadie ni disparando ni destrozando el mobiliario urbano.

Aquello, sencillamente, no tenía solución.

Se quedó bloqueado, su mandíbula se abría y cerraba intentando articular palabra, pero ningún sonido salía de su boca.

Las cámaras grabaron un buen primer plano.

Aquella imagen dio la vuelta al mundo.

Trending topic en redes sociales. Memes, *gifs* y gilipolleces varias.

Y en el mundillo policial, muchos meses después, en cenas, reuniones de trabajo y eventos de diversa índole, sería objeto de chistes y chascarrillos.

67

Antes de incorporarme a la M-45, una de las grandes carreteras que circunvalan la capital, un control policial me obligó a salirme por la vía de servicio. A pesar de tener un par de carriles, los coches aflojaron la marcha frenando cada pocos metros para mirar el sarao que la policía tenía montado en la autovía.

Hice lo propio al llegar a la altura de las cámaras de televisión. Pisé ligeramente el pedal del freno, apagué la radio y estiré el cuello. Solo pude ver cómo dos policías uniformados se llevaban detenido a un joven con trenzas en la cabeza. Un perro despeluchado los seguía meneando el rabo, mientras otro policía —uno de paisano con pantalones granate y un chaleco con letras fosforitas— los veía alejarse desde el centro de la calzada. Tenía algo en las manos, pero desde mi posición, no atiné a saber de qué se trataba.

Algo más adelante, la circulación retomaba la normalidad, y un par de desvíos más tarde, cogí la salida de la M-45. Y como había quitado la radio al pasar por el control policial, mientras adelantaba por la izquierda sin bajar de ciento cincuenta, oí de fondo la melodía de un teléfono móvil que venía del maletero.

Pisé el freno pegando un bandazo y, haciendo chirriar las gomas sobre el asfalto, detuve el Mercedes en el arcén. Me bajé del vehículo y me acoplé de nuevo la camiseta que hacía las veces de turbante sobre los ojos. Abrí el capó, lo justo para que cupiese medio cuerpo y me incliné sobre el cadáver en busca del teléfono.

Lo tenía en uno de los bolsillos del pantalón. Suspiré de alivio. No tuve que mancharme las manos de sangre. Así que después de hacerme con el móvil, cerré el capó y me volví a colocar la camiseta cubriéndome la oreja derecha. Me senté de nuevo en las alfombrillas que me estaban dejando la

espalda en carne viva y me incorporé a la circulación. A los dos minutos, el corazón me dio un vuelco cuando un coche de la Guardia Civil de Tráfico puso los rotativos y encendió la sirena.

Puse el intermitente para salir de la carretera cuando me percaté de que me ignoraban completamente, me adelantaban y se perdían carretera adelante.

El teléfono sonó de nuevo cuando encarrilaba la A-2 dirección Guadalajara. Descolgué y conecté el altavoz.

—¿Qué cojones ocurre que no coges el teléfono?

Era el Colmenero. Sentí como se me erizaban los pelos de la nuca.

¿Miedo?

No, era otra cosa, algo que creía olvidado.

Como la sensación de volver a ver a un viejo conocido en la puerta de casa. Algo ha cambiado, pero sabes que es él.

Y con una voz que no reconocí como mía, le contesté:

—El barbas no te cogía el teléfono porque está muerto en el maletero del coche, y como le hayas hecho algo a mi hermana, te mato a ti también.

68

Más de un conductor se quedó mirando al tipo del Mercedes. Una de ellos, una mujer mayor, con unas gruesas gafas de concha y con el pecho pegado al volante, llamó al 112.

—Hola.

—Hola, 112. Emergencias. ¿Qué ocurre?

—Mire, estaba por la carretera camino de casa de Enriqueta...

—Un segundo, le paso con la Guardia Civil.

—Hola, buenas tardes.

—Buenas tardes. Me han pasado con ustedes. Le decía a su compañera que iba por la carretera y he visto...

—Un momento, señora, no cuelgue. Se han debido confundir. Le paso con Tráfico.

—Buenas tardes.

—Buenas.

—Guardia Civil de Tráfico. Dígame qué le ocurre.

—A mí, nada. Llamaba porque he visto algo raro en la carretera.

—¿A qué altura se encuentra?

—¿Yo o lo que he visto?

—Lo que ha visto.

—No sabría decirle. Antes de pasar bajo el puente de las vías del tren. Me ha parecido raro, por eso llamo.

—¿Qué vía?

—La del tren.

—Pregunto, ¿por qué vía circula usted, señora?

—Ah, pues no sé. Yo vivo en Móstoles y Enriqueta en San Fernando de Henares.

—¿La M-45 puede ser?

—Puede ser.

—Bien, la escucho. Cuénteme qué ha visto.

—Un hombre, alto, con la piel muy pálida, no gordo, pero fondón, pasado de peso, vaya, iba sin camiseta y con una especie de venda en los ojos. Llevaba la mano entablillada, como haciendo..., ya sabe, la señal del pajarito.

—La señal del pajarito, entiendo.

—Sí, eso es. Luego he visto como metía medio cuerpo en el maletero, como buscando algo...

—Como buscando algo. ¿La camiseta, quizá?

—Pues no sabría decirle, yo juraría que la camiseta era lo que llevaba enrollado en la cabeza... Ah, y otra cosa, tenía el cuello y la espalda así como con churretes de sangre.

—Como con churretes, tomo nota. ¿Qué coche era?

—Uno grande. Moderno, ya sabe, como los de ahora.

—Y... ¿no habrá visto la matrícula?

—No me da la vista para tanto, joven. Una ya tiene su edad.

—Vale..., esto..., señora, usted, ¿por dónde circula ahora?

—Cogiendo el desvío de San Fernando.

—Muy bien, pues cuando salga de la autovía, se orilla usted a un ladito, pone las luces de emergencias, y espera dentro del coche, que en cinco minutos están allí mis compañeros y así les cuenta usted todo lo que me ha dicho a mí.

—Oh, muchas gracias, así da gusto. Hay mucho loco suelto por ahí.

—Mucho, mucho. No lo sabe usted bien. Buenas tardes, señora.

Con las mismas, el sargento de guardia dio aviso a una de las patrullas de Tráfico que circulaban por la zona. Les dijo que se acercasen.

—Posible conductora de edad avanzada en estado ebrio o enajenada. Informen cuando se encuentren en el punto.

69

Resoplidos y ronquidos varios.

A diferencia del pabellón de las chicas, el de los críos no tenía las taquillas dispuestas separando las camas. Cero de intimidad, por lo que Toni aguardó con los ojos abiertos cerca de un par de horas después de la última ronda del Avellano. El tenedor en sus manos entrelazadas a la altura del pecho. Hacía tiempo que había dejado de sentir el frío metal en su piel, dando paso a una sensación de peso que le adormecía los dedos.

Se levantó y llegó al final de la sala andando de puntillas. La pesada puerta de madera crujió al abrirla. Esperó unos segundos antes de salir a la escalera y a la tenue luz que llegaba desde el distribuidor. Dejó la puerta tal y como estaba y, sin agarrarse a la baranda, bajó los escalones de uno en uno con los pies descalzos.

No se preguntó qué ocurriría si lo descubrían. No se preguntó qué pasaría si se encontraba cerrada la puerta del Avellano. Y es que, en realidad, tampoco sabía con exactitud qué es lo que se proponía hacer. Su plan no abarcaba más que acercarse al celador jefe, ponerle el tenedor en el cuello y decirle, con cara de malo que te cagas, que si volvía a acercarse a su hermana, lo mataba.

Pensaba que si ponía cara de loco y un gesto lo suficientemente grave, el Avellano se lo tomaría en serio y la dejaría en paz.

La puerta del celador cedió ante la presión. No estaba echada la llave. La luz de la luna entraba por el ventanal, pintando la habitación de un azul desvaído. Toni veía lo suficiente, de manera que se acercó al bulto enroscado entre la ropa de cama. Yacía boca arriba con un brazo bajo la almohada y el otro perdido entre las sábanas.

Durante dos minutos que a Toni le parecieron una vida, dudó. Cambió el peso de un pie a otro y le entraron unas terribles ganas de orinar. Luego se acordó de Vega y de su vendaje ahí abajo, y una nueva descarga eléctrica recorrió su cuerpo. La carne de gallina y el vello de la nuca erizado.

¿Miedo?

No.

Le colocó el tenedor a un lado del cuello y encendió la luz de la lamparilla de la mesita de noche.

La idea era despertarlo aumentando un poco más la presión. Enarcó las cejas y apretó los labios para que el Avellano viese que la cosa iba en serio.

Lo que Toni no se esperaba es que cuando el celador sintió el tenedor en la garganta, se despertó dando un grito y se incorporó, sentándose en la cama, con la rapidez de un latigazo.

Miró a Toni extrañado, y cuando intentó decir algo, borbotones de sangre salieron de su boca. Resbalaron por la barbilla y fueron a parar sobre las sábanas que todavía tenía enroscadas a la cintura. Tanteó en busca de aquello que le causaba tanto dolor y le impedía respirar. Palpó el tenedor. Apenas sobresalían dos o tres centímetros del mango. Tiró del cubierto asiéndolo con las dos manos y un chorro a presión salió de la carótida empapando en sangre a Toni Trinidad.

Observó al niño ladeando la cabeza unos segundos y cayó desplomado por el lateral de la cama. Apenas unos estertores y después el silencio.

Toni no sintió nada. Ni miedo ni asco ni remordimientos. Nada. La sensación de la piel desapareció dando paso a un ligero temblor en una de sus piernas. Cuando el tembleque cesó, recogió el tenedor, se dio media vuelta y deshizo el camino por el que había llegado.

Por la mañana, lo encontraron en su cama con los ojos abiertos y en estado de *shock*. Se había orinado encima. Sabían que había sido él. Todavía tenía el tenedor entre sus manos y todo el cuerpo cubierto de costrones de sangre seca. Cuando hallaron el cadáver del Avellano no tuvieron más que seguir el sendero marcado por las pisadas rojas.

70

—Ya te he dicho que hasta donde yo sé, tu hermana está bien. Que dices que el psicópata ese que llevas en el maletero ha intentado matarte, me lo creo, pero no ha sido cosa mía —mintió el Colmenero con el móvil rosa palo pegado a la oreja—. Algo le habrás hecho, quizás roncabas demasiado alto cuando dormías, yo que sé. Te di mi palabra la otra noche en el desguace, y yo mi palabra la cumplo. La cuestión es que me gustaría poder olvidarme de tanto Trinidad, así que escucha lo que voy a proponerte —dijo acariciándose la barbita y con la vista en la lejana vía del tren—: Tú tienes una bolsa que me pertenece. Me la vas a dar, digamos..., mañana a las cinco de la tarde en el desguace. Te vas a deshacer del coche que llevas y del paquete del maletero, ese pasa a ser a partir de ahora problema tuyo. ¿Lo has entendido? —escuchó la respuesta de Toni al otro lado de la línea y continuó—. Bien. Pues si haces todo esto que te digo prometo olvidarme de los hermanos Trinidad para siempre. ¿Qué? —El Colmenero asintió mientras escuchaba—. De acuerdo, puedes volver a tu casa.

Colgó.

—El problema de la gente muchas veces —dijo el Colmenero—, es que no saben con quién están hablando. No va y me dice que si le ha ocurrido algo a su hermana, me mata.

A Vito, acostumbrado a las disquisiciones filosóficas de su jefe, aquello, al igual que sus llamadas telefónicas, le entraba por un oído y le salían por el otro. Solo tenía ojos para los dos chavales que les esperaban sentados un poco más allá. De todas formas le contestó para que su jefe no se sintiese ignorado.

—No puede saber lo del Gitano.

—No debería, pero ya no sé qué pensar. El dinero que le envié al Gitano, lo devolvió con el cuerpo de Cejónidas. Esa zorra está a salvo, de momento.

—De momento —repitió Vito como si le estuviera prestando atención.

Caminaban por el solar abandonado, paralelo a las vías del tren, en dirección al viejo apeadero. Un lugar donde antes se cargaban y descargaban toneladas de mercancías, pero que, tras la crisis, se había convertido en un cementerio de vagones oxidados.

—En realidad da igual lo que sabe o deja de saber —insistió el Colmenero—. Lo que importa es que ese tonto de Toni Trinidad crea que puede hacer algo. Y no es que me preocupe, pero mejor no darle la oportunidad. Los tontos pueden llegar a ser muy ingeniosos. Y por cierto, el Maquénroe ha muerto.

Vito dejó de contestar para pasar a asentir con la cabeza. Estaba concentrado en lo que tenía que hacer a continuación.

«Hablando de los Maquénroe», pensó. Cogió de nuevo el teléfono y marcó el número del hermano. Llevaba tiempo sin contestar a sus llamadas. No pensaba decirle que abandonase la casa de Toni, le diría que terminase con él y le trajese el dinero de vuelta.

Apagado o fuera de cobertura.

El Colmenero no tenía forma de saber que el Maquénroe moreno estaba enterrado junto a una perra que respondía al nombre de Linda en el jardín de un tipo llamado Sady Pineda.

Guardó el terminal en el bolsillo.

Ya casi había llegado a la altura de los chavales. El Colmenero se olvidó del Maquénroe moreno y siguió cavilando sobre el asunto. Algo en el tono de voz de Toni le dejó el regusto amargo de las dudas. Algo había cambiado en aquel tipo grandote con aspecto de bobalicón. Llegando a las vías del tren, dejó aparcado el tema de momento y se centró en los dos chavales.

El Botas y Cucuyé estaban sentados sobre cajas vacías de botellines frente a un vagón de mercancías cuya puerta corredera había desaparecido. Tomaban cerveza en latas de medio litro y fumaban un cigarrillo a medias. Estaban uno junto al otro, y como todavía tenían el respeto inoculado en el cuerpo, hicieron amago de levantarse.

—Quedaos sentados.

Los muchachos, con deportivas de marca, pantalones cortos, camiseta de tirantes y gorras a medio calar, se quedaron donde estaban y torcieron el cuello mirando con algo de recelo a Vito, que se quedó tras ellos con las manos

a la espalda.

—Voy a cerrar y quería hablaros en persona —dijo sacando un buen fajo de billetes del bolsillo—. Como en toda empresa que se precie, cuando se despide a alguien hay que darles el finiquito. Esto es lo que tengo para vosotros —continuó contando los billetes—. Lo justo por los servicios prestados.

Cucuyé y el Botas miraban el dinero. Hubo un breve silencio en el que solo se oyó el ruido de los billetes al separarse uno a uno. Vito aprovechó para sacarse del bolsillo unos guantes, calárselos, y sacar un cable de acero de la parte de atrás de los pantalones. Se lo pasó por el cuello a los chavales. Al estar sentados tan cerca pensó que mataría dos pájaros de un tiro.

Lenguas fuera y ojos desorbitados.

Vito se dejó caer de culo arrastrando con él a los chavales que, en su último pataleo, derribaron las cajas vacías y las latas de cerveza. Un minuto después, dejaron de moverse. El Colmenero guardó el fajo de billetes y ayudó a Vito a meter los cuerpos en el viejo vagón.

De vuelta al coche retomó el hilo de sus pensamientos donde los había dejado. Al día siguiente había quedado con Toni en el desguace. Le había prometido que si se deshacía del cadáver del Maquénroe y del coche, y le entregaba la bolsa con el dinero, se olvidaría de los hermanos Trinidad para siempre.

Lo cual era una verdad a medias. A Toni pensaba liquidarlo allí mismo, por lo que pasaría a ser olvidado de inmediato. A Vega no tenía modo de echarle la mano encima, pero no le preocupaba demasiado, con el negocio cerrado y él fuera del radar de la policía, ya se ocuparía de esa zorra más adelante.

71

En las afueras, cosechas y cosechas de girasoles se marchitaban lentamente. La Comunidad subvencionaba algún tipo de cultivo todos los años. La pasta era por cultivarlos, no decía nada al respecto de recoger la cosecha. La gente los plantaba, cobraba la subvención y puesto que recogerlo y venderlo no salía a cuenta, dejaba morir toda la plantación. Este año tocaban girasoles.

En fin... La cosa se estaba saliendo de madre en todos los sentidos.

El rocío era una promesa desaparecida hacía tiempo. Bajo las horas más fuertes de sol, Ascuas se retraía a la expectativa. Dentro del pueblo, el asfalto cociéndose a fuego lento. Un gato buscando sombra se cruzó en mi camino al atravesar las calles. Introduje el Mercedes en el desguace, aparqué frente al coche patrulla y eché la cancela. Trípode salió a mi encuentro. Después de los lametazos zalameros de rigor, se acercó al maletero, lo olfateó y orinó en la rueda derecha trasera.

—Tú siempre dando pistas. Anda, ven que te ponga algo de comer.

Le llené el cacharro de pienso y le cambié el agua. Trípode se lio a lo suyo. Me coloqué la camiseta enroscada que me cubría la oreja y me subí a la cabina a encender la compactadora de chatarra.

Después de hablar con el Colmenero tenía muy claro cómo deshacerme del coche y del cuerpo del maletero.

Sabía cómo manejar el equipo. Lo había hecho otras veces.

Levanté el Mercedes y lo encastré entre las paredes de la prensa.

Después de terminar con aquello, iría a casa, conectaría el cargador del móvil y comprobaría la lista de llamadas perdidas. No sabía el horario de la prisión, pero seguro que tenían una hora para llamar. Mi hermana habría intentado ponerse en contacto conmigo, estaba convencido.

El ruido de los hidráulicos y el prensado del coche fueron ensordecedores. Las lunas estallaron, y cuando se liberó el aire de los compresores, sonó como una detonación.

«¡La madre que me parió!», me dije.

Acababa de darme cuenta de que me había dejado dentro del Mercedes el móvil del cadáver y la bolsa con el dinero.

El proceso de prensado tardó cerca de un cuarto de hora. Durante todo ese tiempo lloré de rabia. El Mercedes y lo que una vez fue el cuerpo de un hombre al que le encantaba Meco y un montón de dinero que necesitaba, quedaron reducidos a un cubo de chatarra de uno y medio por uno y medio.

Destellos plateados.

Lo deposité en el suelo con la pluma.

Justo al lado del cubo oxidado que siempre usaba Trípode para echar la meada.

Antes de montarme en el coche patrulla, miré los dos bloques de metal, me sequé las lágrimas, hice visera con las manos y eché un vistazo al cielo. Una sombra oscura trazaba perezosos círculos en el aire. Un buitre. «Otros que siempre andan dando pistas», pensé. Mi espalda, ya de por sí maltrecha por el roce de las alfombrillas durante el viaje, estaba siendo devorada por los mosquitos. Intenté rascarme con la mano buena. Lo dejé por imposible, y arrancando el motor volví a pensar que la cosa se estaba saliendo de madre.

72

Sady Pineda se vio a sí mismo entrando en una farmacia y comprando leche en polvo y un biberón. De vuelta en la furgoneta de control de plagas, preparó el engrudo en agua tibia, agitó la mezcla y le amorró la tetina al cachorro. El animal cabía en la palma de su mano. Enseguida le cogió el truco a la goma y comenzó a chupar. Se cansó pronto, se enroscó entre la mano y el pecho del hombre, dio un respingo y se quedó dormido.

Sady Pineda lo depositó con suavidad entre los pliegues del arrugado paño de cocina que tenía preparado sobre el asiento del acompañante. Un temblor recorrió su cuerpo, casi un espasmo. Lloraba. Observaba al cachorro y pensaba que no podía haber nada más bello. Dios estaba allí, dentro de aquella furgoneta. Podía sentir la epifanía en todos los poros de su piel.

Recuperó un poco el control, se secó las lágrimas con el antebrazo y se incorporó a la circulación. Se llevó la mano al bolsillo del pecho de la camisa. El vial estaba en su sitio. Sacó de la guantera unas gafas de sol, se las colocó y se santiguó invocando a la Santísima Trinidad.

Frente, pecho, hombro derecho y hombro izquierdo.

Tenía dos horas por delante hasta llegar a Ascuas.

Tiempo más que de sobra para decidir cómo llamar al perro.

Aunque algo dentro de él le decía que después de todo lo ocurrido, Trinidad era un buen nombre.

73

—Deberías coger tu arma. Ya sabes, por si las moscas —le dije a mi imagen reflejada en el espejo retrovisor.

La ruinoso venda de la nariz y mis ojos de mapache asintieron.

Saqué el revólver Astra de la maleta y lo encajé entre el pantalón y la riñonada. Cerré la maleta y con ella en la mano subí los tres peldaños que me separaban de la puerta de mi casa. Estaba entornada. Toqué con los nudillos en la madera como si de un cansino vendedor de enciclopedias se tratase y esperé con mi sonrisa mellada al descubierto.

Nada.

Traspasé el umbral, dejé la maleta y empuñé el revólver.

—¡Hola!

Nada.

La mesita del salón estaba hecha añicos. Una silla de cara al ventanal con restos de ligaduras sobre el asiento. Y una escopeta recortada tirada por ahí en medio. El baño vacío. La cama de la habitación revuelta. Volví al salón y entré en la cocina. La pila de cacharros sucios había desaparecido. Un plato y un vaso en el escurridor, y todo lo demás: cacharros, cacerolas y sartenes, en su lugar. En la nevera apenas quedaba gran cosa y en la despensa, tampoco.

Se ve que el okupa psicópata comía como una lima, pero al menos era un okupa psicópata limpio y ordenado.

Cerré la puerta de la casa, y lo primero que hice tras la inspección ocular fue sacar el cargador y enchufar el teléfono. Al contrario de lo que esperaba encontrarme, no saltó ningún aviso de llamadas perdidas. De manera que llamé a información telefónica, y cuando una voz me contestó al otro lado de la línea, solicité el número de la prisión de Soto del Real.

Me atendió la voz cansada de un funcionario de prisiones que tomó nota de la presa de preventivos por la que preguntaba y me dijo que estaba muy liado, que en media hora me llamaba.

En esos treinta minutos me organicé para darme una ducha. Busqué una bolsa de plástico y una goma elástica y me enfundé la mano con el dedo entablillado. Después despegué la venda de la nariz frente al espejo.

—¿Qué tengo, doctor? —me pregunté mientras despegaba el esparadrapo.

—Pues tiene conjuntivitis en las nupias. Apreciará que si tira de las vendas, le llorarán los ojos —dije cambiando el tono de voz.

Joder que chiste más malo.

Cuando los lagrimones que me produjo tirar del esparadrapo cesaron, pude observar que mi nariz había quedado del color de una berenjena, abultada en el puente y definitivamente ladeada hacia la izquierda.

Turno de la oreja.

Ahora viene cuando la matan.

Todavía llevaba la camiseta a modo de turbante y decidí, antes de quitármela, que lo mismo era mejor lavar la herida. No fuesen a quedar restos de sangre y me desplomase allí mismo.

Cerré los ojos, me quité la camiseta que cubría la oreja y me metí bajo el agua de la ducha a tuestas. No pude ver cómo los restos de sangre seca de todo el cuerpo enturbiaban el agua que se perdía por el desagüe.

Cuando salí de la ducha me enrosqué una toalla a la cintura con una mano y, como buenamente pude, limpié el vaho del espejo. Por fin vi por primera vez cómo me había quedado la oreja tras el disparo. Solo había perdido el lóbulo. Había sido un lóbulo generoso. Ahora, en su lugar, parecía tener una mordedura con los bordes ennegrecidos.

El sonido del teléfono enchufado en la cocina me sacó del cuadro cubista que había conseguido en un par de días.

La misma voz desidiosa de antes.

Me dijo que mi hermana se encontraba ingresada en el Gregorio Marañón. Que no se habían puesto en contacto conmigo, porque como solo llevaba un día en el módulo de preventivos, no tenían sus datos actualizados en la base de datos.

Todo aquello lo dijo de corrido y sin ningún tipo de inflexión en la voz.

Como el que toma nota de un pedido al otro lado del mostrador de un restaurante de comida rápida.

—Al menos me podrá decir qué le ha ocurrido —dije desnudo.

Con los nervios y el baile de San Vito en el cuerpo, la toalla resbaló y cayó a mis pies.

—Sí, claro. Ha intentado suicidarse. Se ha cortado las venas.

Quise preguntar cómo se encontraba, pero el funcionario con cosas más importantes que hacer, ya había colgado.

Y el vello ligeramente erizado de la nuca se convirtió en una descarga eléctrica que recorrió todo mi cuerpo.

Definitivamente, mi viejo amigo ya estaba de vuelta.

Y había llegado para quedarse.

74

No había duda, intentaba evitar lo inevitable.

Se terminó su copa de Tanqueray con tónica y, cuando el camarero miró en su dirección, golpeó dos veces con el dedo en la lustrosa barra de madera pidiendo otro. Tenía el teléfono en silencio, pero eso no le impidió ver cómo el terminal se iluminaba por cuarta vez sobre la barra con el nombre de Ruipérez en pantalla. Parecía que lo estuviese viendo por un agujero; el comisario lo había llamado cada vez que pedía otro combinado.

No estaba acostumbrado a beber.

El camarero se lo notó cuando comenzó a hablarle estirando las vocales al teléfono que estaba sobre la barra.

—Que teeee joodan, a ti comisariiiiio de mis cojooones. Que joodan al psicóópata de las Colmenas y que le jodan al de las cejas goordas. Ah, y quééé joodan a los puuutos hermaaanos Triiinidad.

El Murray's era un garito con los taburetes, el borde de la barra, y los sofás que rodean las mesas del fondo, remachados en cuero color burdeos. El camarero, camisa y pantalón negro; corbata a juego con el cuero del local. Rocha vestía de manera que no desentonaba, pero la melopea que lleva encima, sí. De manera que el barman le sirvió su cuarta copa y le dijo con toda la tranquilidad y la educación del mundo, que era la última. Que después, si no era mucho inconveniente, abonara sus consumiciones y abandonara el establecimiento.

Rocha sacó su cartera intentando no caerse del acolchado taburete y dejó la placa de policía de un manotazo sobre la barra.

—Queee te joodan a tiiii también —dijo echándose al colete un buen trago de ginebra al que había olvidado echarle la tónica.

El camarero inmutable, le echó el refresco en la copa de balón, la levantó y pasó el paño antes de depositarla de nuevo en su sitio, después se retiró con discreción al otro extremo de la barra donde un tipo de hechuras cuadradas, con traje, cabeza rapada y pinganillo en la oreja, bebía un agua con gas.

—Matías, por favor —dijo alguien desde la discreta penumbra de una de las mesas—. Dele volumen al televisor si es tan amable.

El camarero metió la mano bajo la barra, sacó el mando y subió el volumen.

En el programa de análisis político y variedades de la tarde mostraban lo ocurrido en la carretera de Extremadura horas antes. Una reportera lo narraba con un mensaje sobreimpreso en el borde inferior de la pantalla:

«¿En qué invierten su tiempo los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado?».

Hacia el final del reportaje, se veía a Rocha boqueando como un pez fuera del agua, con un táper en las manos y un mugriento perro sentado a su lado meneando el rabo.

Dieron paso al análisis de los tertulianos. Un hombre menudo y de voz engolada decía que si eso era un alijo y ese hortera era inspector de policía, él era el Papa de Roma.

Rocha se terminó la copa de un trago, agarró el teléfono de la barra, se lo guardó y se bajó del taburete no sin cierta dificultad. Dio un par de pasos inseguros en dirección a la televisión, sacó su arma reglamentaria de la funda y dejó la pantalla en negro con un par de disparos.

Los casquillos resonaron tras las detonaciones al golpear contra el suelo. La pantalla dejó escapar hilos de humo por los agujeros de bala. Durante unos segundos, nadie dijo nada. El barman y el del pinganillo miraron primero a la televisión y luego al tipo que, en medio de local, intentaba introducir de nuevo el arma en su funda.

Rocha terminó de enfundar la nueve milímetros, y a pesar de la curda que llevaba encima, se dio cuenta que era el centro de todas las miradas.

—Traaanquilos —dijo levantando un dedo—. Toooooo esto es fruto deee..., mi imaginacióón. Loo hagooo paraaa encooontrarme mejoor. Jooder. Loo habééis vistooo. Un putooo táááper.

El tipo cuadrado del pinganillo se plantó frente a Rocha en dos zancadas.

Y a pesar de que seguía pensando que todo aquello solo había ocurrido,

como muchas otras veces, en su mente, el directo en el estómago y el croché en la mandíbula le dolieron como si fuera real.

75

Me vestí con lo primero que pillé del armario. O séase: con unos vaqueros desgastados y algo caídos de culo y una camiseta de los Iron Maiden que una vez fue negra. Curiosamente, el dibujo de la camiseta era el de una mano cadavérica a medio vendar levantando el dedo corazón. Si me diese por elevar la mano con el dedo entablillado, el observador se llevaría un «jódete» por partida doble.

Me coloqué un par de tiritas en forma de equis sobre la devastada nariz. La oreja, como tenía forma de dentellada, la dejé tal cual. Siempre había oído decir que había que dejar al aire las heridas por mordedura.

Me encastré el revólver en los riñones, escondí la recortada bajo el sofá, me calé la gorra de la caja de ahorros, me subí a bordo del coche patrulla y me largué hacia el hospital.

Ni radio ni música ni conversación conmigo mismo. Solo la ventanilla bajada, el aire entrando a raudales y el paisaje de la campiña de Guadalajara desgajándose a toda velocidad.

Con la cabeza preñada de suposiciones nefastas.

Uno siempre se pone en lo peor. Pero de ser así, ya habrían contactado conmigo, ¿o no?

Justo antes de la entrada a Guadalajara y al enlace con la Nacional, un cartel avisaba de la salida del tanatorio. Tomé la curva en el último momento y paré frente a la entrada. Crucé el coche patrulla delante de un grupo de personas que había salido de algún velatorio a fumar, bajé del coche y me llevé la mano vendada a la visera de la gorra a modo de saludo.

—Les acompaño en el sentimiento —dije antes de perderme bajo las arcadas del edificio.

La camiseta, mi dedo entablillado y mi aspecto, me alejaron del sincero pésame que les ofrecí. No les estaba vacilando, pero ellos no tenían manera de saberlo.

El señor Yuste, con su pañuelo y sus sudores de frente, discutía con su hijo Fermín a causa de una nueva metedura de pata. Algo relacionado con el maquillaje de una difunta. Cuando vio que me acercaba al mostrador, me dedicó su mejor sonrisa y por lo bajo le dijo a su hijo que se perdiese.

—He venido a por las cenizas.

El director de la funeraria me observó extrañado. Y no solo por las lesiones, algunas de ellas ya las mostraba el día del velatorio del Triste. Entendí que por deformación profesional, tendía a fijarse en esas cosas, a imaginar cómo me arreglaría si me tuviera tendido sobre su mesa metálica. Pero había algo más. No, no se trataba solo de la oreja o del hueco del incisivo superior que le había mostrado al saludarle.

No, parecía que..., no sé cómo explicarlo, que le diera repelús.

—He venido a por las cenizas —repetí.

El director se excusó y desapareció tras la puerta del mostrador. Al minuto volvió con una urna en las manos. La dejó a un lado, sacó un albarán y me pidió que firmase.

Hice un garabato, agarré la urna, di las buenas tardes y me marché. Al rebasar la entrada, los fumadores, que seguían siendo prácticamente los mismos de antes, bajaron el tono de voz al verme. Me dirigí al coche patrulla con la urna bajo el brazo.

Aseguré la vasija con el cinturón de seguridad, di marcha atrás y busqué la salida del aparcamiento del tanatorio.

Ya en la autovía, pensé que, en cierto modo, estaba en presencia de un muerto. Me quité la gorra en señal de respeto y la dejé sobre la urna.

—Tu sobrina me contó lo de tu hija... No sabía nada, amigo. Lo siento.

Y no volví a abrir la boca hasta mi llegada al hospital Gregorio Marañón. Dejé el coche en el lugar reservado para la Policía y las ambulancias, y con los datos que me había facilitado el funcionario de prisiones, fui a la ventanilla de admisión. Me dijeron que me dirigiera al tercer mostrador: Cuidados intensivos.

En una de las sillas de plástico del pasillo, un hombre sujetaba una bolsa de hielo contra su barbilla. Pasé por su lado sin dedicarle un segundo más de

mi atención y me acerqué al mostrador que había unos metros más adelante.

Vacío.

Al primero con estetoscopio y bata blanca que pasó por allí, le pregunté si sabía cómo se encontraba Vega Trinidad. Después de echarme un par de vistazos, el médico me preguntó:

—¿Es usted familiar?

En otra ocasión habría dicho que sí, que como las *pizzas*. En aquella ocasión solo moví la cabeza afirmativamente para luego decir que era su hermano.

Entonces el médico pasó varias páginas de una carpeta y dijo:

—Ajá..., ajá..., ajá...

—Ajá, ¿qué coño significa, doctor? —le pregunté levantando la voz más de lo que me gustaba hacerlo.

—Disculpe. Hasta mañana no podrá verla. Se encuentra débil, pero estable. Ha perdido mucha sangre, pero se recuperará.

—¿Ha sido un intento de suicidio? En la cárcel me dijeron que...

—Por los cortes yo diría que sí, pero...

Y el médico se encogió de hombros como si con aquello estuviese todo dicho. Después, una enfermera se cruzó por su lado, y aprovechando que el Pisuerga pasa por Valladolid, el doctor la llamó por su nombre, le enseñó la primera página de la carpeta y se alejaron juntos hablando de sus cosas.

Me quedé con los brazos colgados a los costados sin saber muy bien qué hacer. Por un lado, sentía un gran alivio al saber que mi hermana estaba fuera de peligro; pero por otro, sabía que no me relajaría hasta que la viese con mis propios ojos.

Volvería a Ascuas y estaría de vuelta en el hospital a primera hora de la mañana. Me giré para enfilar hacia la salida cuando me fijé más detenidamente en el hombre que apretaba la bolsa de hielo contra su mentón.

Camisa blanca, puños franceses, pantalón granate de pinzas...

Hice memoria. Juraría que era el policía que había visto en medio de la autopista.

¿Podía ser?

Podía ser.

Solo que el hombre que estaba sentado en la silla, además de tener un buen

moratón en la barbilla, parecía haber pillado una borrachera de campeonato.

Y en la silla de al lado, el móvil encendido y en silencio. Con una llamada entrante que el hombre ignoraba.

—En fin —dije en voz alta—, el que la lleva la entiende.

76

El rumor de las ruedas sobre el asfalto, naves cerradas a cal y canto, y camioneros aparcados durmiendo en sus cabinas con la caja abierta y vacía, a la espera de cargar por la mañana en un polígono industrial mal iluminado.

La idea era mantener un perfil bajo hasta reunir todo el capital disponible y luego desaparecer. Más adelante, vendería todos los negocios poco a poco y sin levantar sospechas a través de un testaferro.

¿Vito?

Vito podría encargarse.

De momento, y para una noche, aquel lugar junto a la autopista le pareció ideal. «Habitaciones por horas», rezaba el cartel a la entrada.

Olor a matamoscas y a lejía. Y de algún lugar más allá de los muros, una radio, unas señales horarias y música pop.

La mujer gruesa y mofletuda de carmín desbordado se pintaba las uñas en la recepción. Esta vez, eran las de las manos. Al Colmenero, sus dedos le parecieron una ristra de salchichas frescas.

A Vito, no.

—¿Chicas, habitación o las dos cosas?

—Un par de habitaciones —dijo el Colmenero—. Las chicas para otro día.

—¿Y tú, grandullón? —Terminó con la pintura, hizo como si se abanicara con las manos y se sopló las uñas como si las tuviera en llamas.

—Yo paso de las chicas —dijo Vito guiñándole un ojo—. A mí me gustan las mujeres hechas y derechas.

Les dio habitaciones contiguas.

Para el Colmenero, que sabía que los Llanitos estarían buscándolo, la

noche transcurrió más o menos tranquila, en un hostel que todo el mundo, incluyendo la policía, sabía que era una casa de citas.

¿Más o menos tranquila?

Quitando los golpes del cabecero de la cama de la habitación de al lado en el tabique, los agudos gritos de la madama y los «¡Toma, Sara Montiel!» de Vito... Quitando eso, sí, más o menos tranquila.

Conduje de regreso a Ascuas desde el Marañón dándole vueltas a la cabeza y llegando a la conclusión de que, dijese lo que dijese los médicos, a Vega habían intentado quitársela de en medio simulando un suicidio. Por el camino, paré en un bar de carretera para encargarle al tipo de la barra un bocadillo de tortilla para llevar: pensaba mejor con el estómago lleno y sabía que en casa encontraría, como mucho, un ratón ahorcado en la nevera.

Cuando accedía al pueblo desde la vieja nacional, aminoré la velocidad del coche patrulla y me dediqué a terminarme el bocadillo y a leer el primero de los muchos carteles de Proicontra. Aparecía un matrimonio joven, un par de niños rubitos y un perro blanco y lustroso. Rezaba:

«No vendemos viviendas, vendemos felicidad.

Próxima construcción en Ascuas».

En los siguientes carteles, cambiaban a la familia feliz por un tipo sonriente en un campo de golf o por una chica joven apoyada en el borde de una piscina con chalets al fondo. El eslogan no cambiaba.

«No vendemos viviendas, vendemos felicidad».

Miré de reojo la urna con las cenizas del Triste, le di un par de palmaditas con la mano, y dije:

—Puto Valdenegro. Al final se van a salir con la suya. Para ellos somos hormigas, cucarachas... Nos quitan de en medio de un pisotón y solo nos queda el pataleo. Lo siento, amigo.

Me centré en la carretera y pensé de nuevo en Vega, en el Colmenero y el encuentro que iba a producirse en el desguace al día siguiente. Si es que se producía. Dado el interés en deshacerse de nosotros, lo más seguro es que fueran a por mí esa misma noche. ¿O realmente Vega había intentado

suicidarse? ¿Lo habría hecho para protegerme?

Eso podría ser.

La cuestión, creía yo, era que si no conseguía ocuparme del Colmenero, aquello no iba a terminar nunca. Tenía que pensar en algo. La noche se presentaba larga. Ni la cabeza, ni la sensación eléctrica que recorría mi cuerpo iban a dejarme dormir. Además, había perdido el dinero. Aparqué frente al ayuntamiento. ¿Qué hago? Joder, ¿qué hago?

Así una y otra vez.

No se me ocurría nada. Me sentía atrapado, impotente. Me miré en el retrovisor.

—Respira, joder, que te va a dar algo —dije.

En el espejo, además de mi imagen demacrada, vi algo más. La puerta del Candelero al otro lado de la calle. Gente que salía a fumar, otros que entraban. Todos con un vaso de tubo en la mano.

No bebía, pero si alguna vez en mi vida había necesitado un trago, era en aquel momento.

—¿Qué me dices? —dirigiéndome a la urna—. Una última copa y luego te esparzo, ¿hace?

Me bajé del coche, cerré la puerta sin echar la llave y, a pesar de que llevaba desde la desaparición de Chimo sin entrar allí, me dirigí con las cenizas del Triste bajo el brazo hacia la puerta del garito.

Algunos me saludaron; otros, como Parra, que apuraba un cigarrillo con un cubata en la mano, no. Todos se me quedaron mirando, eso sí.

El aspecto del jefe de policía del pueblo no era para menos.

78

Cuidados intensivos. Gregorio Marañón.

Los halógenos del techo del pasillo apagados y, como un refugio en mitad de la noche, la luz cálida de una lámpara tras el mostrador de enfermería.

El mismo doctor de estetoscopio y bata blanca, con la misma carpeta. Inclinado hacia adelante, brazo estirado y apoyado en la mesa con las puntas de sus dedos.

Hablando de sus cosas con la misma enfermera de antes.

Esta vez su conversación, a media voz, versaba sobre el tipo que dormitaba en las sillas de plástico del pasillo.

—En breve me marcho —dijo el doctor—. Deberíamos despertarlo y que se fuera a dormir la mona a su casa.

—Déjalo, ahí no molesta —contestó la enfermera—. Es policía.

—¿Y qué tiene que ver que sea policía?

—Mi padre fue policía.

Y el médico, que intentaba seducir a la enfermera, asintió con la cabeza, como si entendiese de qué iba la vaina.

79

Entré en el Candelero y, como en un mar crepuscular, islas de luz a la deriva. Serrín bajo mis botas y barullo de conversaciones.

Era un local amplio y con el techo sembrado de candiles de cristal esmerilado. La barra ocupaba parte de un lateral. Las estanterías de obra, revestidas de ladrillo visto, repletas de botellas. Y hacia el centro, más o menos donde se encontraba Leti rellenando unos chupitos, un gran quinqué colgando del techo de una gruesa cadena. Sofás envolventes —que no cómodos—, en torno a mesas bajas de madera. Un billar al fondo y una máquina de dardos colgada de una de las mochetas. La música no muy alta, lo justo. Nada de tener que acercar los labios a la oreja del acompañante para hacerse oír.

Recorrí la barra buscando un hueco. Me senté casi al final, apoyé la urna con las cenizas frente a mí, y esperé a ser atendido.

—Vaya, vaya, vaya, si tenemos por aquí a las fuerzas del orden del pueblo al completo. Joder, ¿qué le ha pasado?

El director del banco, que sin traje parecía recién salido del instituto, metió codos y se hizo un hueco a mi lado. Ojos brillantes, jarreados. En su mano, un cubata moribundo con el clinc clinc de los hielos.

Ignoré la pregunta.

—Te veo contento. ¿Hay algo que celebrar?

El director, con unas cuantas copas de más, no apreció el deje irónico y cansado de mi voz. Me pasó un brazo por los hombros y dijo:

—Siempre hay algo que celebrar. Es más, hoy mismo he estado hablando con la sobrina del Triste. Por cierto, ¿ya lo han enterrado?

—Incinerado. Está aquí —le dije dando un ligero cachete a la urna—, se

ha venido a tomar un trago.

—No me jodas... ¿Esas son...?

—Sus cenizas. —Terminé la frase por el director.

—Pensaba que era un jarrón. —Levantó su copa y le pegó el último trago —. ¡Por el Triste! ¡Leti, otra más y lo que quiera el jefe de la Policía! ¿Qué tomas?

—Lo mismo.

—¡Dos iguales, Leti!

Leti escupió al suelo, gesto que no me pasó inadvertido. Hacía rato que me miraba con inquina. Mientras preparaba las copas, Parra se metió tras la barra y se acercó a su mujer. Malas caras, miradas de soslayo y aspavientos. Leti no me quería en su local.

El director a lo suyo.

—... y me dijo la sobrina del Triste que se quedaba con el dinero, como si fuese un jodido concurso...

—Y luego llamaste a Valdenegro —le dije sin quitarle el ojo a Leti, que se había quedado sola preparando las bebidas.

—Claro..., esto..., no. Yo no he dicho eso.

El director, a pesar de ir jarreado, me miró como si acabase de llegar.

—No. Lo he dicho yo. O a lo mejor sí que lo has dicho. No puedes saberlo, estás mamado, payaso.

El director abrió la boca dispuesto a decir algo. La cerró, la volvió a abrir y la volvió a cerrar. Leti dejó las copas, una frente a mí y otra frente al director, dedicó unos cuantos segundos de su mejor mirada de odio al policía y volvió al centro de la barra. Tomé la copa que estaba más alejada y la probé. Juraría que era ron con limón. El director cogió la copa destinada a mí, y bautizada con un escupitajo de campeonato y se largó sin despedirse.

Parra ocupó su lugar.

—Venir aquí con las cenizas de un muerto puede considerarse de mal gusto.

La idea era tomarme una copa y despejar un poco la cabeza. A esas alturas ya estaba claro que no iba a poder ser. La sensación eléctrica y la vibración de todo el vello del cuerpo iban en aumento. Sentía los labios fríos, duros y apretados; retraídos sobre los dientes. Sorbí de mi copa. No me supo a nada.

—Te terminas la bebida y te largas. Ni mi mujer ni yo te queremos aquí.

No contesté. Se me habían quitado las ganas de echar un trago. Alejé la copa y le dediqué a Parra una sonrisa mellada. Me levanté y fui al baño. Tras una larga meada, me situé frente a la pila, tomé jabón con la mano buena y la lavé manteniendo la mano con el dedo entablillado en alto para que no se mojase; parecía como si estuviera tocando unas castañuelas.

La puerta del baño se abrió, dejó entrar algo de música de fuera y se cerró. Parra se situó a mi espalda.

—Debería darte vergüenza.

—*Na*, me he lavado las manos en sitios peores —dije.

Parra apretó los puños.

—Hablo de ti, de tu aspecto. Eres el policía del pueblo y yo soy tu jefe. Es inadmisibile. Estas acabado. Voy a...

Entonces, a pesar de que yo era un tipo grandote que siempre andaba medio encorvado y con una sonrisa de pánfilo en la cara, me giré y le clavé el dedo entablillado bajo la barbilla, en el lado derecho del cuello. En un par de pasos tuve a Parra con la espalda contra los azulejos del baño. Saqué el revólver de los riñones y se lo encajé en el lado izquierdo del cuello.

Amartillé el arma.

—¿Decías que ibas a...?

La yema del dedo se tensó sobre el gatillo. Entonces pensé que aquel imbécil no tenía culpa de nada. Su mujer estaba dolida porque nadie había movido un dedo por encontrar a Chimo. Podía entenderlo. Lo aceptaba. Y el pobre tonto de Parra, que me miraba aterrorizado, actuaba así porque Leti le había calentado la cabeza más de la cuenta. También podía llegar a entenderlo.

Pero todo tenía un límite.

—No hagas ninguna locura —articuló Parra.

—Dile a tu mujer que puede escupir todo lo que quiera, pero si tú vuelves a molestarme, le prendo fuego al local con vosotros dentro.

Viniendo de un tipo con cara de estar totalmente ido, la piel del rostro llena de moratones, una oreja como si le hubiera mordido un perro, con un dedo entablillado y un arma en la mano buena, la frase, creo, sonó convincente. Parra asintió con la cabeza.

Recogí el martillo del revólver con el pulgar y me lo volví a encajar en los

riñones. Retiré el dedo entablillado de la yugular de Parra y me dirigí a la salida del baño. Antes de abrir, me giré y le dije:

—Y por cierto, jefe. La semana que viene me la cojo de permiso.

Dejé un billete de diez sobre la barra y recogí la urna. Antes de salir, Desi se cruzó en mi camino. «Es el único garito del pueblo, ¿qué esperas?», me pregunté. En realidad, se trataba de la única persona que no me importó encontrarme, aunque hubiera preferido estar en mejores condiciones.

—Te he visto entrar —dijo Desi—. No me he acercado antes porque estabas ocupado con el del banco y con Parra. No quería interrumpir.

Siempre tan prudente.

—¿Qué te ha pasado? —agregó sin dejarme contestar y acariciándome la mejilla con dulzura.

—No es nada. Un accidente en casa..., arreglando unas cosas, ya sabes.

Desi me miró con cara de circunstancias. En los altavoces comenzó a sonar la de *Y el anillo pá cuando* de Jennifer López. Enervado, seguro de mí mismo por lo que acababa de ocurrir en el baño, la agarré de la nuca, la atraje hacia mí e intenté besarla. La espalda de Desi se arqueó haciendo la cobra y nos quedamos frente a frente mirándonos a los ojos.

—Toni...

—Desi...

—Ay, Toni, siento que pienses que yo... Nunca te lo he dicho, pero estoy saliendo con alguien.

—Claro, con alguien...

—Sí, con la alcaldesa. Está allí.

Desi levantó la mano en dirección a una esquina del local. La alcaldesa, rodeada de un grupo de gente, alzó la copa. Saludé levantando la palma de la mano buena como si fuese un indio.

—¿No lo sabías? —preguntó Desi.

—No.

—Qué caraja tienes, vaya un policía —dijo acariciándome de nuevo la mejilla—. En el pueblo todo el mundo lo sabe.

Salí del garito. Atravesé la barrera de fumadores que custodiaban el Candelero y me dirigí al coche patrulla. Abrí, me dejé caer en el asiento murmurando un: «Más tontos que yo no los hacen», y cuando coloqué la urna

con las cenizas del Triste en el asiento del acompañante, sentí el pinchazo de una aguja en la nuca.

—Desconozco si los hacen más tontos o no —dijo una voz de hombre—. Pero como no hagas lo que te yo te diga, eres hombre muerto. Levanta la mano si lo has entendido.

Le hice la señal del pajarito con el dedo entablillado.

—Muy gracioso. Arranca.

80

Ronda de sueños y un despertar...

Rocha, que se estaba dejando la espalda en la silla de plástico, soñaba que se encontraba en una encrucijada en mitad de un páramo. Un perro reclamaba su atención. Se miraron el uno al otro un minuto, dos, tres. Al final el perro tiró por uno de los cuatro caminos posibles. Rocha se derrumbó, y resignado, lo siguió en silencio.

Vega, con una vía en cada brazo, soñaba que Toni la llamaba desde el interior de un bidón de aceite. Conseguía abrirlo y dentro había otro bidón, solo que un poco más pequeño. Y lo abrió, al igual que el siguiente que encontró...

Y el siguiente y el siguiente.

Porque a pesar de que los bidones eran demasiado pequeños para que dentro cupiera una persona, Toni seguía llamándola.

El Colmenero pateaba inquieto la montonera de sábanas a los pies de la cama. Gritaba frases inconexas. Decía algo de buscar una bolsa. Y a cada poco, agitando las manos, gritaba: «¡Putas moscas!».

Vito se despertó en mitad de la noche con la urgencia de la vejiga a punto de explotar. Caminó descalzo hasta el baño. El sonido de la orina entrecortada; la próstata dándole un punto de suspense al asunto. Volvió a la cama sin tirar de la cadena. No quería despertar a Fati. En una de las mesillas, un vaso con agua y una dentadura postiza en su interior. El recuerdo le volvió a despertar el interés en la entrepierna. Se acostó a su lado, se arrimó y

comenzó a besarla en los pliegues del cuello.

Fati abrió los ojos y sonrió con los labios encorvados hacia dentro.

81

—¿A dónde?

—A tu casa.

«Qué poco me he equivocado», pensé. Ha mandado a alguien esta misma noche. Instalado en la creencia de que al tipo de los asientos de atrás lo enviaba el Colmenero, le dije lo primero que me pasó por la cabeza:

—Si me ocurre algo, nunca recuperará su dinero.

—Cada cosa a su tiempo.

Calculé que tenía un par de calles para reaccionar y tuve varias ideas.

Uno: intentar sacar el revólver de entre mi espalda y el asiento.

Dos: tirarme del coche en marcha. Esto lo había visto en más de una película y siempre daba buen resultado.

Tres: ...

«Qué cojones, la tres», me dije.

Y sin tiempo para decirme a mí mismo que era una puta locura, por no decir que era un plan cutre, tiré de la palanca que desplaza el asiento, y lo empujé con todas mis fuerzas hacia atrás contra el hombre de voz susurrante. Me retorcí en el asiento, alcé la urna, y la hice añicos contra la cabeza del aquel tipo.

El coche patrulla se salió de la carretera, saltó un pequeño desnivel y siguió sin control por uno de los campos en barbecho. Parte de las cenizas se escapaban por las ventanillas trazando erráticas espirales en el aire a la luz de la luna.

Tras un centenar de metros, el vehículo se detuvo.

El hombre yacía inconsciente, aprisionado, y con el cuerpo en forma de cáncamo en los asientos de atrás. Estaba cubierto de cenizas y tenía una

pequeña hipodérmica clavada en el pecho. Se la saqué y dejé caer el vial vacío en el suelo del coche. Eché el asiento hacia delante, abrí la puerta y salí. Saqué al hombre del coche y le sacudí la ropa. Quería que la mayor parte posible de cenizas fuese a parar al campo. Después me sacudí yo, y cuando terminé, eché una ojeada al interior del vehículo. Trozos de urna y cenizas por toda la tapicería y los viejos embellecedores de plástico.

—Joder, Triste, lo siento.

Me prometí que cuando todo aquello acabara, si es que acababa algún día, pasaría la aspiradora y esparciría el contenido de la bolsa en aquel mismo lugar.

Y esta vez sin venda en los ojos, tiré de los brazos de aquel tipo, arrastrando su cuerpo por la tierra. A pesar del golpe, no se veía sangre por ningún lado.

Y por segunda vez aquel día, metí el cuerpo de un hombre que había intentado matarme en el maletero de un coche.

82

Me tomé mi tiempo para preparar el tinglado.

Ante la atenta mirada de Trípode, aparqué el coche patrulla tras la compactadora de chatarra y arrastré el cuerpo del hombre al interior del taller. Lo senté en una silla, lo amordacé y, tras encintarle las piernas a las patas, le aseguré las muñecas con tornillos de banco a la mesa de madera. Cogí una caja de clavos de doble cabeza y, tal y como había visto en un programa de bricolaje en televisión, los dispuse de manera que separasen los dedos del hombre. Era para separar la herramienta, pero me serviría para lo que tenía pensado. Después dejé preparada la botella de acetileno, y cuando tuve las cizallas sobre la mesa, lo desperté.

—Os gustan los botes de orejas y dedos, pues os vais a enterar —dije.

Se trataba de una pregunta sencilla:

—¿Dónde está el Colmenero?

La única forma de comunicarme con él era el teléfono que me dejé olvidado dentro del Mercedes. Ahora, ese hombre iba a decirme dónde encontrarlo. E iría a buscarlo esa misma noche y, con el factor sorpresa de mi lado y la recortada que tenía bajo el sofá, terminaría con aquella historia. Si después tenía que arreglar cuentas con la justicia y pasar una temporada en la cárcel, lo haría, pero mi hermana Vega ya no correría ningún peligro.

De manera que ante la mirada impasible del hombre, le repetí la pregunta:

—¿Dónde está el Colmenero?

Baluceo bajo la mordaza.

Le aflojé el trapo para escuchar lo que tenía que decirme.

—Y no habrá muerte, ni llanto, ni lamento ni dolor, porque las primeras cosas han dejado de existir.

—Vale —dije colocándole de nuevo la mordaza en la boca—. Pero que sepas que esto me va a doler más a mí que a ti.

Y no me equivocaba.

Tras cortarle el meñique de la mano izquierda, y ver el correr de la sangre sobre la mesa, me desmayé golpeándome en la cabeza con el canto.

Cuando recobré el conocimiento, consulté el reloj. Había transcurrido un cuarto de hora. Arrastré el culo hasta la pared del taller. Un par de tiritas en forma de equis en la nariz, la oreja derecha como arrancada de un bocado y el dedo corazón de la mano izquierda entablillado.

«Jódete», parecía decir.

Así, como con chulería, como si lo tuviese todo controlado.

Nada más lejos de la realidad. Me pregunté si quizá había tomado una mala decisión seccionándole el meñique al hombre. Quizá todo aquello no fuese necesario. Dudas que flotaban por el taller como los balbuceos del hombre tras la mordaza, como las fantasmales motas de polvo en suspensión bajo la bombilla ahorcada del cable.

El meñique del hombre apuntaba acusador hacia un lugar inconcreto del taller. Seguí con la vista la dirección marcada. Una vieja estantería con tapacubos, tubos de escape y un casco de motorista, todo cubierto por una gruesa capa de polvo. Tranquilamente podría tratarse de una señal, pero como no creía en Dios lo atribuí a la suerte. A veces esas cosas ocurren, lo sabía por experiencia.

Nueve dedos, a no ser que el hombre hablase antes. Latir de sienes, arrítmico, y de fondo, los ladridos de Trípode y algo de música, una emisora de radio de un coche parado frente al desguace. Contuve la respiración. ¿Había dejado el coche patrulla a la vista? Juraría que no, creía recordar que había aparcado tras la compactadora de chatarra.

De nuevo seguí con los ojos la dirección marcada por el meñique. Me incorporé intentando no mirar la sangre del hombre y fui tambaleándome hasta la estantería. Cogí el casco, le quité el polvo con el antebrazo y aguardé con la mirada perdida. Cuando los ladridos del perro cesaron y la música de fondo se fue alejando hasta desaparecer, me coloqué el casco intentando rozar mi oreja dañada lo menos posible, y no aplastar más mi maltrecha nariz. Bajé la visera y me dirigí a la esquina donde aguardaba el soldador de acetileno. Una vez acoplado de nuevo frente al hombre de voz suave, y ya con el soplete

encendido, me di cuenta de que, curiosamente, el casco no solo iba a protegerme si volvía a desmayarme, sino que la sangre tras el vinilo ahumado y la roña podría pasar por otra cosa, aceite de coche usado tal vez.

Le apliqué la llama azul al muñón venciendo las arcadas y preguntándome, con un tufillo en la nariz como de cerdo a la brasa, si un hombre podía morir desangrado de aquella manera. No lo sabía. Contuve las náuseas, y cuando el hombre dejó de protestar y de lanzar cabezazos al aire, le bajé la mordaza y le pregunté de nuevo.

—¿Dónde está?

—Y no habrá muerte ni llanto ni lamento ni dolor, porque las primeras cosas han dejado de existir.

La misma cantinela. Le aseguré de nuevo la mordaza, cerré la salida del gas de la bombona de acetileno, dejé a un lado el soldador y agarré las cizallas. De nuevo balbuceos y un sonido de fondo. Tardé unos cuantos segundos en caer en la cuenta de que se trataba de mi pierna, del golpeteo de la suela del zapato contra el hormigón. Se agitaba convulsa sin que pudiera controlarla. Intenté tranquilizarme y respiré profundamente. El hombre, con una pátina de sudor que reflejaba la mortecina luz de la bombilla, me observaba con ojos desorbitados. Cuando el tembleque cesó casi por completo, tomé aire y afiancé las hojas de la cizalla en torno al anular, conté mentalmente hasta tres, cerré los ojos y corté.

Antes de que el casco se golpease contra el banco de trabajo al caer inconsciente por segunda vez, tuve tiempo de pensar que ojalá dos dedos fueran más que suficientes.

83

Al principio ves un cielo rosado, como un buen vino espumoso a través del cristal; luego vas abriendo los párpados lentamente. La luz de la mañana te ciega por un momento, y vuelves a cerrar los ojos. Sientes algo metálico en tu tobillo, es como una mordedura. Supones que son unos grilletes, pues al intentar mover la pierna te llega el tintineo del metal contra los hierros de la cama.

Alguien acaricia el dorso de tu mano.

Giras la cabeza, te obligas a abrir los ojos de nuevo y miras a tu hermano. Las grandes manos de Toni envuelven la tuya sin llegar a tocar el vendaje de las muñecas. El dedo entablillado sobresale por detrás del conjunto. Te acaricia con los pulgares en pequeños círculos por toda la superficie de tu pálida piel.

—Estás hecho un asco, hermanito.

—Estás hecha un asco, hermanita.

Después, cierras los ojos. Pasa tanto tiempo que Toni piensa que te has vuelto a quedar dormida.

—Te han dejado pasar —dices abriendo los ojos de nuevo.

—Sí, me ha hecho un favor un inspector de Policía. «De compañero a compañero», ha dicho.

—Te escribí una carta. ¿La has leído?

—No. ¿Qué ponía?

—Me despedía y hablaba del amor incondicional entre hermanos. Te quiero mucho, lo sabes, ¿no?

Toni asiente con la cabeza y comienza a sollozar por lo bajo. Cuando se le pasa, se seca las lágrimas con el borde de las sábanas.

Te quedas dormida.

—Todo va a ir bien, ya lo verás —te dice besando tu mano antes de salir de la habitación del hospital.

Lo que pasa es que ya no puedes oírle.

84

—Necesito hacerle dos preguntas —dije con el biberón en la mano.

Rocha, que así se llamaba el inspector de Policía, sostenía una bandeja con dos cafés con leche esperando la cola. La cafetería del hospital abría a las siete de la mañana. No había camarero, una mujer con cara de sospechosa habitual cobraba al final de los mostradores tipo bufé y poco más.

El tal Rocha pagó los cafés mientras yo le pedía a la mujer que me calentara el biberón. Cuando estuvo todo a punto, tomamos asiento en torno a una de las mesas. Desde esa hora y hasta las doce y media, cualquiera podía utilizarlas. Del mediodía en adelante estaban reservadas para las comidas. Acababa de leerlo en un cartel.

Me centré.

—¿Puedo confiar en usted?

Rocha mareaba su café. Tenía el mentón amoratado y llevaba la misma ropa del día anterior.

Yo también llevaba la ropa hecha un asco. Desgastada y sin lustre, pero ya estaba así cuando la saqué del armario la tarde anterior.

—¿Puedo confiar en usted? —repetí la pregunta comprobando la temperatura de la leche del biberón echándome unas gotas en la muñeca.

—Le he oído la primera vez —dijo Rocha mirando los círculos concéntricos que se creaban al remover el café con la cucharilla—. No debería confiar en nadie. Ha leído las cartas.

—Vega me habló de una carta. ¿Dejó otras?

—Otra más. Para mí. Me llamó cabrón y decía que me jodiese.

Sorbí de la taza de café.

—¿Por qué?

Rocha me lo contó.

—Quise presionarla con meterle a usted en prisión si no delataba al Colmenero. Ahora, con mi confidente desaparecido y el intento de suicidio de su hermana, estoy acabado —terminó diciendo.

Pensé en ello terminándome el café a tragos cortos.

—No le puedo perdonar por mi hermana. De hecho, y tómesele como quiera, si ella hubiese muerto, a usted no lo ampara ni la caridad —dije mirándolo a los ojos—. ¿Entiende por dónde voy?

—Sí.

—Pero Vega está bien, dentro de lo que cabe, y yo necesito dejar al Colmenero fuera de la circulación.

Rocha dejó de remover el café.

—¿No hablará de matarlo?

—No, hablo de hacerle confesar. ¿Qué me dice? No le garantizo que después de lo que tengo planeado pueda imputarle por tráfico de drogas, pero sí por asesinato. ¿Qué me dice? —volví a repetir—. ¿Puedo confiar en usted?

Rocha se bebió el café de un trago y me dijo que sí. Entonces le conté que teníamos previsto reunirnos en el desguace sobre las cinco de la tarde para entregarle el dinero del intercambio fallido. De las muertes de los últimos días y de que no tenía la pasta, no dije nada. Cuando terminamos de ultimar los detalles, le tendí la mano.

Llevaba anotado en la palma y a bolígrafo, un número de diez dígitos. Rocha lo miró un segundo preguntándose quizá, qué más me traía entre manos.

Tras el apretón, cogí el biberón y me levanté con la intención de marcharme de allí. Todavía me quedaba mucho por hacer.

—Dijo que tenía que hacerme un par de preguntas.

—Es verdad. Se me había olvidado. Por curiosidad, ¿era usted el tipo que estaba ayer en mitad de la autopista en un control policial?

—Sí. En realidad queríamos agarrarlo a usted en un Mercedes. Y lo que detuvimos fue a un fumeta y a su perro fumeta en un Seat Panda. Ya le he dicho que no debe confiar en nadie.

—Ah, ¿y qué llevaba en las manos?

—Un táper hasta arriba de marihuana. El mayor éxito de mi carrera.

—Bueno, ya me contará esa historia en otra ocasión —dije—. A las cuatro

en mi casa. No se retrase.

Y me largué de la cafetería en busca del coche patrulla.

85

Tenía un par de horas de coche por delante hasta la dirección que me facilitó Sady Pineda. Tiempo más que de sobra para ir y venir en la mañana. Antes de arrancar, le di el biberón al cachorro y lo dejé durmiendo hecho una pelota en el paño de cocina.

Al final, descubrí —además de su nombre—, que aquel hombre no tenía nada que ver con el Colmenero. Cuatro dedos y tres desmayos por mi parte, fueron más que suficientes.

Cuando el hombre vio que se le agotaba el tiempo me lo contó todo. Todo.

Incluido el trabajo del Triste, la furgoneta en la que se movía, y el cachorro que aguardaba dentro.

Sady Pineda pidió un poco de agua. No encontré ningún vaso, de manera que llené el cacharro del agua de Trípode y cuando regresé al taller encontré muerto al hombre. Lo pactado era que le llevaría a su casa para preparar el antídoto. El colombiano mantuvo la fe en que saldría de allí con vida hasta el último momento, me lo dijo en varias ocasiones. Dijo que Dios no lo abandonaría.

Para que te fies.

Recogí la furgoneta de control de plagas de madrugada, y antes del amanecer, el vehículo y Sady Pineda eran otro cubo de chatarra más en el desguace.

A las nueve pasadas, estacioné el coche patrulla frente al chalet. Agarré el manojito de llaves, abrí la verja y me dirigí a la entrada de la casa. Antes de abrir la puerta miré a la parcela de al lado. Una piscina vacía con un par de colchonetas flotando en soledad.

Tal y como me dijo, encontré lo que buscaba en el despacho. Introduje, uno

a uno, los diez dígitos que llevaba anotados en la palma de la mano en un armario con un teclado numérico. Sonó un clonc. Abrí el armario, y observé los dosieres de los que me habló. Cogí la carpeta de Valdenegro, cerré el armario y salí de la casa.

En la parcela de al lado, un par de jóvenes salían en albornoz y con sendas tazas de café en las manos. Saludaron en mi dirección meneando los dedos. Les di los buenos días, bajé los escalones del porche perdiéndolas de vista y, tras pasar frente al cobertizo, me monté en el coche patrulla.

El cachorro dormía con ligeros hipidos de un sueño inquieto.

Envolví al animal en el trapo de cocina, cogí la leche en polvo y el biberón, salí de nuevo del coche y pulsé el timbre de la casa de al lado.

—¡Está abierto!

Empujé la cancela y allí me quedé plantado.

Tomaban café desnudas, recostadas en las colchonetas.

Una de ellas remó con un pie y la mano libre hasta el borde de la piscina, apoyó la taza de café en el hormigón y se bajó de la colchoneta sin apenas rozar el agua. Se acercó andando de puntillas.

—¿Es usted amigo del señor Pineda?

Intenté sin mucho éxito mirar a la chica a la cara. Como no lo conseguía, clavé mi mirada en el cachorro.

—Va a estar una larga temporada fuera de casa, de hecho, puede que ni siquiera vuelva. ¿Podríaís cuidar de él? —dije tendiendo el trapo.

—¡Uy, qué mono! Claro, nos encantan los animales —dijo la chica meciendo al cachorro. ¿Cómo se llama?

—Creo que dijo que se llamaba Trinidad. Pero podéis ponerle el nombre que más os guste —dije mirándome la punta de las botas.

La hermana se acercó a ver lo que estaba ocurriendo. Tanto cuerpo de mujer me superó. Sentía calor hasta en el trozo de oreja que no tenía. Dije un «hasta luego» atropellado y dejé a las chicas desnudas con el perro.

«Cabroncete con suerte», pensé, rencoroso.

De nuevo en el coche patrulla, bajé la ventanilla para que me diese un poco el aire, y conduje de vuelta a Guadalajara. A esa hora, los rayos de sol iluminaban con plenitud los montes de Toledo y Ciudad Real y parte del parque nacional de los Cabañeros.

De haberme fijado, habría pensado que las vistas eran preciosas.

¿Las chicas o las vistas?

Ambas, joder, ambas.

86

Cuando dos horas y media más tarde me senté frente a Valdenegro en la sala de juntas, este me sonrió inquieto con un ligero tic que hacía que el moflete derecho le palpitase levemente. El rostro y la postura corporal de Valdenegro indicaban que yo no debería estar sentado ahí. Y menos luciendo una media sonrisa, una pierna cruzada sobre la otra y tamborileando con los dedos de mi mano buena sobre una carpeta que había llevado conmigo.

Pero ahí estaba.

Saqué del abultado bolsillo la taza de café con la flor de loto en el lateral. Tuve que buscarla por el suelo del coche. Había ido a parar bajo uno de los asientos. La limpié de ceniza e introduje en su interior el regalo que le tenía preparado a Valdenegro.

—Le devuelvo su taza —dije—. Lo que hay dentro es cortesía de Sady Pineda. Mejor dicho, era parte de Sady Pineda.

Valdenegro cogió la taza. Algo en forma de corona asomaba por el borde. Cuando lo vio más de cerca, se percató de que eran cuatro dedos. Soltó la taza como si quemase. La porcelana se hizo añicos al golpear contra el suelo. Los cuatro dedos quedaron a los pies de Valdenegro.

—Creo recordar que dijo que aquí se cerraban negocios y transacciones. ¿Oiga? ¿Se encuentra bien? Deje de mirar los dedos, no van a desaparecer, y deje de respirar así o se desmayará. Se lo digo por experiencia.

Valdenegro rodeó los dedos y los trozos de porcelana. Se movía como si no quisiera pisar lo fregado. Se dejó caer en la silla e hizo la pregunta que estaba esperando.

—¿Qué quiere?

Le pasé el archivador.

—Quiero que le eche un vistazo a esto. Es una copia, de manera que cuando me vaya por esa puerta, puede quedársela.

Valdenegro abrió el archivador y comenzó a hojear los folios. Incluyendo el asunto de Ascuas, había al menos una docena de trabajos más por los que acabaría en prisión el resto de sus días. Él, su mujer, un par de ministros y unos cuantos senadores.

Valdenegro cerró la carpeta e intentando mantener la compostura volvió a repetir la misma pregunta.

—¿Qué quiere?

Como no tengo buena memoria, llevaba escrita una lista. La saqué del mismo bolsillo en el que llevaba la taza. Estaba bastante arrugada.

La primera exigencia de la lista eran ciento cincuenta mil euros.

—Esto es mucho dinero.

—Lo sé. Y tengo que salir de aquí con él, así que yo de usted me daría prisa.

—Pero...

—Pero nada. El dinero en metálico es la parte barata del asunto. Siga leyendo.

Y Valdenegro siguió leyendo y estuvo de acuerdo en que la parte referente al dinero contante y sonante, iba a ser la más fácil de cumplir de la lista.

Tres cuartos de hora más tarde abandoné el edificio con la pasta en una bolsa y los dedos de Sady Pineda en el bolsillo.

Rocha fue a casa a ducharse y se cambió de ropa. Cuando se dirigió a la Central en el barrio de Canillas, llevaba camisa gris marengo a juego con los mocasines y pantalón caqui. La corbata, a rayas verdes y grises.

Si no estampaba su firma en el documento, la suspensión de empleo y sueldo no se hacía efectiva. Rocha entró por la puerta del garaje y se las apañó para evitar al comisario Ruipérez. Se dirigió al grupo de personas que se ocupaban de asesinatos, homicidios y desapariciones y pidió ver al comisario Vallejo.

Antes de pasar a su despacho, los teclados dejaron de ser aporreados y el sonido de fondo pasó a ser el de los chismes, los chascarrillos y las risas soterradas de los policías desde las mesas de trabajo. «Táper de marihuana» y «alijo» eran las palabras más repetidas.

—Ruipeérez te anda buscando.

Fue lo primero que dijo Vallejo después de que Rocha cerrara la puerta. Tenía una barriga cervecera que se desbordaba por encima del cinturón, una calva con una enorme mancha con la forma de la comunidad de Madrid, y un espeso bigote entre cano y amarillento.

Elevaba las cejas con socarronería.

En realidad, le daba igual lo que Ruipérez buscara o dejara de buscar. Todo el mundo sabía que los dos comisarios no se dirigían la palabra desde hacía más de diez años, a no ser que fuera estrictamente necesario.

Entonces, Rocha le dijo que estaba al tanto de que su jefe lo andaba buscando, y después pasó a exponerle al comisario lo que se traía entre manos y lo que necesitaba.

Cuando terminó, Vallejo intentó pescarse parte del bigote con el labio

inferior. Pensaba. Después de un rato, dijo:

—Rocha, ¿eres consciente que después del ridículo de ayer tu credibilidad es cero?

—Sí.

—¿Y eres consciente que si sale bien, sería mérito del grupo de Personas y no de los GRECOS?

—Sí.

—¿Y eres consciente que eso sería lo más parecido a darle una patada en los cojones a Ruipérez?

—Sí.

—Perfecto, esa es la actitud. Cuenta con ello. Pondré un equipo a tu disposición. Espero por tu bien que no te equivoques.

Cuando Rocha salió del despacho, algunos policías todavía hacían coñas con el táper de marihuana.

No le importó.

Pasó entre las mesas y se perdió escaleras abajo.

No esperaba menos del Colmenero.

Aparqué frente al desguace, me eché la bolsa al hombro y caminé hacia la verja. Un hombre orondo, descamisado, y con un palillo entre los dientes, aguardaba mi llegada con una escopeta recortada en el regazo. Alcé las manos. El cacheo fue exhaustivo, metódico y profesional. Tras cerca de veinte años de servicio, yo nunca había cacheado así a nadie. Me quitó el revólver, abrió la bolsa, vio lo que contenía y volvió a cerrarla. Después, me indicó con la cabeza que pasase.

El Colmenero sentado en mitad del claro en una silla de *camping*. Sobre la mesa plegable, los botes de orejas y dedos. Me acerqué a él, dejé la bolsa a los pies del Colmenero y me senté en la otra silla.

—Imagino que está todo.

—Así es. Le pertenece. Puede que sea algo cándido por mi parte, no lo sé. Podría habérmelo quedado. Una cosa está clara, sé que yo no voy a salir de aquí con vida. Se lo devuelvo porque quiero asegurarme que dejará en paz a mi hermana —dije.

Las chicharras rascaban sus patas, los bloques de chatarra escupía brillos; y Trípode, a la sombra de la compactadora. El Colmenero se acarició la barba de chivo y se pasó la mano por la calva. Sus ojos se perdían en los cerros que había más allá de la alambrada.

—¡Vito!

—Mande.

—¿Has comprobado la bolsa?

—La he abierto. Está llena de dinero.

—¿Lo has contado?

—No.

—Pues haz el favor de contarlo.

El fulano que respondía al nombre de Vito apoyó la recortada en la mesa, agachó los riñones y se puso a contar dinero. En la bolsa había la misma cantidad que el Colmenero había enviado a los Llanitos.

—Mi hermana pagará por haberte robado...

Vito cerró la cremallera y la dejó a los pies del Colmenero.

—Y no hablará, tiene mi palabra —continué—. Ella no sabía que se estaba llevando tu mercancía. Por alguna razón, creyó que se llevaba dinero. Puede quedarse con mi casa, puede quedarse con todo, pero prométame que esto queda zanjado.

—A mí nadie me jode. Nadie me levanta la mercancía, y por supuesto, nadie me dice qué tengo que prometer. Vito, muéstrale los ojos de Sara Montiel.

Vito levantó la recortada, encañonándose.

—Deme su palabra —dije con los brazos caídos a los costados—. Después de lo de Chimo..., prométame que a ella no le sucederá lo mismo que a su marido. He hablado con mi hermana esta mañana, tiene su silencio asegurado.

El Colmenero, ojos de loco y risotada al aire.

—A Chimo le di lo que se merecía, tú vas a recibir lo mismo, acabarás en el mismo agujero, y la zorrita de tu hermana también. ¡Vito!

—A mandar.

—Dispárale.

Me encogí de hombros y levanté el dedo entablillado.

«Jódete», parecía decir.

Y el ruido del disparo hizo remontar el vuelo a un par de cuervos que observaban la escena en lo alto de un poste de la luz. A la cabeza de Vito le faltaba la parte superior derecha. Después de un par de segundos, se desplomó de espaldas al suelo. Tenía mi cara y la mano vendada, salpicadas de sangre.

El desguace comenzó a llenarse de policías.

Medio mareado, llegué junto a los botes de orejas y dedos justo cuando un par de hombres uniformados derribaban al Colmenero, lo ponían boca abajo sobre la tierra y le engrilletaban las manos a la espalda.

Rocha llegó a tiempo de sujetarme cuando terminaba de echar los dedos de Sady Pineda en el bote. Me fallaron las rodillas. Me ayudó a sentarme en el suelo.

—No te lo vas a creer —dije—. Es la primera vez en muchos años que no me desmayo al ver sangre.

89

Los analistas pasaron la grabación por tercera vez:

...

—A Chimo le di lo que se merecía.

...

—Vito muéstrale los ojos de Sara Montiel.

...

—Dispárale.

Rocha y el comisario tomaron el ascensor. Vallejo se trajinaba su bigote con la boca.

—Podemos probar que la droga era suya y meterle mano por asesinato en grado de tentativa. Da a entender que es el responsable del tal Chimo ese, pero sin cadáver va a ser difícil imputarle nada.

Rocha se sacudió una mota inexistente de uno de los hombros y le dijo que sí tenían el cadáver.

—¿Cómo dices?

—Que tenemos el cadáver, bueno, en realidad hay más de uno. Me han llamado los de la científica. ¿Recuerda los botes de orejas y dedos de los que le hablé?

—Sí.

—Pues resulta que eran falsos, según los de laboratorio, de látex. Como los que usan en las películas. Era todo *atrezzo*. Todos excepto cuatro. Cuatro dedos son, según palabras del técnico, de un varón de entre cuarenta y cincuenta años.

—¿Y hay más? —preguntó Vallejo.

—Parte del equipo de la Científica está ahora mismo con el forense en el desguace. Podríamos haber dado con una fosa común. El luminol ha dado positivo en al menos tres bloques de chatarra.

El ascensor se paró en la séptima.

Rocha le tendió la mano al comisario.

—Ha sido un placer, yo me bajo en la novena.

Lo dijo, pensando en Ruipérez, como el condenado que espera el cadalso.

—No —dijo Vallejo—. Te bajas en esta. He hablado con los de arriba y han accedido a anular tu suspensión. Y te han trasladado al grupo de Personas. Ahora, incorpórate al equipo.

Rocha, sin palabras, salió del ascensor y el que permaneció dentro fue Vallejo.

—¿Y usted?

—El que se baja en la nueve soy yo. Voy a darle la noticia a Ruipérez en persona.

La carcajada del comisario le llegó a Rocha por el hueco del ascensor.

90

Madrid. Consulta del Doctor Barrios, psiquiatra. Media mañana. La salita de espera bien iluminada. Modernas e incómodas sillas de plástico. En la nariz, el olor de siempre: mezcla de limón, perfume y caramelos de menta.

Las mismas caras famosas.

El exfutbolista de traje arrugado y el niño hiperactivo junto a su madre; lo de junto a su madre era un decir...

Mi turno; bigotillo, esta vez sin sonrisa y sin palmadita en la espalda. Mientras me acompañaba por el pasillo rumbo a la consulta, Barrios me observó con más detenimiento. Tiritas en nariz y oreja, y dedo corazón entablillado.

—Joder, estás hecho una mierda —dijo Barrios.

—Tendrías que ver cómo han quedado los otros.

Sonrisa mellada.

—La madre que me parió, también te falta una de las palas.

—Ya.

—¿Quieres que lo dejemos para otro día? —me preguntó abriendo la puerta de la consulta.

—Necesito volver de nuevo a la rutina.

Barrios se encogió de hombros.

Éramos amigos.

Dentro de la consulta: penumbra, diván y conversación a media voz. Al cabo de una hora, el doctor estaba sentado en el borde de la silla, libreta en mano, inclinado hacia delante y mirándome a los ojos con la boca abierta. Le había contado lo sucedido en la última semana.

¿Silencio incómodo?

No más que las sillas de plástico de la salita de espera.

—Hoy tenía pensado haber probado algo nuevo, pero creo que lo vamos a dejar para la semana que viene. Quería intentar una terapia, digamos, de choque.

—¿De choque?

—Sí. La idea era extraerte sangre con una jeringuilla. Muy poca. Con la relajación adecuada quizá avancemos algo con tu hemofobia.

—Por mí no hay problema.

—¿Seguro?

Le mostré el dedo entablillado.

—Perdona. Quería haber levantado el pulgar.

—Muy gracioso.

Se levantó, bajó aún más las luces y se acercó con una jeringa y una goma. Se sentó en la silla y me dijo:

—Ahora, vas a apoyar el brazo en mi rodilla y te vas a relajar..., solo céntrate en mi voz.

Y mientras me anudaba la goma al bíceps, Barrios fue hablando y hablando y hablando. Su voz sosegada, como un ronroneo. En un momento dado, dijo que iba a clavar la hipodérmica. Apenas un pinchazo. Por el rabillo del ojo, vi desplazarse el émbolo, y luego, cómo la sangre comenzó a llenar el vial. Bien, muy bien. Sigues tranquilo, no ocurre nada..., nada. Estamos entre amigos, en un entorno tranquilo y controlado... Ahora, gira la cabeza. Toni, gira la cabeza y...

—¿Toni? ¿Toni?

Extrajo la aguja y me aflojó la goma del brazo. Se levantó para palmearme en la cara. Entonces fue cuando se dio cuenta de su error. No me había desmayado.

Es más, le sonreía desde el diván.

EPÍLOGOS

Toni, dos o tres días después.

Aspiré el coche patrulla, y tal y como prometí, esparcí el contenido de la bolsa en el mismo terreno en barbecho.

«Siento no haber podido hacerles pagar por ello, Triste, pero ha sido por una buena causa, espero que lo entiendas», dije. Y me largué buscando la sombra de algún chaparro.

Campos y campos de girasoles.

Es lo que tocaba dejar morir ese año.

Estacioné el viejo coche patrulla bajo una encina, recliné el asiento y me puse a pensar en mis cosas. Tonterías sin importancia.

¿En cómo conservar mi empleo?

En nada.

Esa misma mañana llegó al ayuntamiento una carta certificada del Cuerpo Superior de Policía. Me felicitaban por la colaboración en la desarticulación de un grupo dedicado al asesinato y al tráfico de estupefacientes.

La alcaldesa me lo comunicó en persona.

Aquello me daba un respiro, lo justo hasta que me jubilase. No lo sé, al menos eso creía yo. Y si no fuese así, si las cosas volviesen a torcerse, bueno, pues ya pensaría en algo cuando no tuviese más remedio que hacerlo.

Siempre ha sido así.

La sobrina del Triste, una semana después.

El notario, con voz sobria y mirando los legajos, le informó que para hacer

efectiva la herencia debía pagar una cuantía de veinticuatro mil euros, si bien es verdad que esta cantidad había sido asumida por la constructora Proicontra, siempre y cuando les vendiese la propiedad por doscientos sesenta mil euros..., bla, bla, bla.

El niño dormía plácidamente en su carro.

Ella con la misma cara que si le hubiese tocado la lotería.

Vega, dos semanas después.

Con el alta médica y el auto de libertad en la mano abandonas el módulo de ingresos penitenciarios del Gregorio Marañón. El juez que instruye el sumario ha sobreseído tu causa y, a cambio de tu colaboración, ha imputado al Colmenero.

Toni te espera en el viejo coche patrulla con la pegatina de los dos policías besándose. Le han quitado la venda y la tablilla del dedo. Aun así, le faltan semanas de rehabilitación antes de poder volver a doblarlo con normalidad.

En el asiento de atrás, un oso de peluche gigante.

—¿Y esto?

—Es un oso, es para ti.

—Ya veo que es un oso, hermanito, ¿y de beber?

—Bajo el asiento tienes un par de cervezas fresquitas.

—Te quiero, lo sabes, ¿no?

Y Toni arranca y sintoniza en la radio una cadena que pasan éxitos de los ochenta y noventa. Ilusionado —te dice con una sonrisa algo infantil— que espera que pasasen una de Mecano.

El Gitano, Seis meses después.

El hombre descubrió por qué a la chabola la llamaban «el Palacete». Le cachearon sobre una alfombra tupida con algunas zonas más oscuras que otras en el denso pelaje, y le hicieron caminar bajo un arco frente a un espejo cuyo marco estaba tallado en forma de cuerpos de mujer.

Todo en orden.

Lo sentaron frente a una mesa donde el Gitano, con el sombrero de ala calado hasta las cejas y apoyado en su bastón, lo observaba sin decir nada. El hombre dejó el sobre y, apoyando cuatro dedos, lo acercó en su dirección. El Gitano leyó el nombre y contó el dinero y le dijo al Llanito que ya se podía marchar.

El Colmenero, seis meses y una semana después.

El Colmenero degustaba una manzana en el patio y bebía agua tibia de una botella de plástico. Miraba los muros de la prisión acariciándose la barba de chivo y pasándose la mano por la calva cada cierto tiempo.

Unos tipos jugaban al baloncesto. Otros escuchaban flamenco y palmeaban al son de la música que se escapaba de una vieja radio. Uno de los palmeros se levantó y se acercó al Colmenero.

«Recuerdos del Gitano», dijo, y le dibujó una sonrisa en el cuello con un cuchillo fabricado con un trozo de cristal y el retal de una camiseta atado con bramante. Lanzó el arma por encima del muro y se hizo añicos al caer en el foso. El ruido quedó ahogado por el jaleo de la música de fondo. Después, como si nada, volvió a sentarse a tocar las palmas junto a los demás.

El Colmenero quedó mirando la nada más allá de los muros de la prisión, con la camiseta empapada en sangre y una manzana a medio comer en la mano.

Vega, al verano siguiente.

Hay una playa paradisíaca de arena blanca, palmeras; y al fondo, las olas de un mar azul turquesa rompiendo tranquilas contra la orilla.

Tomáis el sol.

Tú, con una cerveza en la mano y el resto del paquete de seis a los pies de la tumbona.

Miras de nuevo la playa y doblas el póster que conseguiste en una de las revistas del corazón de tu hermano y cierras los ojos. Sabes que estás a orillas del pantano, una balsa de agua desnucada por los trasvases, pero si te concentras, puedes llegar a pensar que estás en la playa.

Toni, embadurnado en crema solar, ojea un catálogo de viviendas. Dice

que ha hecho un trato con no sé quién y que un par de chalets pasarán a ser tuyos cuando terminen de construirlos.

No te lo crees.

Piensas que es una más de las tonterías de Toni.

Los Maquénroe, doce años antes.

Y con los bates de béisbol en la mano entraron en la *herriko taberna*. El Maquénroe rubio fue hacia el tipo de la barra y le dijo que pusiese música en español.

—La que sea pero que hablen en cristiano, ¿entendido?

El hombre asintió, buscó en la radio y comenzó a sonar una de Mecano.

«Allí me colé y en tu fiesta me planté,
Coca-Cola para todos y algo de comer...».

Entonces empezaron a batear.

Sady Pineda, tres años antes.

Aquel hombre al que Sady Pineda tenía que eliminar era un cura. Le inyectó la hipodérmica y trasgredió sus propias normas por una vez. En lo que tardaba en darle el infarto, charló con él.

Tenían opiniones encontradas.

El cura decía que Dios era caridad, perdón y amor.

Sady Pineda le dijo que se equivocaba, que cuando el diablo bajó a este mundo, se sentó a observar, no sin cierta admiración, como su lugar ya lo había ocupado otro.

Ese otro, le explicó, era Dios. Porque el Todopoderoso era belleza y armonía, pero no era bueno.

Era un dios cruel, violento y vengativo.

¿Acaso no estamos hechos a su imagen y semejanza?

Chimo, un año antes.

En el desguace.

Chimo, desde el interior del coche, le dijo a Toni que era un parásito, un mierda, un loco, igual que su hermana. Después comenzó a suplicar y a doblarse hacia la puerta intentando tirar de la manija con los dientes. Algo compresible, teniendo en cuenta que estaba encintado al asiento del conductor.

Toni, con el vello de la nuca erizado y la sensación de electricidad recorriendo su cuerpo, empujó el vehículo hasta la compactadora.

Un cuarto de hora más tarde, depositó con la pluma el bloque de chatarra resultante. Trípode se acercó a la carrera, lo olfateó y orinó encima.

Y lo haría en cientos de ocasiones.

Hasta conseguir dejarlo sin brillo.

Se convirtió en su lugar favorito donde levantar la pata.

El perro sabía.

AGRADECIMIENTOS

Y como en ocasiones ocurre, en tu camino se cruzan personas que, a pesar de apenas conocerlas, parecen amigos de toda la vida. Así es, así lo siento, y para ellos son los agradecimientos.

Para Anxo do Rego, por abrir la primera puerta.

Para Josevi Blender, por sus consejos, y por invertir su negro tiempo conmigo.

Para Joe —se pronuncia «You»— Álamo, maestro y compinche, un espejo donde me gustaría mirarme.

Para Sergio Vera Valencia, por mostrarme el camino, por saber de qué va la vaina.